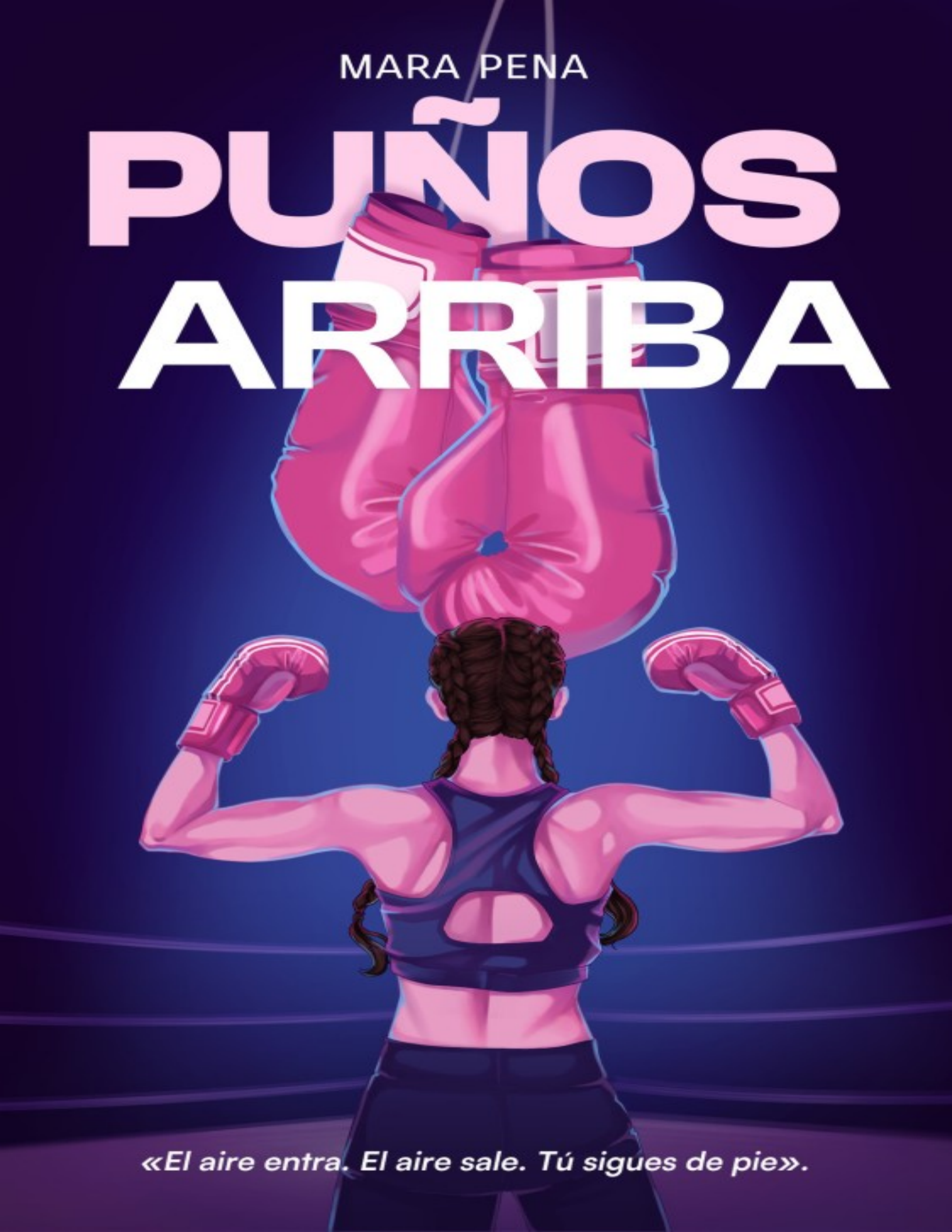
MARA PENA

PUÑOS ARRIBA



«El aire entra. El aire sale. Tú sigues de pie».

PUÑOS ARRIBA

MARA PENA

Puños Arriba

Copyright © 2026 Mara Pena

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, su incorporación a un sistema informático, su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros— sin el permiso previo y por escrito de la autora.

Esta es una obra de ficción. Los personajes, lugares y situaciones que aparecen en ella son producto de la imaginación de la autora o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o con eventos reales es pura coincidencia.

Primera edición: mayo de 2026

Publicado de forma independiente a través de Amazon KDP

ISBN: 978-84-09-86221-4

Diseño de cubierta: Ari Ilust @arii_ilust

Maquetación: Mara Pena @soy_marapena

Contacto: soymarapena@gmail.com

Instagram/TikTok : @soy_marapena

AVISO DE CONTENIDO

Esta novela contiene referencias a una relación tóxica, manipulación emocional y abuso psicológico, así como una escena de agresión sexual.

Si alguno de estos temas puede afectarte, ten esto en cuenta antes de comenzar la lectura.

Un campeón es alguien que se levanta
cuando no puede
Sugar Ray Robinson

A ti que estás en una relación de mierda.

A ti que te han convencido de que no vales nada si estás sola.

Se puede salir. Y se sale sin príncipes.

Se sale con los PUÑOS ARRIBA.

A Martín que me enseñó a pelear



PLAYLIST

Pillara — Beéle
Dueles — Morat
Bloom — The Paper Kites
Outside — Calvin Harris ft. Ellie Goulding
Happier — Marshmello ft. Bastille
Dime quién ama de verdad — Beret
Con las ganas — Zahara
Traitor — Olivia Rodrigo
Liability — Lorde
Clean — Taylor Swift
Por un pendejo no se llora — Manuel Turizo
Flowers — Miley Cyrus
Eye of the Tiger — Survivor
Inevitable — Shakira
Berlin — RY X
Resiliente — Beret
Perfect — Ed Sheeran

PRÓLOGO
MÍA CON 8 AÑOS

He venido con mi padre a comprar unos guantes nuevos, parece ser que los suyos están demasiado usados. Cuando estamos dentro los veo y se me para el corazón. Unos guantes rosas con ribeteado blanco, como si los hubieran hecho para mí.

—Papá, ¿me compras esos guantes?

—Son muy caros, cariño. Pero te prometo que cuando seas mayor y vayas a tu primer combate profesional te los voy a regalar para que te den suerte.

—¿De verdad?

—Sí, mi amor.

Al llegar a casa no dejo de pensar en ellos. Sueño con esos guantes y solo espero poder ser mayor lo más rápido posible para tenerlos en mis manos.

1
MÍA

Acabo de terminar de entrenar. Hoy ha sido un buen día, de los que te hacen salir del gimnasio con esa sensación de que todo el esfuerzo merece la pena.

He ganado en todos los *rounds* a mi nueva compañera Luisa, que no es fácil porque la chica tiene pegada y no se amilana rápido. Pero hoy estaba yo fina, con los reflejos rápidos y la cabeza despejada, de esas sesiones en las que el cuerpo hace lo que le pides sin que tengas que pensarlo demasiado.

Cojo los guantes, los choco con ella y me dirijo al vestuario. Ya no queda casi nadie en el gimnasio, normal, deben de ser las nueve de la noche y el olor a sudor y a caucho lleva horas impregnando el aire. Me gustan estas horas, cuando el ruido baja y solo queda el eco de algún golpe lejano y las máquinas que alguien ha dejado encendidas. Es cuando el sitio parece más mío.

Tengo ganas de llamar a Mateo, mi novio, e ir a cenar algo rápido. O pedirlo a domicilio directamente y tirarnos en el sofá. Hoy no tengo energía para salir, solo para estar con él.

Llevo con Mateo desde que tenía dieciséis años, seis juntos ya. Es mi primer y único amor, aunque a veces todavía me sorprendo pensando en cómo pudo fijarse en mí. Él es de esos tíos que entran a un sitio y todo el mundo se da cuenta, alto, moreno, con esos ojos azules que no pegan nada con el resto, pero que funcionan, vaya que

sí funcionan. Boxeador profesional desde los quince, con el cuerpo que eso implica y el ego que también conlleva, aunque conmigo siempre ha sabido guardarlo. Es de los mejores de su categoría. Yo diría que el mejor, pero él mismo dice que siempre se puede mejorar, y eso es de las pocas cosas en las que le doy la razón sin discutir.

El vestuario huele igual que siempre, a champú y a humedad que nunca termina de irse del todo por mucho que abran las ventanas. Me siento en el banco delante de mi taquilla y me quedo un momento quieta, con los codos en las rodillas y la cabeza un poco gacha, dejando que el cuerpo entienda que ya hemos terminado por hoy. Eso me lo enseñó mi padre, después de entrenar, un minuto de parada. Para bajar las pulsaciones, decía, aunque creo que en realidad era su forma de enseñarme a no salir disparada de los sitios sin haber respirado primero.

Me miro un segundo en el espejo de enfrente mientras me empiezo a quitar la camiseta. Tengo el pelo pegado a la cara y una marca rojiza en el costado de donde Luisa me ha dado con el codo en el tercer *round*, que en su momento no he sentido, pero que ahora empieza a recordarme que existe. Nada grave. Me he llevado peores.

Es entonces cuando empiezo a escuchar los gemidos.

Me quedo quieta un segundo. ¡Qué coño! La gente está fatal, en serio. Iba a pasar del tema, ponerme los auriculares y ya, pero la curiosidad pudo conmigo antes de que pudiera evitarlo y me encuentro caminando despacio hacia la zona de duchas sin haber tomado ninguna decisión consciente de hacerlo.

Los gemidos van subiendo a medida que me acerco. Más altos, más claros. Hay algo que me hace frenar en seco justo antes de asomar la cabeza, algo que no sé identificar, como una señal de alarma que no termina de sonar del todo. Y entonces, en medio de todo ese ruido, escucho un nombre.

MATEO.

Un escalofrío me recorre el cuerpo de arriba abajo. Me quedo paralizada, con la camiseta a medias en la mano y el corazón haciendo cosas raras en el pecho. No hay ningún otro Mateo en este gimnasio. Al menos que yo sepa.

Mi cabeza intenta ser razonable: «Deja de montarte películas, Mía». Has escuchado mal. Quizás era Marcos, o Mario, o cualquier otro nombre que suene parecido.

Sí. Claro. Seguro que es eso.

Doy tres pasos hacia atrás. Y entonces los gemidos suben otro grado más y se me pone un nudo en el estómago que no tiene nada de razonable.

Entro.

Mateo está de espaldas. No hace falta más de un segundo para entender lo que está pasando, aunque mi cerebro intenta durante ese segundo hacer como que no lo entiende, como que quizás hay otra explicación, como que quizás estoy viendo mal. Pero no estoy viendo mal. Elsa está a horcajadas sobre él, con las uñas clavadas en su espalda y moviéndose como si el mundo terminara ahí dentro y en ningún otro sitio. No han sido capaces ni de cerrar una puerta.

Me quedo en el sitio sin poder moverme. Siento que debería hacer algo, gritar, salir, tirar algo, pero no hago nada porque de repente los últimos seis años se me pasan por la cabeza como un tráiler, esas imágenes rápidas y desordenadas que dicen que ves antes de morirte. Cada cumpleaños, cada pelea, cada noche, cada vez que pensé que lo nuestro era de las pocas cosas en mi vida que estaban exactamente donde tenían que estar.

Noto que respiro mal. Que el aire no me llega.

Elsa me ve. Le hace un gesto a Mateo. Él la baja de golpe, se da la vuelta y me mira.

—Mierda, Mía.

Eso es todo lo que se le ocurre.

Lo miro dos segundos, no más. A él, a ella, a los dos juntos en algo que no puedo seguir mirando. Y salgo corriendo.

Cojo la bolsa con las manos temblando, tan fuerte que los nudillos se me ponen blancos, y salgo de los vestuarios lo más rápido que puedo sin llegar a correr, aunque por dentro estoy corriendo, estoy huyendo, estoy haciendo todo lo que mi cuerpo me pide que haga. Las lágrimas caen sin que yo les haya dado permiso, sin avisar, y no puedo pararlas aunque quiera porque no tengo capacidad para nada más ahora mismo que seguir poniendo un pie delante del otro.

Cuando cruzo el gimnasio las pocas personas que quedan me miran. No es para menos, voy todavía con la ropa del entreno, la bolsa medio abierta colgando del hombro, llorando como si se me hubiera muerto alguien. Oigo a Mateo gritando mi nombre detrás de mí. No me giro. No vale la pena, y además no confío en lo que haría si lo hiciera.

Cuando consigo llegar a la calle el aire frío de Barcelona me clava en los brazos desnudos como un puñetazo limpio. Ni siquiera cogí la chaqueta.

Me quedo parada en la acera sin saber muy bien hacia dónde ir. No he pensado en eso, en el adónde, solo en el salir. Barcelona de noche tiene ese ruido de fondo constante que nunca termina, coches, voces lejanas, una moto que pasa demasiado rápido, y yo en medio de todo eso con los brazos desnudos y el frío colándose por sitios que todavía están calientes del entreno.

Me pregunto cuánto tiempo llevaban. Me pregunto si era la primera vez. Me pregunto si Elsa sabía quién era yo cuando lo hacía, y la respuesta que me da el estómago a esa última pregunta es la que más daño hace porque sí, claro que lo sabía, todo el gimnasio sabe quién soy yo.

Inspiro despacio. Una vez, dos. Como me enseñó mi padre antes de cada combate, el aire entra, el aire sale, tú sigues de pie.

Sigo de pie.

Rebusco el móvil entre mis cosas con los dedos que todavía no me responden bien.

Busco entre los contactos a mi mejor amiga Celia. De lo nerviosa que estoy me paso su nombre dos veces antes de encontrarlo, y cuando por fin lo hago le escribo lo único que me sale:

Mía: *Necesito hablar. Mateo.*

Celia es mi mejor amiga desde los seis años. Nos conocimos en el colegio cuando unos niños mayores le quitaban el bocadillo todos los días sin excepción. Es una chica preciosa, pero siempre ha sido tímida, de las que no levantan la voz, aunque tengan razón. Cuando vi que la cosa se repetía día tras día, aproveché que uno de los matones estaba solo y le di un puñetazo tal como me había enseñado mi padre. Los chavales se asustaron y no volvieron a molestarla. Desde entonces somos inseparables.

Mi teléfono empieza a sonar antes de que me dé tiempo a guardarlo.

—Mía, tía, ¿qué pasa? ¿Estás bien?

Mis sollozos le responden antes que yo. La escucho ponerse nerviosa al otro lado.

—Contéstame, Mía, ¿qué te ha hecho ese imbécil?

Y entonces me pongo a llorar como una niña pequeña. Como el día que se murió mi padre.

2
HUGO

Odio entrenar en este gimnasio.

Solo vengo cuando no me queda otra o cuando a mi entrenador le da por variar el sitio. Sé que aquí entrena gente buena. Y en el boxeo eso importa más de lo que la gente cree, ver cómo se mueven los demás, leer cuerpos, aprender sin que nadie sepa que estás aprendiendo. El problema es que Mateo entrena aquí siempre, y ver a ese tío me produce urticaria desde hace más años de los que me apetece recordar.

Técnicamente es bueno. Me cuesta reconocerlo, pero lo es. Tiene potencia, tiene velocidad, y cuando está concentrado puede ganar a gente de otras categorías sin que parezca un accidente. El problema es que Mateo solo está concentrado cuando le conviene, y cuando no puede ganarte limpio sencillamente deja de intentarlo. Lo conozco desde antes de que ninguno de los dos fuera profesional, de cuando nos cruzábamos en peleas callejeras y las reglas eran más una sugerencia que otra cosa. Ya entonces hacía trampas. Algunas cosas no cambian por mucho que te pongan un contrato encima de la mesa.

No hemos llegado a las manos desde que empezamos en esto de forma seria, pero hay una tensión entre nosotros que todo el gimnasio nota y que ninguno de los dos ha tenido nunca interés en

resolver. Mejor así. Hay gente con la que no merece la pena gastar energía.

Cuando estoy terminando de recoger es cuando la veo.

Su novia sale del vestuario casi corriendo. No la conozco de nada, solo de verla entrenar aquí de vez en cuando, morena, buena en el ring, de las que no necesitan llamar la atención porque la tienen de todas formas. La he visto sparrear un par de veces y tiene algo, una forma de moverse que no se aprende, que o la traes de casa o no la tienes. Hoy lleva la bolsa medio abierta colgando del hombro y la cabeza gacha, y aunque no veo su cara desde donde estoy, algo en cómo camina me dice que no está bien. No es el paso de alguien que acaba de terminar de entrenar. Es el paso de alguien que está aguantando.

Me quedo mirando un segundo más de lo necesario.

Dos minutos después sale él. Semidesnudo, con una toalla y cara de haber metido la pata hasta el fondo. Sale corriendo detrás de ella gritando su nombre — Mía, creo que se llama — y el gimnasio entero se gira a mirarlo como si fuera un espectáculo de feria. Que en cierta forma lo es. Los pocos que quedan a estas horas intercambian miradas, alguien suelta algo en voz baja, y yo aparto la vista porque el circo de los demás no me interesa.

Aunque ato cabos sin querer. Ella saliendo así. Él detrás. La cara que traía cada uno. No hace falta ser muy listo.

Me estoy cambiando cuando él entra de vuelta al vestuario. Entra dando golpes a todo lo que pilla, la taquilla, la pared, el banco, con esa energía de alguien que necesita meter el puño en algo antes de que la cabeza le explote. No digo nada. Me limito a seguir con lo mío. Pero me ve, y en cuanto me ve viene directo, como si yo tuviera algo que ver con lo que le ha pasado.

—¿Qué coño miras, imbécil?

Levanto la vista y lo miro un segundo. En otro momento hubiéramos tenido movida fijo, sin duda. Pero la verdad es que no me apetece, no hoy, no por esto. Le aparto con la mano lo justo para que entienda que no voy a moverme, y su compañero Gael aparece de la nada y se lo lleva hacia las duchas antes de que la cosa vaya a más. Mateo se deja llevar maldiciendo, que es lo más sensato que le he visto hacer en mucho tiempo.

Termino de vestirme en silencio. No es mi problema. No sé qué le habrá hecho a esa chica, pero tampoco quiero saberlo.

Cuando salgo del vestuario, Elsa está esperando fuera. Me sonríe y me saluda con la mano. Es atractiva, de las más atractivas del gimnasio, y nos hemos acostado un par de veces sin que ninguno de los dos le diera más importancia de la que tiene. Hay algo raro en verla ahí plantada después de lo que acabo de imaginarme, pero lo aparto. No es asunto mío.

Tengo un mensaje de Marta:

🎮 ***Marta:*** *Estamos en la Jaula, cuando termines de entrenar ese cuerpazo vente anda.*

Marta y sus tonterías.

Es mi hermana pequeña. Solo nos llevamos dos años, pero desde siempre he sentido que tenía que cuidarla del mundo. O al menos de la parte del mundo que podía hacerle daño, que no es poca. Somos uña y carne desde siempre, y eso se reforzó todavía más hace dos años cuando se lio con Nico.

Al principio eso no me gustó nada, me cabreé con Nico de una manera que tardó tiempo en resolverse, y con ella tampoco fue fácil. Le dije cosas que no tendría que haber dicho. Ella me las devolvió con intereses, porque Marta es pequeña, pero no se calla. Al final tuve que reconocer que era difícil estar en contra de algo cuando ves que funciona de verdad, y lo suyo funciona. No me imagino a nadie mejor para cuidar de mi hermana que él, aunque me siga costando un poco soltar.

Marta y yo llevamos solos en Barcelona desde que con dieciocho años decidí venirme de Australia. Nuestros padres llevan en Sídney desde que yo tenía seis años, investigadores los dos, trabajo bueno, vida ordenada, un futuro trazado para mí que no tenía nada que ver con lo que yo quería. Mi madre nunca ha entendido el boxeo. No lo entiende y no quiere entenderlo, y al menos eso es honesto. Mi padre es más complicado: él tiene una idea muy clara de lo que tendría que haber sido mi vida, y el hecho de que yo haya decidido vivir otra no me lo perdona del todo. Cuando me fui de casa llevábamos meses sin hablar porque no había nada que decir. Yo me iba y punto. No fue una despedida bonita.

Cuando Marta cumplió dieciocho y me dijo que se venía, mi padre me llamó por primera vez en años. Me rogó que no me la llevara, que la dejara terminar sus estudios allí, que no la metiera en mi mundo.

Yo le dije que Marta hacía lo que quería y que eso no dependía de mí. No mentía. Pero también sé que si yo no hubiera estado aquí, ella no se habría venido, y eso es algo con lo que vivo sin que me pese demasiado.

Desde que llegó hemos construido algo parecido a una vida normal. El piso al que nunca viene, las rutinas, las noches en la Jaula, Nico que ahora forma parte de todo eso sin que nadie lo haya decidido formalmente. Es más de lo que tenía cuando aterricé aquí con una maleta y las manos.

Cuando llego al bar los veo al fondo, Marta, Nico, un par de amigos más. Me hago un hueco en la barra y pido una cerveza fría.

—¿Qué tal el mejor boxeador de toda Barcelona? — me suelta Marta mientras se levanta a darme un beso.

—Igual de guapo que siempre. —Le hago cosquillas en el costado y ella se aparta riendo y me da un manotazo en el brazo.

—Eres idiota.

—Lo sé.

Nos quedamos hablando de todo y de nada, como siempre, sin preocuparnos demasiado por nada que esté pasando fuera de esta mesa. Nico me cuenta algo de un combate que están organizando, Marta interrumpe tres veces para corregirle detalles que él no tiene del todo bien, y yo los escucho a los dos con la cerveza en la mano pensando que hay pocas cosas en mi vida que se sientan tan sólidas como esto.

Entonces veo que entran Elsa y Laura por la puerta.

Las saludo con un gesto desde la barra. Elsa dice algo que no escucho y se ríe. Laura busca sitio. Y justo detrás de ellas, separada por unos metros y con una cara que no ha cambiado desde que la vi salir del gimnasio, entra ella.

Mía.

Me quedo con la cerveza a medias en la mano. No creo que haya venido con ellas, quizás es casualidad, quedaría con alguien o simplemente necesitaba no estar donde estaba. Busca sitio con la mirada sin encontrarlo, con esa forma de moverse de alguien que está aguantando todavía y no quiere que se note. Pero se nota. Al menos yo se lo noto.

No debería estar mirándola. No es asunto mío lo que le haya pasado, igual que no lo era hace una hora en el vestuario. Pero hay

algo en cómo está de pie en medio de ese bar, sola en mitad del ruido, que hace que me cueste apartar la vista.

La entiendo más de lo que me gustaría.

3
MÍA

No sé por qué fui a la Jaula después de lo del vestuario.

Cuando hablé con Celia no quise contarle todo. Y supongo que, después de eso, no me apetecía irme a casa, quedarme sola con el silencio y el teléfono encima de la cama vibrando cada diez minutos. Mateo no ha parado de llamarme. Mensajes también, muchos, que he leído todos sin contestar ninguno porque no tengo nada que decirle que no sea un error decir ahora mismo.

Así que fui a la Jaula. Me planté allí sola, con gente conocida cerca, pero sin querer hablar con nadie, y me sentí muy pequeña. Como cuando eras cría y algo te desbordaba y no sabías ni cómo explicarlo. Pedí una copa, me quedé en un rincón, e intenté convencerme de que estar rodeada de ruido era mejor que estar sola.

No sé cuánto tiempo llevaba ahí cuando las vi.

Elsa y Laura. Juntas, hablando de algo, con esa soltura de quien no tiene nada en la cabeza que pese. Elsa se rió de algo que dijo Laura justo cuando pasaron por mi lado y yo me quedé clavada en el sitio sin poder apartar la vista un segundo, solo un segundo, antes de obligarme a mirar hacia otro lado.

Rabia. Eso fue lo primero. Una rabia limpia y directa que me subió desde el estómago hasta la garganta y que tuve que tragarme entera porque estaba en medio de un bar y no iba a montar una escena. Laura entrena conmigo. No somos amigas, nunca lo hemos sido,

pero compartimos gimnasio y ring y hay una especie de código en eso que ella aparentemente no se había molestado en leer. O sí lo había leído y había decidido que no le importaba. No sé cuál de las dos opciones me cabrea más.

Me terminé la copa más deprisa de lo que debería, cogí la chaqueta y me fui. No me vieron salir, o si me vieron no dijeron nada, y las dos opciones me parecieron igual de bien.

****

Hoy he venido a entrenar porque quedarme en casa era peor.

Raúl me quita de mis pensamientos antes de que haya terminado de quitarme la chaqueta.

—¿Ayer saliste? ¿Qué te pasa, Mía?

—Nada. Problemas con Mateo.

—Vaya, problemas en el paraíso.

Levanto la vista lo justo para mirarle un segundo. Raúl sostiene la mirada más de lo normal, como si estuviera intentando ver hasta dónde llega lo que no le estoy contando. Tiene los brazos cruzados y ese gesto suyo de apretar la mandíbula cuando algo no le gusta, pero decide no decirlo todavía. Al final resopla y niega con la cabeza, como resignándose.

—Bueno. Tenemos que hablar del torneo de Sunset.

—No hay nada que hablar—digo mientras empiezo a vendarme las manos—. Ya te dije que no voy a competir.

—No te lo he preguntado.

—Pues ya te contesto igual.

Silencio. Solo el ruido de la tela tensándose alrededor de mis nudillos y algún golpe lejano en el fondo del gimnasio.

—Estás perdiendo el tiempo, Mía.

Aprieto un poco más de la cuenta y noto cómo la venda se clava en la piel.

—Entreno todos los días. No sé a qué viene eso.

—Sabes perfectamente a qué viene.

No le miro. Sigo con las manos, como si eso fuera lo importante.

—No quiero competir.

—No quieres o no te atreves.

Levanto la cabeza entonces.

—No es eso.

—Claro que es eso.

—He dicho que no.

Raúl da un paso más cerca. No levanta la voz, nunca levanta la voz cuando va en serio, y eso lo hace más difícil de ignorar que si gritara.

—Eres la mejor boxeadora que tengo y estás actuando como si no valieras para subirte a un ring de verdad.

—Porque no valgo.

Sale rápido. Demasiado rápido. Los dos nos quedamos en silencio un segundo, y yo soy la primera en apartar la vista.

Raúl entrecierra los ojos.

—Eso no es tuyo.

Trago saliva.

—¿El qué?

—Esa mierda que acabas de decir.

No contesto.

—¿Quién te ha metido eso en la cabeza?

Sigo con la otra mano, aunque ya está vendada. Solo por no tener que mirarle.

—Mía.

Aprieto la mandíbula.

—No todo el mundo sirve para competir, ¿vale? Hay gente que entrena toda la vida y nunca sube a un ring de verdad y eso no significa nada.

—Tú sí sirves.

—No.

—Sí.

Levanto la vista, más enfadada de lo que quería.

—No tengo potencia. Mi juego de pies es una mierda cuando me presionan. Me cuesta cerrar los asaltos. Siempre hay alguien mejor, Raúl, siempre.

Raúl no dice nada durante un par de segundos. Me mira de esa forma que tenía mi padre también, como si estuviera esperando que yo misma escuchara lo que acabo de decir.

—¿Eso lo has pensado tú… o te lo han repetido tantas veces que te lo has acabado creyendo?

Ahí sí me callo.

Y eso es respuesta suficiente.

Raúl suspira. Se pasa una mano por la cara y da medio paso atrás, como si necesitara distancia para no seguir empujando. Cuando

vuelve a hablar lo hace más despacio, con esa voz que guarda para cuando ya no está intentando ganar el argumento sino otra cosa.

—Tu padre me hubiera matado si te viera así.

Es un golpe bajo y los dos lo sabemos. Pero no lo dice con mala intención, lo dice porque es verdad, y porque Raúl lleva años sin poder decirme ciertas cosas y a veces se le escapan.

Me quedo callada un momento.

—Ya. Pues no está.

Raúl no responde. Me pone una mano en el hombro un segundo, solo un segundo, y luego señala el ring con la cabeza.

—Venga. A calentar.

Raúl era amigo de mi padre. Por eso empecé a entrenar aquí, y por eso al principio él no quería entrenarme, demasiado peso en eso, demasiada historia. Mi padre era boxeador amateur por elección, porque quería serlo, aunque hubiera podido dedicarse a esto de forma profesional si hubiera querido. Tenía una fuerza que yo no he heredado y una forma de dominar el ring que todavía recuerdo, aunque hayan pasado seis años. Murió cuando yo tenía dieciséis. Algunos días lo noto más que otros. Hoy es de los días en los que lo noto.

Ojalá estuviera aquí ahora mismo.

Empezamos a entrenar y mi cabeza no para. Doy golpes, pero estoy en otro sitio, en el vestuario de ayer, en la cara que puso Mateo cuando se giró y me vio, en la forma en que dijo mi nombre como si yo fuera el problema. No puedo parar de darle vueltas, aunque quiera. Y además no dejo de mirar hacia la puerta, porque sé que antes o después va a aparecer y no estoy preparada para eso. No todavía.

Raúl me pone a sparrear con Laura.

Lo primero que pienso cuando la veo ponerse los guantes es en la Jaula. En ella con Elsa, riéndose de algo, sin que le pesara nada. Me lo trago. No es el momento ni el sitio, y además Laura no me debe nada, no somos amigas, nunca lo hemos fingido. Pero algo se me ha quedado atravesado desde anoche y hoy no consigo sacármelo.

Laura y yo llevamos suficiente tiempo entrenando juntas como para que las dos sepamos cómo va esto. Yo soy mejor que ella, y ella lo sabe, y eso hace que tenga que trabajar más duro para compensarlo, lo que al final la hace más peligrosa de lo que parece.

Hoy tendría que poder con ella sin esforzarme demasiado. Hoy no doy una.

Los golpes no me salen. El timing está mal, los pies no van donde tienen que ir, y hay un momento en el que Laura me mete una combinación limpia que en otro día no hubiera llegado ni cerca. Lo veo en su cara, la sorpresa primero, luego el cuidado de no reaccionar demasiado para no humillarme. Eso casi es peor.

—¡Te centras o sales del cuadrilátero! — me grita Raúl.

A la tercera vez que me llama la atención ya no grita. Me agarra por el brazo con cuidado y me saca del ring.

—Vete a tu casa, Mía. Que sea la última vez que vienes a entrenar así.

Lo dice enfadado. Pero me abraza mientras lo dice, que es una contradicción muy de Raúl, capaz de echarte a la calle y de querer que estés bien al mismo tiempo. Yo le dejo, porque el abrazo me hace más daño que el regaño y necesito que acabe pronto.

Me dirijo hacia el vestuario con la cabeza gacha y los guantes todavía puestos, sin ganas de hablar con nadie ni de que nadie me mire.

Y entonces lo veo.

Hugo está entrenando en el ring de al lado. No sé cuánto tiempo lleva ahí, si ha visto lo de Laura, si vio lo de ayer. Pero cuando levanto la vista está mirándome, directo, sin hacer el esfuerzo de disimularlo.

Aparto la vista enseguida. Qué coño mira ese. Seguro que ayer asistió al numerito con Mateo y hoy ha visto cómo Laura me ha estado partiendo la cara, y ahora me mira con ese gesto de no sé qué que no consigo descifrar bien. No es lástima. Tampoco burla. No sé qué es, y precisamente por eso me molesta más.

Entro al vestuario y dejo que la puerta se cierre detrás de mí.

Me siento en el banco y me quedo quieta un momento, con los codos en las rodillas y la frente casi apoyada en los guantes. El mismo banco de siempre, el mismo olor a humedad y a champú. Ayer a esta hora todavía no sabía nada. Ayer a esta hora todavía tenía una vida que pensaba que era la mía.

Inspiro despacio. El aire entra, el aire sale.

Sigo de pie.

4
MÍA

Sabía que antes o después este momento iba a tener que llegar.

Llevo dos días evitándolo. Sin aparecer por el apartamento, sin contestar sus llamadas, sin leer sus mensajes más de una vez porque leerlos más de una vez me hacía daño y ya tenía suficiente. En el gimnasio he hecho todo lo posible por no coincidir con él, cambiando los horarios, eligiendo los rincones, mirando hacia otro lado cuando no me quedaba más remedio. Pero los dos sabemos dónde vivimos. Y los dos sabemos que esto no podía quedarse en el aire para siempre.

Cuando abro la puerta del apartamento está sentado en el sofá mirando el móvil. No levanta la vista de inmediato, como si hubiera ensayado ese gesto, como si necesitara un segundo más para prepararse. El apartamento huele igual que siempre, a su colonia y al café que alguien ha dejado a medias en la cocina. Seis años de mi vida caben en ese olor y ahora mismo no sé qué hacer con eso.

—Por fin te dignas a aparecer. Estaba preocupado.

—No me jodas, Mateo.

Le miro fijamente. Él deja el móvil en el sofá y me mira también, con esa calma suya que siempre me ha costado leer, que a veces era serenidad y a veces era simplemente que no le importaba lo suficiente. Hoy no sé cuál de las dos es. Hoy no sé nada.

—Mía, siento que haya pasado así.

—¿Qué haya pasado así? — Repito las palabras despacio, intentando entenderlas. — ¿Sientes que te haya pillado follando en medio de las duchas o sientes haberlo hecho? Porque creo que me estoy perdiendo algo.

Se pasa una mano por el pelo. Ese gesto lo conozco, lo hace cuando no sabe cómo empezar algo, cuando está buscando las palabras. Lo he visto mil veces. Lo he visto antes de cada conversación difícil que hemos tenido en estos seis años y siempre supe lo que significaba y siempre esperé.

—Venga, Mía. Tú y yo sabemos que esto no va bien.

No me lo puedo creer. Mientras le escucho hablar siento que una neblina se apodera de mi cabeza, algo espeso y lento que no me deja pensar del todo. ¿Qué coño me está queriendo decir?

—¿Qué es lo que no va bien exactamente, Mateo? Dime.

—Lo nuestro. Hace tiempo que no nos lo pasamos bien juntos.

Quiero preguntarle cuánto tiempo. Quiero saber desde cuándo lleva pensando esto, si mientras cenábamos juntos el mes pasado ya lo estaba pensando, si mientras yo dormía a su lado ya tenía la cabeza en otro sitio. Pero no lo pregunto porque me da miedo la respuesta.

—Me gusta Elsa.

Así. Sin edulcorar. Directo a lo más dentro.

Ahí, en ese instante, siento como si mi cuerpo se parara. Como si el aire dejara de moverse y el ruido de la calle desapareciera y solo quedáramos nosotros dos en este salón que durante tres años ha sido el mío también. No me puedo creer lo que estoy escuchando. De verdad que no.

—¿Me estás dejando?

—No es eso, Mía. Estoy siendo sincero contigo. Elsa me gusta desde hace mucho tiempo.

Desde hace mucho tiempo. Eso significa que no fue algo que pasó de repente, que no fue un error de un momento. Significa que lleva tiempo mirándola mientras yo estaba aquí sin saberlo. Significa que había algo construido antes de que yo abriera esa puerta del vestuario.

Me siento en el sillón porque no soy capaz de seguir de pie. Las piernas no me responden. Quiero despertarme. Quiero que alguien me diga que esto no está pasando, es demasiado, que nadie puede aguantar tanto en tan pocos días.

Y entonces hago algo que jamás pensé que haría. Algo que la Mía de hace una semana no habría reconocido.

—No lo hagas, Mateo. No me dejes por ella. Yo te quiero.

Así es como me arrastré lo más bajo que se podía caer. Lo sé mientras lo digo. Lo sé y no puedo parar porque no lo quiero lejos de mí, porque la simple idea de que se aleje me rompe de una manera que no sé explicar, el corazón y el alma y todo lo que soy. O eso es lo que siento.

—Te necesito en mi vida.

Él me mira. Y en su cara no veo crueldad ni indiferencia, veo a alguien que ya ha tomado una decisión y que ahora tiene que aguantar las consecuencias de haberla tomado, y eso de alguna manera es peor. Que no sea un monstruo. Que sea simplemente alguien que ha dejado de quererme.

—Mía… lo siento, nena. Pero quiero estar con ella. Llevo tiempo pensando en esto. Surgió así. Yo también te quiero, pero ahora mismo quiero estar con ella.

Las lágrimas caen sin que yo les haya dado permiso, igual que el otro día en el gimnasio, igual que siempre cuando algo me supera de verdad. No soporto el dolor que noto por dentro. Y él está ahí quieto, totalmente impasible, como si lo que estoy sintiendo yo no le llegara, como si ya hubiera pasado página antes de que yo supiera que había una página que pasar.

—¿Vas a salir con ella? No serás capaz — consigo decirle entre sollozos.

—No sé, Mía. Solo quiero ver qué tal nos va. No es nada definitivo.

Me tiemblan las manos. Si hubiera visto esta escena desde fuera estaría pensando sal de ahí, pedazo de idiota. Pero no lo hago. No puedo. Hago todo lo que jamás pensé que haría. Me levanto, me acerco a él y le abrazo. Fuerte, lo más fuerte que puedo. Y lo beso.

Él no me lo devuelve como antes.

—Mía. No quiero hacerte daño, pero quiero estar con Elsa. Lo mejor es que recojas tus cosas. Va a venir en un rato.

«Va a venir en un rato».

Lo dice así, como si no tuviera importancia, como si los últimos años no hubieran significado absolutamente nada. Como si yo no significara nada.

—Vale.

Es lo máximo que alcanzo a decir.

Recojo mis cosas en silencio. La ropa, el cargador, el libro que dejé en la mesilla hace semanas y que no he terminado de leer. Meto todo en la mochila sin doblar nada, sin pensar, solo metiendo cosas dentro porque si paro voy a venirme abajo del todo y todavía no puedo permitírmelo. Hay una camiseta suya doblada encima de la silla que llevo semanas usando para dormir. La dejo. No sé por qué. Quizás porque cogerla sería reconocer que no voy a volver, y eso todavía no puedo hacerlo.

Oigo el timbre.

Es ella.

Cojo la mochila lo más rápido que puedo y voy hacia la puerta. La miro. Salgo.

No le digo nada. No le hace falta.

Cuando por fin se cierra la puerta del ascensor, me rompo. Me caigo al suelo con la espalda contra la pared fría y los brazos abrazando las rodillas, igual que una cría, igual que alguien que no sabe cómo hacer esto de otra manera. El espejo de enfrente me devuelve una imagen que prefiero no mirar, el pelo pegado a la cara, los ojos rojos, la mochila tirada a un lado. No me reconozco. O sí me reconozco y eso es lo peor.

Siento lástima de mí misma, que es la peor sensación que conozco, peor que el dolor, peor que la rabia. He dado todo por un tío que llevaba tiempo queriendo estar con otra. He pasado más de seis años construyendo algo que él llevaba tiempo queriendo abandonar, y lo peor, lo que más me cuesta digerir, es que si ahora mismo subiera a ese piso y me dijera que se había equivocado, que lo sentía, que quería que siguiéramos, no sé si sería capaz de decirle que no.

Y eso me da más miedo que cualquier otra cosa.

Cuando consigo respirar un poco pienso en llamar a Celia. O a mi madre. Pienso en contarles lo que ha pasado, en escuchar su voz al otro lado. Pero sé lo que me van a decir. «No te merece». «Es lo mejor que te podía pasar». Y puede que tengan razón, puede que en algún momento lejano llegue a pensar que tenían razón, pero ahora mismo no puedo escucharlo. Ahora mismo necesito que alguien me deje estar rota sin intentar arreglarme.

Me quedo en el suelo un rato más, hasta que el ascensor empieza a hacer ese ruido que hace cuando lleva demasiado tiempo parado en el mismo piso. Entonces me levanto. Me limpio la cara con el dorso de la mano. Cojo la mochila.

Y camino.

Sin saber muy bien hacia dónde, sin ningún plan, dejando que los pies me lleven donde siempre me llevan cuando no tengo ningún otro sitio al que ir.

El gimnasio.

Porque es el único sitio donde sé quién soy. Donde el mundo se reduce a los guantes y al ring y a lo que mi cuerpo es capaz de hacer cuando le pido que aguante. Y ahora mismo necesito eso más que ninguna otra cosa, necesito saber que todavía hay algo en mí que no se ha roto del todo.

5
HUGO

Esta mañana es el sorteo del torneo Sangre en la Ciudad Condal.

Estoy nervioso. No es algo que me pase a menudo, llevo suficientes años en esto como para haber aprendido a gestionar la tensión antes de una pelea, pero el sorteo es distinto. En el ring sé lo que hay, sé lo que tengo que hacer. El sorteo es puro azar, y el azar no lo controlo yo. El ganador del torneo se lleva un contrato importante en la categoría crucero. Es lo que llevo esperando desde que llegué a Barcelona y sé que puede ser mío. Solo necesito que el emparejamiento salga bien.

Manu lleva veinte minutos yendo de un lado al otro del despacho con las manos en los bolsillos. Lo conozco lo suficiente como para saber que eso significa que está tan nervioso como yo, aunque él nunca lo reconocería. Tenemos la radio puesta en el canal que retransmite los resultados y cada vez que el locutor hace una pausa, Manu aprieta un poco más la mandíbula.

—Manu, relaja. Sea quien sea, vamos a ganar.

Me mira fijamente. Esa mirada suya que no suelta hasta que ha dicho lo que tiene que decir.

—Ya sabes que en el boxeo no hay rival pequeño, Hugo.

—Lo sé. Tranquilo. Estar así no va a conseguir nada.

Se para un momento. Se mete las manos más adentro de los bolsillos.

—Nos jugamos muchas cosas. Tú puedes llegar muy lejos.

—Y tú conmigo, Manu. Siempre conmigo.

Algo en su cara cambia un poco. Ese gesto suyo de apretar los labios cuando algo le afecta más de lo que quiere que se note. No dice nada más, pero se sienta por fin, que ya es algo.

Llegue adonde llegue en esto, Manu es mi innegociable. Me cogió cuando era un niñato que se metía en peleas ilegales por unos cuantos billetes para no tener que pedirles dinero a sus padres. Podría haberme dejado ahí, era un problema, era complicado, no tenía nada que me recomendara excepto las manos y las ganas. Pero no lo hizo. Me sacó de allí, me enseñó a boxear de verdad, me convirtió en lo que soy ahora. Un profesional. Me conoce como la palma de su mano, sabe cuándo puedo dar más y cuándo tengo que parar, sabe cuándo se me está yendo la cabeza y cuándo hay que dejarme solo. Me conoce mucho mejor que yo mismo, y eso a veces me incomoda y a veces es lo único que me sostiene.

Nunca me pediría nada a cambio. Eso también lo sé.

De repente sale mi bola. Hugo Álvarez. El locutor alarga el momento más de lo necesario, esos segundos en los que el silencio pesa, y entonces:

—Julián Ruimenta.

—¡Sí! — grita Manu.

Se acerca y me da un abrazo de los que no suele dar. De los que suenan a alivio. Porque, aunque no lo diga, él tampoco quería a Mateo en cuartos. Ninguno de los dos lo queríamos, aunque por razones distintas.

Julián no es malo. Tiene potencia, lleva años en el circuito, sabe lo que hace. Pero tiene el peso demasiado alto, casi rozando el límite, y eso le hace más lento de lo que debería. Ahí es donde me muevo bien. Ahí es donde voy a ganarle.

—¿Y a quién le ha tocado a Mateo?

—Fernando Candame.

—Ha tenido buena suerte el cabrón.

Fernando es probablemente el más fácil del cuadro. El más joven, llega al peso mínimo por los pelos, demasiado pequeño para la categoría. Puede que sea ágil, puede que tenga algo, pero si consigues darle un par de veces limpios lo tienes para ti. Mateo va a pasar de ronda sin sudar.

—De la suerte no se come. Vamos a entrenar.

Me lanza la cuerda y salimos.

Pasamos la primera hora saltando y haciendo trabajo de combinaciones. Manu me corrige tres veces el gancho de derecha, que últimamente se me va un poco cuando estoy cansado, y yo lo corrijo tres veces y a la cuarta ya no me dice nada. Es así siempre, él señala, yo ajusto, seguimos. Llevamos tanto tiempo trabajando juntos que el entrenamiento tiene un ritmo propio, casi sin necesidad de hablar.

Es en el descanso entre series cuando la veo.

Mía está en el ring de al lado. Sola, sin sparring, golpeando el saco con una concentración que no cuadra con lo que vi de ella estos días. Lleva el pelo recogido en un moño alto, sin las trenzas de siempre, y hay algo diferente en cómo está, más tensa, más dentro de sí misma. Golpea con fuerza, con más fuerza de la que esperaría en alguien de su tamaño, y entre golpe y golpe se le escapa ese gesto de tocarse la cicatriz pequeña que tiene al lado del labio. Apenas se ve si no te fijas. Pero me he fijado.

Desde la movida del otro día no hago más que verla. No lo busco, aparece sin más, en el gimnasio, en el bar, en medio del entrenamiento cuando debería estar pensando en otra cosa. Hay algo en ella que me recuerda a Marta, aunque no sabría explicar exactamente qué. No es el físico ni la forma de moverse. Es algo en la manera de estar, de aguantar, de seguir haciendo lo que toca, aunque por dentro todo vaya mal.

La observo un momento más. Golpea el saco con rabia, eso está claro. Cada combinación tiene más tensión de la necesaria, los hombros demasiado arriba, la mandíbula apretada. No está entrenando. Está descargando.

Nunca la he visto competir. Asisto a casi todas las competiciones del circuito, masculinas y femeninas, porque siempre se puede aprender algo, aunque no sea tu categoría. Pero a ella nunca la he visto en un ring de verdad. Y mirándola ahora, viendo cómo se mueve incluso cuando está fuera de sí, me pregunto por qué.

Noto el golpe en el hombro antes de escuchar a Manu.

—Eh.

Me giro. Me está mirando con esa cara suya de ya sé exactamente lo que estás pensando.

—¿Qué? — le digo.

—Eso te pregunto yo. ¿Qué estás mirando?

—Nada. Estaba descansando.

Manu mira hacia el ring de al lado. Luego me mira a mí. Luego vuelve a mirar hacia allá. Y cuando me mira por segunda vez tiene una expresión que no me gusta nada porque significa que ya ha llegado a una conclusión y esa conclusión no me va a gustar.

—¿Ahora quieres cabrear a Mateo de verdad o qué?

—No sé de qué me estás hablando.

—Claro que no.

—Manu.

—Hugo.

Me sostiene la mirada sin moverse. Esa táctica suya de no decir nada más y esperar a que yo llene el silencio. Llevo años conociéndola y sigo cayendo.

—Solo la estaba mirando entrenar. Es lo que hacemos aquí, ¿no? Observar cómo se mueve la gente.

—Ajá.

—En serio.

—Ya te he dicho que sí.

No me lo cree. Lo sé por cómo gira la cabeza y empieza a recoger el material con esa calma exagerada que usa cuando decide que no va a seguir discutiendo porque ya ha ganado el argumento sin necesidad de seguir hablando. Llevo años conociéndole y sigue haciéndome lo mismo.

—Tenemos que revisar el trabajo de pies antes de que te vayas —dice sin mirarme.

—Sí.

—Y mañana quiero que llegues antes. Hay cosas que ajustar antes del torneo.

—De acuerdo.

Vuelvo a centrarme en lo mío. Cojo la cuerda, regulo la respiración, empiezo a saltar. Uno, dos, tres. El ritmo me ayuda a no pensar. Siempre lo ha hecho.

Pienso en Julián. En cómo se mueve, en sus puntos débiles, en cómo voy a plantear los primeros asaltos. Es lo que debería tener en la cabeza, el torneo, el contrato, todo lo que me he jugado para llegar hasta aquí. No en una chica que no conozco golpeando un saco en el ring de al lado.

El problema es que pensar en Julián requiere un esfuerzo que normalmente no requiere. Ni siquiera entiendo por qué.

Llevo en Barcelona ocho años. En ese tiempo he tenido alguna cosa con alguna chica, nada serio, nada que durara más de lo que tenía que durar. No es que no quisiera, es que el boxeo a este nivel no deja demasiado espacio para nada más, y las pocas veces que lo ha habido he terminado eligiendo el entrenamiento. Manu siempre dice que eso cambiará cuando encuentre a alguien que valga la pena pelearse por ella. Yo siempre le digo que eso es una tontería. Llevamos años en ese bucle.

Cuando pasan unos minutos y levanto la vista sin querer, Mía sigue ahí. Ha parado de golpear el saco y está apoyada en las cuerdas con la botella de agua en la mano, mirando hacia ningún sitio en concreto. Esa mirada perdida que ya le he visto antes, en el gimnasio el otro día, en la Jaula. Como si estuviera en otro sitio, aunque su cuerpo siga aquí.

Me pregunto en qué estará pensando. Y luego me pregunto por qué me importa lo más mínimo una tía que no sé ni quien es.

Y Manu, que está de espaldas fingiendo que revisa algo en su cuaderno, no dice nada.

Pero sonríe.

6
MÍA

Han pasado ya dos semanas desde que Mateo me dejó.

Seguimos escribiéndonos de vez en cuando. No sé por qué lo hago, no sé qué espero conseguir con ello, pero no soy capaz de soltarlo del todo. Él forma parte de mí desde hace seis años y cortarlo de golpe es como intentar arrancar algo que ha crecido contigo, duele en sitios que no sabías que tenías. Sé que no debería. Sé lo que me diría Celia si supiera que sigo contestando sus mensajes. Pero hay noches en las que el teléfono brilla en la oscuridad y la soledad pesa más que el orgullo.

Hoy he quedado a comer con mi madre y Celia. Las dos se llevan genial, mejor de lo que se llevan muchas madres e hijas, mejor de lo que a veces me parece justo, y una vez al mes hacemos un plan de chicas que llevo semanas evitando. Hoy no he podido seguir dando largas.

Estamos en El Cigarral, un restaurante en medio de un bosque que parece sacado de otro tiempo. Una cabaña grande con paredes de piedra de todos los colores y tamaños, cada bloque encajado con el siguiente como si alguien se hubiera tomado años en encontrar el lugar exacto de cada uno. Fuera hay animales — vacas, caballos, alguna cabra — y vienen familias con niños que corren entre las mesas. Me quedo mirando las paredes un momento, siguiendo el

trazo irregular de una piedra con la vista, dejando que eso me ocupe la cabeza en lugar de todo lo demás.

Mi madre está preciosa. El pelo castaño cayéndole ligeramente por la espalda, un vestido de tubo azul que le sienta bien. Siempre me ha parecido una mujer muy bonita, de esas que mejoran con los años sin esfuerzo aparente. No tiene pareja, o eso es lo que dice, y desde que mi padre murió no le he conocido a nadie. A veces me gustaría que tuviera a alguien que la cuidara. Otras veces pienso que quizás ella ya no quiere eso, que aprendió a bastarse sola y que eso también es una forma de estar bien.

—Entonces, cariño, ¿piensas competir?

Raúl ha tenido que hablar con ella. Lo veo claramente en cómo lo pregunta, con esa naturalidad estudiada de quien ya sabe la respuesta que quiere escuchar. Mi madre pasa del boxeo, nunca le ha gustado, nunca ha entendido del todo por qué lo hago, aunque tampoco me lo ha dicho con esas palabras.

—No. Dile a Raúl que no te coma la cabeza.

—Deberías — dice Celia sin dejarme terminar.

—No es lo mío. No tengo calidad suficiente. ¿Es eso lo que queréis escuchar?

Estoy siendo borde y lo sé. Pero no me apetece hablar de nada hoy, y mucho menos de competir. No voy a hacerlo y no hay nada que discutir.

—No te pongas a la defensiva, Mía. Solo decimos que podrías intentarlo — dice mi madre.

—El boxeo no se intenta. Se gana.

Lo digo mientras le doy vueltas con el tenedor al arroz que he pedido y que apenas he tocado. Esa frase es de mi padre. Siempre lo decía, antes de cada combate, antes de cada entrenamiento. Lo echo tanto de menos que a pesar de haber pasado ya seis años lo recuerdo todos y cada uno de los días. Y más desde que pasó lo de Mateo. Como si una pérdida abriera la puerta a todas las demás.

Una parte de mí sigue esperando que Mateo vuelva corriendo a pedirme perdón. Y si volviera, ¿debería perdonar una traición así? La respuesta es no. ¿Y lo haría? La verdad es que no lo sé. Y eso me da más vergüenza de la que soy capaz de admitir.

Mi madre y Celia se miran. Puedo verlo, aunque no quiera, esa mirada rápida que se cruzan cuando creen que no me doy cuenta. Sienten lástima por mí, pero no se atreven a decírmelo.

—Ese hijo de puta no se merece ni una sola de tus lágrimas. ¿Eres consciente de eso? — dice Celia. Sin edulcorar, sin rodeos. Me mira fijamente. Sé que está enfadada, no conmigo sino por mí, que es distinto.

—Es normal que la prefiera a ella. Elsa es mucho mejor que yo.

—Bueno, lo que me faltaba por escuchar — dice Celia negando con la cabeza.

—Esa tipa, si se le puede llamar de alguna forma, no te llega a ti ni a la suela de los zapatos. En nada, Mía. En nada. Es peor que tú como persona y peor que tú boxeando.

—Ella no tiene la culpa. No me debía nada. Mi novio era él.

Mi madre se mueve inquieta en el asiento.

—Mía, cielo, eso es verdad. Ella era libre. Pero sabía que estabas con él y te conocía. Eso no la pone en el mejor lugar como persona.

Sé que Elsa y yo nunca fuimos amigas. Ella no tenía ninguna obligación de guardarme respeto. Nunca pensé que le gustara Mateo, siempre creí que había algo entre ella y Hugo, o por lo menos lo que en el gimnasio llaman amigos con derechos. La odio, no voy a engañar a nadie. Pero sé que no debería, que el odio que le dedico a ella es el que no me atrevo a dedicarle a él.

—Deja de ser tan políticamente correcta, tía. Ódiala tranquila. Aunque está claro que el que no sabe lo que se pierde es él.

—La única que pierde algo aquí soy yo —digo bajando la voz.

—No voy a permitir que digas eso, señorita — me reclama mi madre.

—¿Podemos hablar de otra cosa? —les digo con los ojos húmedos, intentando que no se me note demasiado.

Ellas lo entienden. Cambian de tema sin hacer ruido, con esa habilidad que tienen las personas que te quieren de verdad de saber cuándo parar. Pasamos lo que queda de tarde hablando de todo y de nada, y parece que, por fin, después de semanas, algo en mí se relaja un poco. No mucho. Pero algo.

****

Cuando llego al piso lo primero que hago es tumbarme en la cama sin ni siquiera quitarme los zapatos.

Llevo una semana aquí. Encontré la habitación rápido, cerca del centro, bien comunicada con el gimnasio. No era lo que tenía antes —

tres años construyendo un espacio con Mateo, eligiendo los muebles, poniendo las cosas en su sitio — pero es mío, y eso ahora mismo importa más que el tamaño o la decoración. No he hablado mucho con mis compañeros de piso. Tampoco era el momento.

Me quedo mirando el techo en silencio. El piso tiene ese ruido de fondo de los edificios viejos — cañerías, pasos en el piso de arriba, la calle colándose por la ventana. Me estoy acostumbrando.

Entonces suena el teléfono.

No es nada. Una notificación. Pero el sonido me lleva, casi sin querer, a otro teléfono sonando en otra habitación. Hace seis años. Mi madre en la cocina, ocupada con algo, diciéndome que lo cogiera yo.

—¿Familiares de Ricardo Sánchez?

—Sí. Soy su hija.

—Ha tenido un desfallecimiento trabajando. Ha fallecido.

Recuerdo cómo todo mi cuerpo se tensó. Puedo oler todavía la carne que estaba preparando mi madre, ese olor que se mezcló con todo lo que vino después y que ya nunca ha vuelto a ser un olor normal para mí. Puedo sentir cómo el mundo se me caía a los pies, despacio, como en cámara lenta, como cuando sabes que algo está pasando, pero tu cabeza se niega a procesarlo del todo.

Y en vez de contestar, colgué el teléfono.

Me encerré en mi habitación. Me senté en el suelo con la espalda contra la cama y me quedé ahí, quieta, sin hacer nada. Quizás lo normal hubiera sido salir a decírselo a mi madre. Pero no estaba preparada. No estaba preparada para decirlo en voz alta, porque decirlo en voz alta lo hacía real, y si era real entonces mi padre se había muerto y yo todavía no sabía cómo vivir sin él.

Por eso colgué.

A los cinco minutos volvieron a llamar. Esta vez no cogí yo. Lo cogió mi madre.

Y ahí sí que mi mundo se vino abajo.

Oí un grito al otro lado de la puerta. De esos que no suenan como gritos sino como algo que se rompe, algo que no tiene nombre. Cuando salí de mi habitación ella estaba tirada en el suelo, llorando sin parar, con el teléfono todavía en la mano. Era imposible consolarla. Tenían una relación de esas que ya no se ven mucho — treinta años juntos y todavía se buscaban, todavía se elegían. De las que siempre aspiramos a tener y pocas veces conseguimos.

Los días siguientes fueron un caos de gente entrando y saliendo de casa, voces en el pasillo, comida que traían los vecinos y que nadie comía. Mi madre estaba en shock. Apenas hablaba. No dormía. Simplemente respiraba y estaba ahí, y yo intentaba estar cerca sin saber cómo ayudar a alguien cuyo dolor era tan grande que no cabía en ningún abrazo.

Con las semanas la gente vuelve a su vida. Es lo que pasa siempre, el mundo sigue girando, aunque el tuyo se haya parado, y en algún momento tienes que decidir si te quedas parada o intentas moverte también. Mi madre salió. Despacio, con ayuda, con días malos y días peores, pero salió. Es la mujer más fuerte que conozco, aunque no siempre se lo digo.

Yo también lo intento.

Pero desde que Mateo me dejó hay algo que no termino de entender. Siento casi lo mismo que entonces — esa misma sensación de que algo que era tuyo ha desaparecido y ya no sabes cómo encajar las piezas que quedan. Es extraño compararlo, sé que no es lo mismo, sé que una pérdida y la otra no tienen el mismo peso. Pero el cuerpo no distingue. El cuerpo solo sabe que algo falta.

La diferencia es que a mi padre me lo quitaron. A Mateo lo dejé entrar y él decidió irse.

Y no sé cuál de las dos cosas duele más. Probablemente la segunda, porque es una elección.

7
HUGO

Odio estas fiestas.

Son una chorrada increíble disfrazada de evento importante. Gente que no se conoce de nada hablando de boxeo sin haber pisado un ring en su vida, camareros con bandejas de cosas que no puedo comer, música demasiado alta para mantener una conversación y demasiado baja para justificar que estés ahí de pie callado. Pero el torneo lo organiza la federación y la federación espera que los participantes aparezcan, así que aquí estoy.

He venido con Marta, Nico y Rai. Nos hemos atrincherado en una mesa en una esquina del salón, que es la táctica correcta en este tipo de eventos, dejar que la gente venga a ti en lugar de ir tú a la gente. Y vienen. Más de lo que me gustaría. Soy una de las atracciones de la noche y lo sé, igual que sé que mucha gente ha apostado dinero por mí y que las apuestas me ponen por detrás de Mateo. Ese dato me pone de un humor que Manu diría que tengo que gestionar mejor.

Marta está guapísima. Su pelo rizado negro como el carbón le cae por la espalda casi hasta la cintura y lleva un vestido rojo que le queda impresionante. No lo digo porque sea mi hermana y la quiera por encima de todo, lo digo porque es verdad y porque hay momentos en los que me sigue sorprendiendo la persona en la que se ha convertido desde que éramos dos críos en Sídney sin tener muy claro qué íbamos a hacer con nuestras vidas.

—Hugo, deberías hablar con papá para que venga a la competición.

Casi me atraganto con la aceituna que estaba comiendo.

—Pero ¿qué flipas, Martita? Nico, ¿qué le metiste en el desayuno?

—No me metáis en vuestras mierdas — dice Nico levantando las manos.

—Claro, porque la vas a defender a ella. Como te paga con sexo.

—No voy a hablar de esto contigo. Me niego — dice Nico, y se tensa en el asiento de una manera que indica que el tema le incomoda más de lo que quiere reconocer.

—Estoy en serio, Hugo. — Marta se pone seria, que en ella significa cruzar los brazos y mirarte fijo hasta que no te queda más remedio que escuchar. — Lleváis demasiado tiempo así. Ya han pasado años. Tienes que terminar esa guerra.

—Yo no voy a llamar a nadie, Marta, y no me rayes la cabeza esta noche, por favor.

Le doy un sorbo a mi agua con gas. Los días previos a una competición tengo el alcohol totalmente prohibido, Manu es inflexible en eso, y en una fiesta como esta eso significa aguantar con agua con gas mientras todos los demás brindan. No es lo peor del mundo, pero tampoco ayuda al humor.

Marta no dice nada más. Pero tampoco descruza los brazos, que es su forma de decirme que el tema no está cerrado, solo aparcado.

La relación con mi padre es complicada desde antes de que me fuera de casa, desde antes de que el boxeo fuera algo más que un secreto que mantenía a sus espaldas. Él tenía un plan para mí: carrera, empresa, futuro ordenado… Y yo decidí que ese plan no era el mío. Eso no me lo perdonó. Y la verdad es que yo tampoco le perdoné del todo que no intentara entenderme. Llevamos años en ese empate, cada uno esperando que el otro dé el primer paso, y ninguno de los dos lo dé.

Marta cree que debería ser yo. Puede que tenga razón. Pero esta noche no es el momento.

Rai aprovecha el silencio para contarme su última aventura, un viaje a Ibiza el mes pasado, una rave en algún sitio del interior de la isla, dos días sin dormir y una historia que cada vez que la cuenta tiene más detalles que la vez anterior. Es un loco de la fiesta y no tiene ninguna intención de cambiar, y hay algo en eso que me resulta descansado. Con Rai no hay conversaciones difíciles.

—Voy a por unas patatas sin que me vea Manu — les digo mientras me levanto.

Me acerco a la barra. El salón tiene ese ruido de fondo de los eventos grandes, voces mezcladas con música, risas que no sé de dónde vienen. Pido las patatas y mientras espero es cuando la veo.

Mía está a unos cinco sitios de mí en la barra.

Tiene puesto algo diferente a lo del gimnasio, unos vaqueros y un top blanco que le sienta bien, el pelo suelto en lugar del moño o las trenzas de siempre. Está mirando hacia el centro del salón con una tensión en los hombros que reconozco. La he visto así en el gimnasio, parece que está incómoda.

Sigo su mirada. Mateo está al otro lado del salón con Elsa. Y junto a ellos hay una mujer mayor que por la forma en que Mateo la tiene al lado deduzco que es su madre. Los tres están mirando en la dirección de Mía.

Y empiezan a caminar hacia ella.

La veo tragar saliva. La veo buscar inconscientemente una salida, girar ligeramente el cuerpo como si estuviera calculando cuántos pasos la separan de la puerta. La señora llega primero y le da dos besos con esa amabilidad que tienen las madres de los ex que no saben exactamente lo que ha pasado o que lo saben y han decidido no posicionarse. Mateo y Elsa se quedan justo detrás, como dos pasmarotes, sin decir nada todavía.

Mía sonríe. Una sonrisa que se nota a leguas que es forzada, de esas que pones con la boca, pero que no llegan a los ojos. Y veo cómo los ojos se le están enrojeciendo.

La camarera me da las patatas.

No pienso lo que hago. Si lo pensara probablemente no lo haría, así que mejor no pensarlo. Cojo el bol, me separo de la barra y camino hacia ellos.

Elsa me ve venir. Algo cambia en su cara, una incomodidad que intenta disimular y no consigue del todo. Mateo también me ve, y su mandíbula se aprieta un milímetro, ese gesto de cuando algo no te gusta, pero no puede hacer nada al respecto.

Me meto en medio de la conversación sin pedir permiso.

—Mía, preciosa, no te encontraba. Ya tengo las patatas.

La agarro de la mano mientras lo digo, sin darle tiempo a reaccionar. Luego me giro hacia los otros tres con la sonrisa más tranquila que tengo.

—Perdonad que os la robe.

Y tiro de ella hacia afuera de ese círculo.

Caminamos unos metros en silencio. Me aprieta la mano, fuerte, más de lo necesario, y le tiembla. Bajo la vista un segundo, las uñas cortas y cuidadas, un anillo fino en el dedo meñique. Antes de llegar a donde están Marta y los demás me detengo y la acerco un poco.

—Me parecía que necesitabas ayuda — le digo en voz baja.

—La necesitaba. Gracias, Hugo. — Me mira. Tiene los ojos todavía húmedos, pero sostiene la mirada. — Sé que nunca hemos hablado, pero…

No termina la frase porque Nico aparece por detrás como una tromba.

—¡Hemos conseguido un barril de cerveza! — grita, con una energía que no corresponde a ningún momento de la noche anterior a las tres de la mañana.

—Yo no puedo beber, tío.

—¿Cómo se llama tu amiga?

—Mía.

—Mía, tú puedes beber, ¿verdad? — La agarra por el hombro antes de que nadie pueda decir nada y se la lleva hacia la mesa.

Me quedo donde estoy un momento, mirándolos alejarse. Había dado por hecho que en cuanto la sacara de allí se iría, suelo verla con otra chica, Celia creo que se llama, pero esta noche parece haber venido sola. No sé si eso me dice algo sobre cómo está o si simplemente es una decisión que tomó y ya.

Me acerco a la mesa. Nico ya está explicando el tema del barril con el entusiasmo de quien ha descubierto algo importante, Marta escucha con esa paciencia infinita que tiene para él, y Mía está en medio de todo eso con una copa en la mano y el gesto más relajado que le he visto desde que la conozco. Como si el ruido de otras personas la protegiera un poco de su propio ruido interior.

Al cabo de un rato la veo bailar con Marta. Las dos se han puesto a hablar de algo que hace reír a Marta, y Mía también se ríe, y es la primera vez que la veo reírse de verdad desde el día del vestuario. Tiene una cara distinta cuando se ríe, más abierta, más relajada. Y un cuerpo que, ahora que lo veo sin la ropa de entrenamiento, es mucho más bonito de lo que me había fijado.

Aparto la vista.

Pasan un par de horas. Rai se ha ido a hablar con alguien que dice que organiza eventos en un club del Raval. Nico y Marta están en su mundo. Y yo estoy en la barra con la segunda agua de la noche cuando noto que alguien se pone a mi lado.

—Te debo una, Hugo.

Mía. Me mira de frente, seria, con esa forma de mirar que no esquiva.

—Hoy por ti, mañana por mí.

—No sé por qué me has ayudado, pero gracias.

Y me da un abrazo.

No lo esperaba. Es un abrazo corto, de los que duran lo justo, pero noto algo raro mientras pasa, como si algo se tensara y se soltara al mismo tiempo en algún sitio que no sé identificar.

—Joder a Mateo siempre es bueno — le digo cuando nos separamos, porque necesito decir algo y eso es lo más neutro que encuentro.

Me lanza una sonrisa tímida. Me dice que se va. Y lo hace.

Me quedo en la barra con el agua en la mano mirando hacia donde ha desaparecido entre la gente.

Y no sé qué hacer con todo esto.

8
HUGO

El pesaje es el momento más tenso de todo el proceso. Más que el combate, más que el sorteo, más que cualquier cosa que pase dentro del ring.

En el ring sé lo que hay. Sé lo que tengo que hacer y sé lo que mi rival va a intentar hacer con el suyo. El pesaje no lo controlo yo, lo controla una báscula, un número en una pantalla, y la posibilidad siempre presente de que algo falle en el último momento después de semanas de trabajo. Me pone nervioso de una manera que no me gusta reconocer.

El pabellón donde se hace el pesaje huele a linimento y a ese ambientador de lavanda que usa siempre la organización en los eventos. Las luces son demasiado blancas, de las que no perdonan nada, y el ruido es constante, voces de entrenadores, algún flash de cámara, el pitido de las básculas cada vez que alguien sube. Me conozco bien este ambiente y, aun así, cada vez que estoy aquí me cuesta un par de minutos asentarme.

Creo que voy bien. Mi peso lleva días por debajo del límite, no he tenido que hacer deshidratación ni nada similar, y Manu me revisó ayer por la tarde y no puso cara de preocupado. Pero hasta que no vea el número en la báscula no voy a estar del todo tranquilo.

Cuando llegamos veo a Julián al fondo discutiendo con alguien de la organización. La seguridad está con ellos, dos tíos con chaleco que

no tienen pinta de estar de buen humor.

—Debe de superar el peso — me dice Manu en voz baja.

—Joder.

No quiero ganar porque el otro no dé el peso. Quiero ganar en el ring, que es lo único que vale.

—Voy a preguntar a la organización, a ver de qué me entero.

Me quedo solo un momento. A mi alrededor van pasando los demás boxeadores, los cuartos están repartidos en dos días y este es el pesaje general, así que estamos todos. Reconozco caras, algunas del circuito de hace años, otras más nuevas. El ambiente tiene esa mezcla rara de tensión y aburrimiento que solo existe en los pesajes, donde todo el mundo está esperando algo, pero nadie sabe exactamente cuándo va a pasar.

Me fijo en los que no conozco. Es algo que hago siempre, observar, leer cuerpos, intentar sacar información de cómo alguien se mueve cuando cree que nadie le mira. Un boxeador nervioso lo delata en los hombros, en los pies, en si se queda quieto o necesita moverse sin parar. La mayoría fingimos tranquilidad mejor o peor. Yo finjo bastante bien, aunque Manu siempre dice que la pierna me traiciona.

Bajo la vista. La pierna izquierda lleva un rato moviéndose sola.

Me la paro con la mano. Mañana es el combate. Julián es manejable si hago bien mi trabajo — potente, pero lento, predecible cuando se cansa, con ese gancho de derecha que telegrafía medio segundo antes de lanzarlo. Lo he visto en vídeo tantas veces que casi podría dibujarlo. Lo que me preocupa no es él. Lo que me preocupa es llegar al ring con la cabeza despejada y no con todo el ruido de estas semanas metido dentro.

Es entonces cuando los veo entrar.

Mateo y Elsa. De la mano, con esa soltura de pareja consolidada que me resulta curiosa teniendo en cuenta que hace menos de un mes Elsa me estaba escribiendo mensajes para vernos. No es que me importe lo más mínimo — no me importa — pero me llama la atención la velocidad a la que la gente reorganiza sus afectos cuando le conviene.

Los miro entrar. Mateo saluda a alguien, Elsa se ríe de algo, los dos juntos como si llevaran años así. Y en algún momento Mateo levanta la vista y me encuentra mirándolo.

No lo hace de forma casual. Me sostiene la mirada con esa expresión de cuando quiere que el otro sepa que no le tiene miedo.

No le gustó lo de la fiesta de inauguración. Me la pela.

Noto que tengo los hombros tensos. Que me estoy pasando la lengua por el labio sin querer. Pero no muevo los ojos de los suyos.

Manu aparece a mi lado y me agarra suavemente el hombro, girándome hacia él.

—Ha dado 90,8. Imagino que no tendrá problema en bajarlo. — Luego me mira la cara y cambia de tono. — ¿Qué está pasando aquí?

—Nada.

—Hugo.

—Que nada, Manu.

Me mira un segundo más. Luego mira hacia donde estaba mirando yo. Luego vuelve a mirarme a mí, y en su cara aparece esa expresión de ya me lo imaginaba que me produce una irritación específica.

—Te dije que no le tocaras los huevos con la chavala esa. ¿Qué quieres, Hugo?

—Yo no he hecho nada con nadie.

—Todo el mundo vio cómo te la llevabas de la manita ayer. Como un salvador. Dime que no te dio nada a cambio.

—Las gracias, Manu.

Se parte el culo delante de mí. Una risa corta, de las suyas, de las que significan que ya sabía lo que le iba a decir antes de preguntarlo.

—Deja de tocarle las pelotas. Es su novia. Lleva con ella desde que eran críos. Ahora estará haciendo el imbécil, pero volverá con ella. No te metas en medio de esas mierdas y menos ahora que nos jugamos tanto.

—Ahora resulta que eres coach sentimental además de entrenador.

Me ha jodido que me lo diga. No porque no tenga razón en la parte táctica —tiene razón, no es el momento, hay cosas más importantes esta semana — sino porque ayer, en algún momento entre las patatas y el abrazo y ella diciéndome gracias con esos ojos todavía húmedos, sí que quería algo más que eso. No sé qué exactamente. Pero algo más.

—Soy muchas cosas que no sabes, rey.

—Tranquilo, entrenador. Jamás me tiraría a nadie que se haya pasado por la cama de ese subnormal.

—Pues a mí me da que ya lo has hecho. — Hace un gesto con los ojos señalando hacia Elsa.

—Esa no vuelve a mi cama.

—Habrá que verlo.

Paso de contestarle más. Porque puede que Mía sea preciosa y que ayer me cayera realmente bien, pero una cosa es fijarte en alguien y otra muy distinta es querer algo con ella. Y ella tampoco me imagino que quiera nada conmigo. No ahora. No con todo lo que tiene encima.

Julián da un grito al fondo del pabellón. Ha dado el peso.

Bien. Ahora sí que empieza lo divertido.

Las cámaras se reposicionan todas hacia la zona del cara a cara. Esto es de la poca parafernalia del boxeo profesional que me hace algo de gracia, ese momento de teatro puro donde dos tíos que van a intentar hacerse daño mañana se plantan nariz con nariz para las fotos. Tiene algo de absurdo y algo de ritual al mismo tiempo.

El pabellón cambia de textura cuando empieza. El ruido baja un tono, la gente se acerca, los flashes empiezan. Huele a sudor y a colonia cara mezclados, que es el olor específico de estos eventos cuando hay prensa.

Julián se coloca a la derecha con León, su entrenador. Yo me coloco a la izquierda con Manu — siempre ha sido mi lado, es una de esas manías que tienes en el deporte y que no cuestionas. Nos acercamos hasta quedar nariz con nariz, la distancia exacta para la foto, la que hace que las cámaras hagan lo que tienen que hacer.

—Voy a acabar contigo — me dice entre dientes. Lo dice con convicción, hay que reconocérselo.

Me dan ganas de reírme, pero quedaría mal para las cámaras. No me esfuerzo ni en contestar. Lo miro a los ojos el tiempo que hace falta para las fotos — ni un segundo más, ni un segundo menos — y cuando la organización da la señal me separo despacio, sin prisa, como quien termina una conversación que ya tenía ganada.

Julián se gira hacia León. Yo me giro hacia Manu.

—¿Bien? — me dice.

—Bien.

Y lo estoy. O algo parecido. El cara a cara tiene siempre ese efecto raro de calmarte justo cuando más tenso estabas — como si ver al otro de cerca, olerlo casi, te recordara que al final es solo un tío que también está nervioso y también está fingiendo que no lo está. Julián lo disimula peor que yo. Eso lo anoto.

Mañana lo veremos en el ring.

Ahí es donde se habla.

9
MÍA

Hoy son los primeros combates del torneo y no me apetecía nada venir.

Pero Celia casi me ha obligado porque está liada con Julián, que es uno de los boxeadores que compiten hoy. Y cuando Celia dice que vas, vas — lleva toda la vida siendo así y no ha cambiado.

Tengo que reconocer que tiene buen gusto. Julián es atractivo, quizás demasiado grande para esta categoría, lo que significa que lleva semanas más seco que los demás para dar el peso. Rubio, ojos azules, de esos que sonríen con toda la cara. He ido a cenar con ellos alguna vez. Bueno, hemos ido, yo y Mateo. Mientras pienso esto un nudo se me mete en el estómago y lo aparto como puedo.

Todavía no he superado lo de ayer. Aparecer con Elsa y con su madre a hablar conmigo como si tal cosa. Como si los últimos años se pudieran resumir en dos besos en la mejilla y una sonrisa educada en medio de una fiesta. Me quedé tan bloqueada que estaba a un minuto de ponerme a llorar delante de todo el mundo cuando apareció él.

Hugo Álvarez.

Sé quién es, todo el mundo que pisa ese gimnasio sabe quién es, pero era la primera vez que interactuábamos de verdad. Mateo y él son como agua y aceite, dos tíos que se miran con esa tensión específica de quien sabe que el otro es igual de bueno que tú y no puede perdonárselo. Nunca entendí por qué me vino a ayudar. Ni por

qué me dejó quedarme con sus amigos el resto de la noche, que por cierto son de la gente más maja que he conocido en mucho tiempo.

Tenía una idea muy diferente de Hugo. En el vestuario se habla de él, es inevitable, es guapo y lo sabe y tiene ese aire de quien no necesita que nadie se lo confirme. Pero de cerca gana mucho más. Hay algo en él que no encaja con la imagen que me había formado, algo que todavía no sé cómo nombrar.

Cuando nos sentamos en nuestros asientos Celia ya está histérica.

—Va a ganar, ¿verdad?

—No te voy a mentir, Ce. Ni siquiera sé contra quién boxea.

—Un tal Hugo.

Hostia. Hugo.

—Puf… quizás esté un poco complicada la cosa.

—¿Por qué? Si Julián es un hombretón sexy y fuerte y… — dice mientras se acaricia el cuerpo con una expresión que me hace reír a pesar de todo.

—Celia, tía, todos los boxeadores tienen un cuerpo similar. No te flipes. Hugo es bueno. Muy bueno.

—¿Y tú de qué lo conoces?

De que el otro día me salvó el culo. Pero no lo digo, porque no le he contado nada a Celia de lo de la fiesta. Si se enterara de lo que hizo Mateo iría a buscarlo, lo mataría, cortaría el cuerpo en trozos y lo tiraría al mar para que se lo comieran los peces. Y yo no quiero que mi mejor amiga vaya a la cárcel.

—De nada, es de la categoría de Mateo. Lo he visto boxear.

—Bueno, ya veremos.

Mientras seguimos esperando alguien me llama desde detrás.

—¡Mía, tía, estás aquí!

Cuando me giro veo a Marta y a Nico, los amigos que estaban con Hugo en la fiesta. Les saludo tímidamente con la mano, pero Marta se acerca corriendo y me da un abrazo como si nos conociéramos de toda la vida. Qué tía más maja, joder.

—Me imagino que venís a ver a Hugo — le digo.

—Sí, claro. ¿Vosotras también?

—No, venimos a ver a Juli — contesta Celia con cara de pocos amigos.

Miro a Marta y levanto ligeramente los hombros. Ella sonríe.

—Bueno, no pasa nada. Solo es un deporte.

Está claro que no es boxeadora. Si Hugo escuchara eso no le haría ninguna gracia.

—Me llamo Marta, soy la hermana de Hugo. Y este es Nico, mi novio — le dice a Celia mientras le tiende la mano.

Su hermana. No me lo habían dicho el otro día, aunque tampoco hubo mucha conversación al respecto.

—Encantada, aunque tu hermano va a perder — le suelta Celia.

—Ojalá — dice Marta, y Nico hace un gesto de negación con la cabeza que claramente tiene mucha práctica.

—Lo dudo mucho — digo yo.

Celia me mira. Yo miro hacia el ring. Sé que cuando esto termine me va a preguntar cómo conozco a los amigos de Hugo y voy a tener que inventarme algo, pero no le da tiempo porque todo el mundo empieza a ponerse de pie y Marta y Nico se despiden corriendo hacia sus asientos.

Julián entra primero. Celia grita como si no hubiera mañana y él la busca entre el público con la mirada, la encuentra, y le dedica esa sonrisa suya de toda la cara. Se le nota nervioso, aunque intenta disimularlo, los hombros demasiado arriba, los pasos demasiado medidos.

Después es el turno de Hugo.

Casi se cae el pabellón. Entra sin música dramática ni gestos para la galería, con Manu justo detrás, caminando como si el ruido no fuera con él. Con la capucha puesta y los ojos al frente. Su cuerpo brilla bajo las luces del ring y desde donde estamos se le ven los ojos, ese color miel que de lejos no se puede apreciar del todo. Oigo a Marta gritar como una loca y veo cómo él la busca entre el público, la encuentra, y le echa una sonrisa pequeña que dura exactamente un segundo antes de que su cara vuelva a ponerse en modo combate.

Suena la campana.

El primer asalto lo leo de inmediato. Hugo está estudiando. Se mueve hacia los lados, no hacia adelante, dejando que Julián marque el ritmo mientras él recopila información. Es lo que haría cualquier boxeador inteligente ante alguien más grande, no te metas dentro hasta que sepas exactamente lo que tiene. Julián usa la envergadura bien, mantiene la distancia con el jab, intenta llevar a Hugo hacia las cuerdas. Pero Hugo no se deja acorralar. Retrocede cuando tiene que retroceder y avanza cuando le conviene, y esa diferencia, esa lectura

constante de dónde está el otro, es lo que separa a alguien bueno de alguien muy bueno.

Celia no entiende nada de lo que está pasando, pero lo intuye.

—¿Va bien? — me pregunta en voz baja.

—Va bien.

El segundo asalto cambia. Hugo encontró lo que buscaba en el primero, Julián telegrafía el gancho de derecha medio segundo antes de lanzarlo, un gesto pequeño del hombro que si no sabes mirarlo no existe. Hugo lo sabe al mirarlo. Lo veo en cómo empieza a posicionarse cada vez que Julián carga ese lado, creando el hueco, esperando. Julián es más potente, pero Hugo es más rápido y listo, y en el boxeo eso casi siempre gana.

Cuando llega el momento es exactamente como lo había leído. Hugo entra en el hueco, gancho corto de izquierda limpio, y Julián va contra las cuerdas con la guardia arriba y los pies buscando suelo. Hugo no lo remata de golpe, lo trabaja, combinaciones cortas y precisas, sin desperdiciar energía. Me he levantado del asiento sin darme cuenta.

Me siento despacio.

—Joder — dice Celia.

—Está bien, está bien, todavía quedan asaltos — le digo. Y es verdad. Julián tiene pegada de sobra para cambiar esto si consigue conectar limpio.

Y en el tercer asalto casi lo consigue. Un directo de derecha que Hugo no esquiva del todo le roza el costado con suficiente fuerza como para que el árbitro los separe un segundo y yo contenga la respiración. Julián lo sabe aprovechar, presiona, busca el cuerpo, intenta cambiar el ritmo. Durante medio asalto lo tiene. Durante medio asalto pienso que esto se puede complicar.

Pero Hugo reajusta. Eso es lo que distingue a los muy buenos de los demás, no que no reciban golpes, sino lo que hacen después. Hugo reajusta la guardia, recupera la distancia, vuelve a leer. Y Julián, que lleva demasiado peso encima para mantener esa presión muchos minutos, empieza a acusar el cansancio en los hombros.

—Venga, Julián — susurra Celia.

La miro. Ella mira al ring. Y entonces me doy cuenta de que yo llevo tres asaltos leyendo este combate desde el lado de Hugo, sus decisiones, su lógica, lo que está viendo y lo que está construyendo. Sin haberlo decidido.

Ninguna de las dos dice nada.

El quinto asalto dura poco. Julián llega cansado y Hugo lo sabe antes de que suene la campana, lo vio venir desde el cuarto, fue acumulando ventaja exactamente para este momento. Tres golpes seguidos, limpios, sin pausa entre ellos. El primero abre la guardia, el segundo desequilibra, el tercero es el que termina la historia. Julián cae de rodillas.

El pabellón explota.

El árbitro cuenta. Julián se levanta en ocho — se levanta, que no todo el mundo lo haría — y el árbitro lo mira y detiene el combate. Es la decisión correcta. Julián lo dio todo y no había más que dar.

Hugo no celebra. Se gira, encuentra a Manu con la mirada, y aprieta la mandíbula de esa forma suya que ya sé que en él significa alivio. Manu sube al ring y le da un abrazo de los que no suele dar. Desde las gradas oigo a Marta gritar.

Celia está callada a mi lado.

—Lo siento — le digo.

—No, si está bien. Julián lo hizo bien.

—Sí. Lo hizo bien.

Nos quedamos las dos mirando el ring. Hugo tiene el brazo levantado por el árbitro y el pabellón sigue rugiendo y yo estoy en la quinta fila con los ojos puestos en él pensando que debería estar pensando en otra cosa.

No sé en qué.

10
HUGO

El combate ha sido más ajustado de lo que debería haber sido.

Julián venía preparado y yo estaba poco centrado, y en el boxeo esas dos cosas juntas son un problema. Ha habido momentos en los que he pensado que podía perder. Eso no puede pasar. No porque sea arrogante, o no solo por eso, sino porque en el ring la duda te cuesta golpes, te cuesta posición, te cuesta asaltos enteros. Un boxeador que duda ya ha perdido algo antes de que el árbitro lo cuente.

Cuando el árbitro me levanta la mano el alivio y el cabreo llegan al mismo tiempo. Manu me mira desde la esquina y me pide calma con las manos. Lo conozco bien, sabe exactamente lo que estoy pensando y sabe que ahora mismo no es el momento. El resultado es el que tiene que ser. Eso es lo que importa.

Busco a Marta entre el público casi sin querer. La encuentro en la tercera fila con Nico, los dos gritando como si esto fuera un partido de fútbol. Marta no siente gran apreciación por el boxeo, nunca la ha sentido, y lleva años viniendo a verme igual, pero siempre está. Eso vale más que cualquier análisis técnico que pudiera hacerme.

Y entonces, sin haberlo decidido, me encuentro buscando otra cara entre el público.

No sé qué coño me importa si Mía ha venido o no. Manu tiene razón, debería mantener más distancia, hay cosas más importantes

esta semana. Pero la busco de todas formas, y la encuentro. Está con Celia, la amiga, la que creo que tiene algo con Julián, en la quinta fila. Mía mira hacia el ring con esa expresión suya de cuando está procesando algo, y aunque estamos demasiado lejos para que nuestras miradas se crucen me quedo un segundo de más mirándola.

Es guapa sin intentarlo. Eso sí que es difícil de encontrar.

Me bajo del ring.

Empieza el segundo combate: Luis Guillén contra Marco Mocer. El ganador será mi rival el sábado, así que me voy al vestuario a cambiarme, revisar el costado y volver con la cabeza puesta en lo que tengo que hacer.

El costado tiene un moratón feo. Nada que no esté curado para el sábado, pero mañana va a estar peor antes de estar mejor. Me lo miro un momento, lo toco con los dedos para calibrar la profundidad, y decido que no merece más atención de la que le estoy dando.

Cuando vuelvo al pabellón el combate está en el segundo asalto.

Marco Mocer es exactamente lo que su ficha dice: correcto, sin más. Buen físico, trabajo de jab decente, pero predecible. Carga el hombro antes de cada cruce de derecha como si alguien se lo hubiera pedido expresamente, y cuando le presionan retrocede en línea recta, que es el error más básico que puedes cometer en un ring. Si ese es mi rival el sábado, bien.

Guillén es otra historia.

No es el más grande del cuadro ni el más rápido, pero tiene algo que los números no recogen: sabe sufrir. Lo veo en el tercer asalto cuando Mocer le conecta limpio y Guillén ni pestañea. Absorbe el golpe, da medio paso atrás, y vuelve. Sin dramatismo, sin perder la guardia, como si llevar un golpe encima fuera parte del plan desde el principio. Ese tipo de boxeador es el más peligroso que existe porque nunca sabes cuándo ha llegado a su límite.

Me apoyo en la pared del fondo y sigo mirando.

Su trabajo de pies es irregular, hay asaltos en los que se planta demasiado, pierde movilidad, se convierte en un blanco más fácil de lo que debería ser. Pero cuando está bien colocado tiene una pegada de cuerpo que a Mocer le cuesta un asalto entero gestionar. Lo veo encogerse ligeramente cada vez que Guillén le trabaja el costado izquierdo. Ahí hay algo. Puede que una costilla, puede que solo sea

tensión acumulada, pero está ahí y Guillén lo ha encontrado antes que yo.

En el cuarto asalto ya no hay duda de lo que está haciendo. Guillén organiza todo desde esa zona, no busca el KO, busca el desgaste. Combinación al cuerpo, combinación al cuerpo, sube, al cuerpo otra vez. Mocer aguanta más de lo que yo aguantaría, pero llega al quinto con los brazos pesados y la respiración cambiada. Ya no es una pelea. Es una gestión.

El final no es espectacular. Un gancho corto que llega porque Mocer ya no tiene piernas para salirse, y el árbitro para el combate antes de que Guillén tenga que insistir.

Me quedo mirando cómo le levantan el brazo.

Manu aparece a mi lado sin que lo haya escuchado llegar. Lleva años haciendo eso.

—Guillén — dice.

—Guillén — confirmo.

Los dos sabemos lo que hemos visto. No hay más que decir. El sábado va a ser más largo de lo que me gustaría, y los dos sabemos también que el costado no va a estar al cien por cien. Eso lo dejamos sin decir.

Antes de que pueda procesar nada más noto algo por detrás, brazos rodeándome la espalda con fuerza.

—¿Cómo tienes ese costado, imbécil? — me dice Marta contra el hombro.

—Te ha dado bien — añade Nico desde detrás.

—Gracias. Con amigos así para qué quiere uno enemigos. — Le doy un abrazo a Nico mientras Marta me mira con esa cara que pone de no me hagas reír que estoy siendo seria.

—Has estado genial, como siempre. El Guillén ese no tiene nada que hacer contigo.

Ojalá fuera tan sencillo. Pero no se lo digo porque no vale la pena y porque en el fondo me gusta que lo crea.

—Gracias, enana.

—Dejad de halagarlo que luego se lo cree — suelta Manu mientras le da un abrazo a Marta, que es algo que hace siempre y que a mí todavía me resulta ligeramente raro de ver.

Es entonces cuando noto el olor. Algo que no sé identificar del todo, pero que hace que me gire antes de saber por qué.

Mía pasa por nuestro lado. Me mira un segundo — solo un segundo — y dice:

—Buen combate, Álvarez.

Sonríe levemente mientras lo dice. Una sonrisa pequeña, de las que no pide nada a cambio.

—Gracias — consigo decirle antes de que el resto del mundo se interponga.

Porque en ese momento empieza el asedio. Al haber terminado el segundo combate todo el mundo quiere una foto, un saludo, un segundo de atención. Es parte de esto y lo acepto, pero hay momentos en que la sensación de no ser del todo dueño de tu propio espacio se vuelve física.

Manu lo ve venir antes que yo. Me agarra del brazo con suavidad y empieza a abrirme camino hacia la salida.

—Es hora de irse, estrella.

Lo sigo sin protestar. Mientras salimos del pabellón y el ruido va quedando atrás, me doy cuenta de que sigo pensando en esa pequeña sonrisa.

En los dos segundos que duró. Y en que se me está yendo totalmente la olla.

11
MÍA

Cuando salimos del pabellón Julián está bastante cabreado. Es normal, era un combate importante y ha perdido. Pero cuando Celia propone ir a tomar algo en la zona VIP del bar de enfrente, donde están todos los boxeadores del torneo con sus acompañantes, Julián dice que sí de inmediato, que es lo más sano que puede hacer y lo sé porque yo también lo he hecho, buscar ruido para no quedarte sola con lo que tienes dentro.

Me apetece cero ir de sujetavelas, pero estar en casa tampoco me va a ayudar. Así que voy.

El bar tiene ese ambiente específico de los eventos de boxeo cuando terminan, todo el mundo todavía con la adrenalina encima, conversaciones a medio volumen sobre lo que acaba de pasar en el ring, el olor a colonia mezclado con alcohol que te aturde un poco al entrar. Me entra un escalofrío de pensar en encontrarme a Mateo. Nos sentamos en una mesa alejada de la entrada, en un rincón que da la espalda a la mayor parte del local, y agradezco que Celia lo haya elegido sin decir nada. Me conoce demasiado bien.

Llevo unos días con una sensación rara en el cuerpo que no sé muy bien cómo nombrar. Desde la fiesta hay algo en Hugo que me llama la atención de una manera que no había previsto. No es que me guste, o al menos eso es lo que me digo cuando la cabeza va por ese camino. Es más bien una curiosidad, algo que no encaja con la

imagen que tenía de él y que ahora no sé dónde poner. Lo vi boxear hoy y hay una diferencia entre saber que alguien es bueno y verlo serlo de verdad, con esa calma dentro del ring que no parece actuada.

Pero sigo buscando a Mateo entre la gente. Soy masoquista. Hoy en los combates también lo busqué, y los encontré a los dos, él y Elsa tan acaramelados, besándose, sin soltarse de la mano ni un segundo. Algo dentro de mí se rompió un poco más. Sigo sin entender cómo puede doler tanto algo que ya sabías.

—Ojalá Álvarez le gane al mamón de tu ex — suelta Julián mientras le da un trago a su cerveza.

—¿Qué? ¿Desde cuándo te cae mal Mateo? Si ibais de súper amiguis — dice Celia.

—A ver, era el novio de Mía. Intentaba llevarme bien con él. Una cosa no quita la otra.

—¿Te cae mal? — le digo sin poder quitarme la cara de sorpresa.

—Es un ególatra, un gilipollas y un imbécil. Se cree el mejor de todo el país. — Hace una pausa. — Hugo es mucho mejor que él, sin duda alguna. Hoy me ha ganado porque se lo ha currado. Yo estoy por encima físicamente y aun así me ha dominado. Eso dice algo.

—Mateo es muy buen boxeador, Juli — le digo despacio. Necesito decirlo, aunque no sé muy bien por qué. — Es un mal novio. Pero buen boxeador.

—Tú eres buena boxeadora. Siempre se ha aprovechado de que lo eras.

—No flipes.

—Esa maldita manía de decirte que no valías para competir. — Niega con la cabeza. — Es un gilipollas.

No contesto. Hay cosas que cuando las escuchas de otra persona suenan distintas a cuando las piensas tú sola. No más verdad, pero sí más reales. Como si necesitaran que alguien más las dijera en voz alta para que puedas verlas del todo.

Veo que Julián mira hacia la puerta y levanta la cabeza para saludar a alguien. Mi subconsciente me hace girarme, aunque esté de espaldas, me imaginaba que sería Mateo, que era lo que estaba esperando sin admitirlo. Pero cuando veo quién es, mi cuerpo responde de una forma que no tenía prevista.

Es Hugo.

Y viene hacia nosotros.

Vuelvo a mirar a la mesa. Celia me lanza una mirada rápida.

—No te vas a pelear con él aquí, ¿verdad? — le dice a Julián.

—Es buen chaval, Celi.

Cuando llega a la mesa Julián se levanta y se saludan de esa forma que tienen los tíos de chocarse las manos y acabar en un abrazo de hombros que yo nunca termino de entender del todo, pero que claramente comunica algo.

—Siento que fuera contigo, Juli.

—Lo has hecho genial, cabrón. Espero que le des al mamón de Mateo en la final.

Hugo me mira. Está esperando algo de mí, alguna reacción, y yo no sé muy bien qué cara poner.

—Pensé que era tu amigo — le dice.

—Ese no es amigo de nadie. — Julián hace una pausa. — Alguien que no es capaz de respetar ni a su novia, ya me dirás.

—Tonto él que se lo pierde — dice Hugo. Y me mira mientras lo dice.

No debería estar sintiendo lo que estoy sintiendo. Pero esas palabras me entran muy adentro, de esa forma que tienen las cosas que llevas tiempo necesitando escuchar, no de Celia, que me quiere demasiado para ser objetiva, sino de alguien que no tiene ninguna razón para decírtelo y lo dice igual.

Me quedo mirando la mesa un segundo. Pienso en los seis años con Mateo diciéndome que era buena pero no suficiente, que tenía potencia, pero no la necesaria, que mi juego de pies fallaba cuando importaba. Siempre con esa forma suya de envolver las críticas en algo que sonaba a preocupación, pero que con el tiempo dejó de sentirse como tal. Y Hugo, que no me conoce de nada, dice «tonto él que se lo pierde» y lo dice mirándome a los ojos como si fuera la cosa más evidente del mundo.

No sé qué hacer con eso tampoco.

—Ahí viene el rey de Roma con la reina de las zorras — suelta Julián.

No me giro. No quiero mirar. Pero sé exactamente de quiénes está hablando y el retortijón en el estómago me lo confirma.

—Perdona, tío. Sé que te la tirabas. ¿O te la sigues tirando?

Ahí sí que algo dentro de mí salta. No debería importarme. Sé que Hugo y Elsa tuvieron algo, en el gimnasio se habla de todo, pero escucharlo así, de golpe, remueve algo que no esperaba que estuviera ahí.

—Pasado, Juli. Pasado. — Hugo hace una pausa. — Me voy con mi hermana antes de que líe algo por ahí.

—Suerte, tío.

—Tu hermana me cae bien — le dice Celia.

Hugo le sonríe con una cara de me extraña entre cero y nada.

—Chao, chicos. — Se despide con la mano y se va.

El resto de la noche me la paso mirando a Hugo y a Mateo de forma totalmente alternativa, que es la demostración más clara de que no tengo muy claro qué estoy haciendo aquí ni qué quiero.

Hugo se pasa la noche saludando a gente. Muchísima gente. Y muchas chicas, no creo que haya muchas en el local que no hayan ido a darle dos besos en algún momento de la noche. Veo cómo sonríe especialmente a una que lleva un vestido negro corto y que lleva un buen rato yendo y viniendo cerca de él. Cada vez que la veo reír de algo que él dice miro hacia otro lado. Luego vuelvo a mirar sin querer. Luego vuelvo a apartar los ojos.

Es un ciclo ridículo y lo sé mientras lo estoy haciendo.

Me digo que es curiosidad, que es lo que hace cualquiera en un sitio donde no tiene mucho más que hacer, que no significa nada. Me lo digo tres veces. La cuarta suena a mentira. No he intercambiado más de quince palabras con ese tío en mi vida y me encuentro rastreando sus movimientos como si tuviera algún derecho a opinar sobre con quién habla o cómo sonríe.

No lo tengo. Lo sé.

Por otro lado, está Mateo. Él y Elsa llevan la noche sin soltarse, pegados, como si necesitaran demostrarle algo a alguien. Pero la he visto mirando a Hugo un par de veces, esa clase de mirada que no va a ningún sitio concreto, pero que dice bastante sobre hacia dónde va en realidad. No puedo con esa tía. No debería dedicarle ni un segundo más de energía, pero no puedo.

Mateo está guapo. Las camisas siempre le sentaron bien.

La que lleva esta noche se la regalé yo.

Es entonces cuando decido que ya es suficiente por hoy y cojo el bolso para irme a casa.

12
MÍA

Hoy está siendo el peor entrenamiento en la historia de mi vida.

No porque esté entrenando mal — estoy entrenando bien, de hecho —, los golpes me salen limpios y el timing está donde tiene que estar. El problema es Raúl, que está insoportable desde esta mañana. Ayer fue el combate de cuartos de Mateo, que ganó como se esperaba, pero desobedeció a Raúl en varias cosas dentro del ring, y Raúl está que trina. Y por alguna razón que no termino de entender, parte de ese cabreo me lo está descargando a mí.

—¿Te vas a apuntar al puto torneo, Mía? Mañana terminan las inscripciones.

—Ya te dije que no. No seas pesado.

—Voy a dejar de entrenarte. — Lo dice cabreado, girando sobre sí mismo, dando vueltas como un animal enjaulado. — Te lo digo en serio.

—Haz lo que te dé la gana.

—Si no fuera por tu culpa no estaría entrenando a semejante gilipollas.

Habla de Mateo. Lo sé antes de que lo diga.

—Es buen boxeador.

—Me cago en la puta, Mía. — Se para y me mira. — Deja de defenderlo. Lleva manipulándote y vapuleándote desde que eras una cría.

—No hables así de él.

—¿Crees que Elsa es la primera? — Hace una pausa. — Venga ya. Sé que eres mucho más lista que eso.

Me quedo callada. El gimnasio está casi vacío a estas horas — solo hay alguien entrenando en un par de rings a la izquierda — y me doy cuenta de que llevamos un rato chillando sin que ninguno de los dos lo haya notado.

—Tienes que dejar de hacer el gilipollas y competir. Me da igual que ese te haya comido la cabeza para que no lo hagas. Eres la mejor, Mía. Tu padre querría que lo hicieras.

—Por ahí no, Raúl. Por ahí no.

Lo digo muy cabreada. Y antes de que pueda contestar cojo los guantes, los tiro al suelo y salgo del ring.

—¡Deja de comportarte como una niñata! — me grita mientras me alejo hacia el vestuario.

Cuando entro y la puerta se cierra detrás de mí todo lo que llevaba aguantando me explota en la cara. Me siento en el banco y me pongo a llorar como si no hubiera mañana, por Raúl, por Mateo, por mi padre, por todo lo que llevo semanas acumulando sin saber dónde meterlo. Cuando oigo la puerta abrirse suelto sin girarme:

—Que me dejes en paz, Raúl, coño.

Pero cuando me giro no es él.

Es Hugo.

Me limpio la cara con el dorso de la mano lo mejor que puedo, que no es mucho.

—¿Qué quieres?

—¿Estás bien?

—¿Tú qué crees?

Da un par de pasos hacia dentro del vestuario. No se sienta, no se acerca demasiado, se queda de pie a unos metros, como alguien que no quiere invadir, pero tampoco se va.

—Tiene razón. Eres buena. Deberías competir. — Hace una pausa. — Eres mejor que todas las de tu equipo y del mío. Probablemente, le darías una paliza a algún que otro tío también.

No sé por qué escuchar esas palabras de su boca me llena de una manera diferente. Raúl me lo dice siempre y lo quiero por ello, pero sé que me quiere, que tiene razones para decirlo. Hugo no obtiene nada diciéndome esto. No me debe nada. Y aun así lo dice, mirándome como si fuera la cosa más evidente del mundo.

—Pero Mateo siempre me dijo…

—Venga, Mía. — Lo dice despacio, sin dureza. — Da igual lo que diga él. ¿No crees? Por qué no lo haces y cuando ganes se lo estampas en la cara.

Me quedo mirándolo. Hugo está de pie cerca de mí, a unos metros, con una calma que no sé si es real o la ha construido a base de años, y en ese momento solo puedo pensar en que me encantaría besarlo. Llevo toda mi vida haciendo lo que otras personas esperan de mí. Guardando respeto a gente que no lo merece. Encogiéndome para caber en espacios que nunca fueron míos.

Así que me levanto.

Me acerco a él despacio, lo suficiente para que pueda ver lo que voy a hacer y pueda apartarse si quiere. No se aparta. Me pongo de puntillas y rozo sus labios con los míos, un contacto mínimo, casi una pregunta, y siento pánico de que se separe, de quedar en ridículo, de haber malinterpretado todo.

Pero eso no ocurre.

Hugo levanta una mano agarrando mi cintura y me acerca hacia él, y cuando sus labios responden a los míos algo en mí se suelta de golpe. Me besa despacio al principio, con esa misma calma que transmite, como si tuviera todo el tiempo del mundo, y luego algo cambia, sus manos bajan a mi cadera, me aprietan, y el beso deja de ser despacio.

Cuando nos separamos un momento para respirar me mira a los ojos. No dice nada. Yo tampoco. Luego vuelve a besarme y esta vez no hay calma, hay urgencia, sus manos en mi pelo, las mías en su espalda, los dos buscando algo que ninguno de los dos sabía que estaba buscando.

Me coloca en el banco encima suya sin dejar de besarme. Noto su cuerpo contra el mío, duro, caliente, y el contacto me recorre entera. Sus labios bajan por mi cuello, lentos, tomándose su tiempo, y yo echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos. Sus manos suben por debajo de mi camiseta y cuando las noto en mi piel, desnuda bajo sus dedos, dejo de pensar en todo lo demás, en Raúl, en Mateo, en el gimnasio vacío al otro lado de la puerta. Solo existe esto.

—¿Estás segura? — me dice en voz baja contra mi cuello.

—Sí — le digo. Y lo estoy.

Me quita la camiseta despacio y me mira un segundo entero antes de volver a tocarme, como si necesitara ese momento para mirar de

verdad. Hay algo en esa mirada suya que me descoloca, no es hambrienta ni ansiosa, es atenta, como cuando está en el ring leyendo al otro. Sus labios bajan por mi clavícula, por mi pecho, y cuando su mano se mueve entre mis muslos tengo que aferrarme a sus hombros para no perder el equilibrio encima del banco.

—No te calles — me dice contra mi piel.

No me callo.

Me tumba en el banco y se coloca encima de mí. El peso de su cuerpo, la forma en que me sujeta las muñecas contra el banco sin hacer daño, la respiración ya rota de los dos. Me mira un segundo, solo uno, y luego todo deja de ser despacio. Empuja, entra en mí, y el mundo se reduce a ese movimiento. Sus caderas contra las mías, mis piernas rodeándole la cintura, sus manos en todos los sitios a la vez y las mías buscando también, sin vergüenza, sin pensar. El ritmo es rápido, duro, casi brusco. Cada embestida me mueve un poco hacia atrás en el banco y él me agarra de la cadera para volver a acercarme. El banco cruje y ninguno de los dos le da importancia.

Cuando siente que me desarmo, que ya no puedo más, que estoy a punto, me agarra con las dos manos y no aparta sus ojos de los míos.

Esa presencia completa, ese no esconderse, es lo que termina de romperme. Llego al límite con su nombre en la boca, y él me sigue un momento después, hundiendo la cara en mi cuello, con todo el peso de su cuerpo sobre el mío.

Cuando terminamos nos quedamos un momento quietos, la respiración rota, su frente apoyada en la mía. Afuera el gimnasio sigue igual de silencioso.

—La ducha — dice al cabo de un momento.

—¿Qué?

—Que tenemos que ducharnos. — Levanta la cabeza y me mira con esa media sonrisa. — Los dos.

Me río. No lo esperaba y me río, y es la primera vez en semanas que me río de verdad sin esfuerzo.

Bajo el agua caliente volvemos a encontrarnos, más despacio esta vez, con el vapor cerrando el mundo alrededor de los dos. Mi espalda contra los azulejos fríos que contrastan con el calor de su cuerpo. Me besa el hombro, el cuello, la mandíbula, como si tuviera toda la noche, y cuando volvemos a movernos juntos bajo el agua es completamente distinto a antes — sin urgencia, sin nada que

demostrar, aprendiendo el uno al otro en ese espacio pequeño y caliente que por un momento es todo el mundo.

Cuando terminamos me abraza debajo del agua sin decir nada. Yo apoyo la frente en su pecho y cierro los ojos y escucho su respiración bajando poco a poco.

Después nos vestimos. Intento encontrar mi ropa lo más rápido que puedo, que tampoco es fácil porque está en tres sitios distintos, y hay algo raro y divertido en eso — en buscar el sujetador debajo del banco mientras él se ata los cordones como si todo fuera completamente normal. Es la primera vez que tengo sexo con alguien que no es Mateo. Y ha sido una puta pasada.

Lo miro de reojo mientras se viste. Está más bueno de lo que recordaba, que ya es decir. Me pilla mirándole y sonríe.

—Voy a cambiarme al vestuario de hombres.

—Vale.

—¿Quieres tomar algo? ¿O prefieres pasar del tema?

Siento la tentación de decirle que no, de protegerme, de salir por la puerta y procesar esto sola. Pero la verdad es que sí quiero. Quiero quedarme con él un poco más y ya me preocuparé mañana de lo que eso significa.

—Sí, claro — le digo mientras me muerdo ligeramente el labio.

No había escuchado nunca que Hugo fuera el tipo de tío que queda a tomar algo después. Pero me da igual la reputación que tenga. Lo que acaba de pasar aquí no encaja con ninguna de las versiones de él que me había contado nadie.

—Te espero fuera. Tengo que llamar a mi madre un momento.

—Tardo poco.

Se acerca antes de salir y me planta un beso. Corto, suave, sin anuncio, que no piden nada y por eso te dejan más descolocada que los que sí piden. Cuando se va y la puerta se cierra detrás de él me quedo un momento sentada en el banco con la mano en los labios.

No sé qué es esto.

Pero quiero averiguarlo.

13
HUGO

Salgo del gimnasio y el aire frío de la calle me da un golpe que me devuelve a la realidad. Me quedo parado un momento en la acera, con el ruido de Barcelona de fondo — coches, una moto que pasa demasiado rápido, voces desde el bar de enfrente — dejando que el cuerpo entienda que ya estoy fuera.

No sé ni cómo explicar lo que acaba de pasar. Bueno, sí sé, acabo de volverme loco por esa tía. Qué puta barbaridad de mujer. Me paso una mano por la cara y miro hacia arriba un segundo, como si el cielo fuera a darme alguna respuesta útil. No me da ninguna.

Me apoyo en la pared y cojo el teléfono. Llevo un mes sin devolverle la llamada a mi madre y le prometí a Marta que lo haría hoy, así que no hay más excusas. Marco el número antes de que pueda encontrar otra razón para aplazarlo.

—Hola, ma.

—Hugo, mi amor. Estaba muy preocupada por ti. He visto el combate del otro día, lo has hecho genial.

—Venga, mamá, ¿qué quieres?

—¿Hablar con mi niño? Te echo de menos, cariño.

Y suspiro. Porque joder, yo también la echo de menos. Más de lo que le digo nunca.

—Y yo a ti, mamá. Mucho. Ya lo sabes.

—¿Vas a venir en verano con Marta?

—Mamá, no voy a ir a hablar con ese señor ni a meterme en su casa ni a nada.

—No quiero discutir, Hugo. Solo quiero que estés bien. ¿Qué tal el torneo entonces? He visto que el ganador consigue un patrocinador y un patrocinador de élite, mi amor.

Sonrío porque odia el boxeo y no entiende lo que eso significa y aun así lo ha buscado, lo ha mirado, se ha tomado la molestia de entenderlo un poco. Eso es querer bien, aunque ella no lo diría así. Porque me quiere y se preocupa y yo lo sé, aunque la situación con mi padre lleve años sin resolverse y probablemente no se resuelva nunca. Hay familias que funcionan así, con distancia y con amor al mismo tiempo, sin que ninguna de las dos cosas cancele a la otra.

—Sí, pero no es tan fácil.

Es entonces cuando la veo salir por la puerta.

Pelo mojado y suelto, una camiseta blanca corta que deja ver su abdomen, unos pantalones negros anchos. Me mira y sonríe levemente, un hola apenas audible para no interrumpir, y algo en ese gesto — lo considerado que es, lo poco que pide — me hace seguir mirándola más de lo que debería mientras sigo al teléfono.

—¿Eso es una chica? — dice mi madre al otro lado.

—Mamá.

—Bueno, bueno. Hugo, hay cosas que me tienes que contar.

—Mañana te llamo, ¿vale?

—Vale, cariño. — Una pausa. — Cuida a la chica. Te quiero, mi amor.

—Y yo, mamá.

Cuelgo y me la encuentro esperando a un par de metros, mirando hacia la calle. Los dos echamos a andar en dirección a la zona de bares sin que ninguno lo haya dicho explícitamente. La noto tensa. Imagino que le preocupa que nos vea alguien, que haya que explicar cosas que todavía no tienen nombre, así que no invado su espacio, aunque la verdad es que me encantaría darle la mano. Hay algo en ella que llama a eso, a estar cerca. Se ve tan fuerte y frágil al mismo tiempo que no sé cómo conviven las dos cosas en la misma persona.

—¿Estabas enfadado con tu madre?

—No exactamente. Viven en Australia y no me llevo muy bien con mi padre. Llevo sin verlos desde los dieciocho.

—Joder. Lo siento, no quería meterme donde no me llaman.

—Qué va, Mía. No pasa nada.

Entramos en un bar al que voy con Nico a ver el fútbol algún domingo, mesas altas, poca gente, sin música demasiado alta, olor a madera vieja y a cerveza de barril que resulta descansado después del gimnasio. Mi cara sale en televisión de vez en cuando y con el torneo el tema está más candente de lo normal, así que buscamos una mesa en el fondo, separada de las demás, y nos sentamos. El camarero me reconoce, pero tiene la decencia de no decir nada, que es exactamente lo que necesito esta noche.

—Voy a apuntarme al torneo mañana por la mañana — me dice.

—¿Sí? No te vas a arrepentir, ya verás.

—¿Crees que soy buena de verdad?

—Claro que lo creo, Mía. Eres muy buena. Cuando quieras sparreamos juntos.

—¿Harías eso?

—Pero ¿qué te pasa? Claro que sí.

Me mira como si no pudiera creerse que alguien confiara en ella de esa manera, sin condiciones, sin añadir un pero detrás. Hay un segundo en el que parece que va a decir algo y no lo dice, y ese silencio me dice más sobre los últimos años de su vida que cualquier cosa que me haya contado.

Se acerca y me besa, y joder cómo me gusta estar besando a esta tía. Mi cuerpo reacciona de inmediato, aunque acabe de estar con ella hace menos de una hora, que ya es decir. Esta chica me va a volver loco.

—¿Desde cuándo boxeas? Te recuerdo desde siempre por el gimnasio.

—Boxeo desde que era un crío, pero me vine aquí en cuanto cumplí dieciocho y Manu me sacó de las peleas ilegales.

—Yo tampoco sé si sabes quién era mi padre.

—Todo el mundo sabe quién era tu padre. — Hago una pausa. — ¿Sabes que Manu lo entrenó durante años?

—Sí. Cuando murió se ofreció a entrenarme, pero no quería entrenar a Mateo y ya estábamos juntos, así que al final nos quedamos con Raúl.

No sabía que Manu le había ofrecido eso. Y mucho menos que sintiera esa aversión por Mateo, aunque pensándolo ahora tiene todo el sentido.

—Es casi como mi padre — le digo.

—¿Te gustaría hacer las paces con el tuyo?

Me río. Tiene algo especial esta chica, dice lo que piensa cuando lo piensa, sin envolverlo, sin medir si es el momento adecuado. Es políticamente incorrecta de una manera que me resulta descansada.

—No sé. Es muy complicado. No está de acuerdo con mis elecciones. No quiere que me dedique a esto.

—Pero te quiere.

—No solo es querer, Mía. Hay que querer bien.

Se queda un momento callada. Asiente despacio, como alguien que entiende eso desde dentro.

Nos quedamos un buen rato más hablando de boxeo, de sus cosas, de las mías. De Manu y de Raúl y de lo distintos que son haciendo básicamente lo mismo. De su padre y del mío, que son historias completamente diferentes, pero que comparten el peso de algo que no se resolvió a tiempo. La conversación fluye sola, sin esfuerzo, sin esos silencios incómodos que tienes con alguien que no conoces. En algún momento el camarero nos trae algo que no hemos pedido — una tapa, un gesto — y los dos lo aceptamos sin interrumpir lo que estábamos diciendo. Nunca me había sentido tan cómodo con una chica tan rápido. Normalmente hay una actuación en las primeras horas con alguien, un cuidado de lo que dices y cómo lo dices. Con Mía no noto nada de eso.

—Tengo que irme, Mía. Entreno en seis horas y Manu ya está suficientemente cabreado. Si se entera de lo de hoy, más.

—Sí, claro. Yo entreno a las niñas a las diez.

—Te diría que vinieras a mi casa, pero necesito descansar. No te lo tomes como algo personal.

—Qué va, Hugo. Nos vemos.

Caminamos hasta la parada de taxi más cercana. Cuando para uno y ella abre la puerta me doy cuenta de que no tengo su número.

—Espera. Apunta mi número.

Lo apunta. Me da un beso rápido y dulce en los labios, de los que no anuncian nada y por eso pesan más, y una sonrisa que me descoloca del todo. Se monta en el taxi.

Me quedo en la acera viendo cómo se aleja.

Manu me va a matar.

Vale la pena.

14
MÍA

Nada más subirme al taxi me entra un hormigueo en el estómago que no consigo controlar.

—¿Es Hugo Álvarez? — me pregunta el taxista mirándome por el espejo retrovisor.

—Ehm… sí, es él.

Me quedo un poco loca, aunque con Mateo me ha pasado alguna vez, la cara conocida, la gente que se da cuenta. Pero esto se siente diferente. Estoy en una nube y lo único que quiero es coger el teléfono.

—Hostia, me encanta ese chaval — dice el taxista, y empieza a soltarme un rollo de técnica de boxeo que en otro momento le contestaría punto por punto.

Le escribo:

📱 ***Mía:*** *El taxista es fan tuyo.*

📱 ***Hugo:*** *Pregúntale el nombre, que le mando un vídeo.*

📱 ***Mía:*** *¿Me puteas?*

📱 ***Hugo:*** *No seas rancia, Mía. Quiero que te dejen en casa bien.*

Joder. ¿Se puede ser más perfecto que este tío?

Le digo al taxista que si me da su nombre Hugo le manda un vídeo, y a poco más salta del coche en marcha. Hugo cumple, me manda el vídeo, el señor no me cobra el viaje, espera aparcado hasta que le confirmo que he subido al apartamento, y para eso me tiene que dar su número porque necesita reenviarle el vídeo a su familia. Cuando cierro la puerta de mi habitación me quedo un momento apoyada en ella, sonriendo como una idiota. Suena una notificación.

📱 ***Hugo:*** *¿Estás ya en casa?*

Es Hugo. Las cosquillas del estómago no se van ni un segundo.

📱 ***Mía:*** *Sí, en pijama y en la cama ya. Tu fan me ha cuidado bien.*

📱 ***Hugo:*** *Quien estuviera en esa cama.*

Y no sabes lo que me gustaría que estuvieras. Pero no se lo digo. Me despido con un corazón y apago la pantalla.

📱 ***Mía:*** *Descansa mucho* ❤️

📱 ***Hugo:*** *Y tú, princesa.*

Princesa. No sé si voy a poder dormir esta noche.

****

Al día siguiente, cuando voy a entrenar a las niñas, no veo a Hugo por el gimnasio. Me imagino que irán a otro sitio al ser la víspera del combate de semifinales. Mentiría si dijera que no llevo todo el día con ganas de verlo. Ni siquiera la visión de Mateo y Elsa paseándose por el gimnasio de la mano ha conseguido quitarme del todo la sonrisa de la cara, que ya es decir.

Cuando termino con mis niñas veo que Raúl ha entrado, pero no me ha saludado. Me imagino que seguirá cabreado.

—Perdona lo de ayer, Mía.

—Yo también lo siento. Mucho, de verdad.

—No debería insistir tanto. Lo sé. Pero eres buena y me da pena.

—Me he apuntado.

Se queda con una cara que mezcla sorpresa y alegría de una forma que no sé descifrar. Como si no se lo creyera del todo todavía.

—¿Qué?

—Tenías razón. Puede que no sea buena, pero eso lo veremos en el ring.

—Sabía que en algún momento lo entenderías.

—No puedo con Mateo y a veces lo pago con todo el mundo. Lo siento.

—Te quiero — le digo mientras lo abrazo fuerte.

—Me alegro de verte bien, pequeña. He pasado una noche terrible por culpa de ese imbécil. — Hace una pausa. — ¿Quieres que vayamos a comer? Necesito descansar de tu ex.

—Por mí genial.

Vamos a un restaurante vegetariano que hay dos calles más arriba del gimnasio. Raúl sabe que me encanta — lo conoce de antes de que yo lo conociera a él. Justo antes de entrar veo a Manu llegar con Hugo por la acera de enfrente. No puede ser verdad. Dios, ese tío está guapo a cualquier hora. ¿Qué tipo de pacto ha hecho con el diablo exactamente?

Una vez dentro nos sentamos y cojo la carta. Entonces me suena el teléfono.

📱 ***Hugo:*** *No se puede estar más guapa a estas horas. ¿Ya has hecho las paces con Raúl?*

📱 ***Mía:*** *Sí. Tú tampoco estás mal.*

Lo escribo y sonrío intentando que no se me note en la cara.

—¿Con quién hablas? Dime por favor que no es con Mateo.

—No es Mateo.

El teléfono vuelve a sonar.

📱 ***Hugo:*** *En diez minutos en la puerta del baño. Quiero besar esos labios.*

📱 ***Mía:*** *En nueve estoy.*

Intento parecer impasible. Raúl ya se ha dado cuenta de que estoy rara, me conoce demasiado, pero ahora mismo no quiero darle

explicaciones. Me pongo a mirar el reloj sin parar mientras él me cuenta todos los dramas de Mateo en el entrenamiento de ayer y por qué no lo soporta ni un solo segundo más.

—Voy al baño.

Cuando llego a la puerta Hugo no aparece. Espero diez segundos, veinte, y estoy a punto de volverme a la mesa cuando un brazo sale del baño de hombres y me mete hacia dentro antes de que pueda decir nada.

Me sonríe y yo me derrito.

Me empuja hacia el cubículo del fondo y cierra el pestillo. No llega ni a quedar bien cerrado cuando ya lo tengo encima, sin margen, como si hubiera estado aguantando exactamente esto y ya no pudiera más. Y joder, yo también.

El golpe contra la puerta me saca el aire, pero no me aparto. Al contrario. Le agarro la camiseta y tiro de él más cerca, más fuerte.

Porque si pienso, paro.

Y no quiero parar.

Su boca cae sobre la mía sin cuidado, sin ritmo, sin nada que se parezca a control. Brusco, urgente, exactamente igual que llevo sintiéndolo desde ayer. Oigo un joder contra mis labios y no sé si lo dice él o lo pienso yo. Me da igual.

Sus manos me recorren como si no supieran esperar, como si tuvieran prisa por memorizar algo que ya conocen.

Intento separarme un segundo para coger aire.

—Para… — digo. Pero suena débil. Falso.

Él se queda quieto. Ese segundo me mata. Porque me mira como si fuera a hacerlo, como si fuera a salir de aquí y dejarme sola con todo esto ardiendo dentro.

—Dímelo en serio — dice.

Niego con la cabeza antes de pensarlo.

—No.

Y en cuanto lo digo ya está otra vez encima de mí. Más seguro que antes. Como si necesitara esa confirmación tanto como yo necesitaba dársela.

Me aprieta contra la puerta y cierro los ojos. Sus manos me suben la camiseta, me recorren la espalda, bajan. Mis manos tampoco se quedan quietas, le buscan, le sujetan, le acercan, aunque no quede espacio entre los dos.

Me agarra por debajo y me eleva. Enrollo las piernas sobre su cadera mientras me besa, y esto no tiene nada de dulce ni de cariñoso. Es salvaje, urgente, de esa forma en que solo pasan las cosas cuando llevas demasiado tiempo conteniéndote.

Me bajo un momento, me bajo los pantalones justo lo necesario. No hay tiempo para más. Me agarra desde detrás y empuja, entra en mí de golpe, duro, sin pausa. La puerta del cubículo tiembla con cada embestida. Me susurra algo al oído, palabras sueltas que no entiendo del todo, pero que me recorren entera. Una de sus manos me sujeta la cadera. La otra me tapa la boca sin hacer daño, solo para que no me oigan.

—Me vuelves loca —le digo entre respiraciones.

—No grites —responde, y el tono, lejos de frenarme, me enciende más.

La idea del restaurante al otro lado de la puerta, de Raúl esperando en la mesa, de que en cualquier momento alguien podría entrar, todo eso hace que cada movimiento sea más intenso, más prohibido. Me corro ahí, contra la pared de ese baño, con Hugo pegado a mi espalda y sus manos sujetándome para que no me caiga. Él me sigue un momento después apoyando la frente en mi hombro, con la respiración rota.

Cuando terminamos nos vestimos en ese espacio ridículamente pequeño, chocando los codos, intentando no hacer ruido. Me mira y sonríe, esa sonrisa suya tranquila que no pide nada, y me da el beso más dulce que me han dado en mucho tiempo. Corto, suave, completamente fuera de lugar después de lo que acaba de pasar, y por eso exactamente perfecto.

—Hablamos después, princesa. Manu está histérico con el combate de mañana.

—Lo vas a petar, ya verás.

—Contigo ahí, seguro que sí.

Sale primero. Yo espero un minuto, me miro en el espejo, me arreglo el pelo lo mejor que puedo y vuelvo a la mesa.

Raúl sigue exactamente donde lo dejé, con el café a medias y el teléfono en la mano.

—Tardaste mucho.

—Había cola.

Me mira un segundo más de lo necesario. No dice nada. Yo cojo la carta y finjo que estoy eligiendo el postre mientras por dentro no

dejo de pensar en Hugo, en ese baño, en sus manos, en el beso del final que fue más desestabilizador que todo lo anterior.

Qué puta locura.

15
HUGO

Mañana es la semifinal.

No se me nota, o eso creo, pero estoy acojonado. Guillén es muy bueno y lo sé desde que lo vi en cuartos — ese boxeador que no para, que absorbe los golpes y vuelve, que no tiene un límite visible desde fuera. Me he pasado dos días viendo vídeos suyos buscando el patrón, el hueco, la costilla izquierda que ya sé que es su punto débil, pero que en un ring de verdad y con adrenalina encima hay que encontrar de nuevo.

Tengo miedo de perderlo todo ahora que puedo tocarlo con la punta de los dedos. El contrato, el patrocinador, la categoría que llevo años peleando por alcanzar. Llegué a Barcelona con dieciocho años, una maleta y las manos, sin conocer a nadie, sin tener nada más que las ganas y a Manu que apostó por mí cuando no había razón obvia para hacerlo. Seis años de trabajo, de peleas, de mañanas en el gimnasio cuando lo que quería era no moverme de la cama. Todo eso se juega mañana. Es el tipo de miedo que no le dices a nadie porque nombrarlo lo hace más real.

He convencido a Manu de venir a entrenar al gimnasio de Mía por la tarde. Le he dado tres razones técnicas perfectamente válidas. La real es que quería verla, aunque fuera de lejos.

Cuando entramos veo a Mateo en el ring del fondo practicando combinaciones. No lo miro mucho. No quiero que piense que he

venido por él, aunque la verdad es que no he venido por él para nada. Todavía no entiendo como Mía estuvo tanto tiempo con semejante imbécil. Bueno, sí lo entiendo — el amor hace esas cosas — pero no deja de sorprenderme.

Estoy en un descanso entre series cuando se me acerca Laura.

Me he liado con ella una vez, hace meses. Es del equipo de Mía, es simpática, diría que es guapa, pero sin más, no es mi tipo de tía. Pero desde aquella vez ha intentado que nos acostáramos de nuevo unas cuantas veces y yo le he cortado el rollo cada vez, o lo he intentado, que no siempre es fácil cuando alguien no quiere entender.

—Hola, Hugo. Estás muy guapo hoy.

Ya empezamos.

—Gracias, Laura. Tú también. — Empiezo a colocarme los guantes para dejar claro que el descanso se ha acabado.

—Había pensado que mañana, después de que ganes, podíamos quedar para lo que surja.

Y ahí está.

—Para eso todavía quedan muchas horas. No sé lo que voy a hacer mañana.

Podría ser más directo, pero no quiero hacerle daño. El que decidió acostarse con ella aquel día fui yo, y eso tiene consecuencias que tengo que gestionar con cuidado.

—Bueno, lo hablamos mañana entonces. Mucha suerte, corazón.

—Gracias, preciosa. — Me subo al ring.

Y entonces la veo.

Mía está en la puerta del vestuario mirando hacia nosotros. En cuanto ve que la miro aparta la vista y echa a andar hacia dentro sin decir nada.

Joder.

No voy a ir detrás de ella a explicarle algo que no tiene ninguna razón de ser, sobre todo porque nosotros no estamos juntos. Solo nos hemos liado un par de veces. No le debo una explicación.

Y aun así me fastidia. Me fastidia que lo haya visto, que su cara haya cambiado en ese segundo antes de apartar la vista, que ahora esté dentro del vestuario pensando quién sabe qué sobre mí y sobre Laura y sobre lo que significa todo esto. Me fastidia porque me importa lo que piense y eso no lo tenía previsto. Hace tres semanas no sabía ni su nombre completo. Ahora estoy en un ring pensando en su cara.

—¿Qué te estás trayendo con la piba de Mateo? — me suelta Manu.

—Qué pesado estás, tío.

—Vamos, que te gusta. Joder, Hugo. ¡Que te lo dije! Por eso querías venir aquí.

—Estás flipando. Vamos a entrenar.

El cabrón me conoce mejor que la palma de su mano y los dos lo sabemos. Entreno las siguientes tres horas sin apenas descanso, con la cabeza puesta en el ring y en Guillén y en los ajustes que tengo que hacer mañana. No vuelvo a ver a Mía. Me imagino que seguirá pensando que me estoy follando a Laura, y eso me molesta más de lo que debería molestarme.

—Venga, Hugo, nos vamos.

—Me quedo un rato más.

—Ni de puta coña. Te vas a casa a descansar. Vamos a pulirle al Guillén ese. Lo sabes, ¿verdad?

No le discuto. Manu tiene razón.

Cuando salgo del gimnasio Marta está esperando en la puerta.

La veo desde lejos y sé que algo va mal antes de llegar a ella — los hombros hacia dentro, la cabeza un poco baja, esa forma de estar que solo tiene cuando está aguantando algo.

—¿Pero qué te pasa, pitufa?

—Creo que Nico está con otra.

Ni de coña. No me lo creo. Nico lleva años siendo fiel a líos que hacían lo que les daba la gana porque a él le parecía una falta de respeto básica. No es ese tipo de tío.

—¿Quién te ha dicho semejante gilipollez?

Se pone a llorar más fuerte. La abrazo todo lo que puedo y espero, que a veces es lo único que se puede hacer.

—¿Has hablado con él?

—¿Tú estás imbécil? ¿Qué crees que me va a decir? — me dice entre sollozos.

—No sé, Marta. ¿La puta verdad? Dime quién te ha dicho eso.

—Elsa.

Zorra.

—¿Le crees a esa gilipollas?

Lo están haciendo para desestabilizarme antes del combate. Mateo sabe que si Marta está mal yo no voy a estar bien, y esa información la tiene desde hace años. Tremendo hijo de puta.

—Me ha mandado una foto de él liándose con una tía.

—A ver esa foto.

Marta saca el móvil con las manos temblando y me lo acerca. La miro un segundo.

—Tiene tres manos. ¿Lo ves?

Se acerca secándose las lágrimas con el dorso de la mano y mira más de cerca.

—Joder, Hugo. Voy a matar a esa puta.

—Tranquila, enana. Todo a su tiempo. Ahora no vale la pena. Lo ha hecho por mí, no por ti.

—Lo siento por venir ahora. Estaba fatal y no sabía qué hacer.

—Siempre puedes venir conmigo, pequeña. Siempre.

Me da un abrazo de los que huelen a casa. Porque Marta es y será siempre mi casa, da igual la distancia que haya entre nosotros ni el tiempo que pase.

—¿Me llevas a casa de Nico?

—Claro.

En el coche empieza el interrogatorio, que era inevitable.

—¿Te gusta esa chica?

—¿Qué chica, Marta?

—Mía, Hugo. Mía. Puedes mentirme si quieres, pero sé que te gusta. Y ayer mamá me dijo que estabas con una chica cuando te llamó.

Chivata.

Podría mentirle, pero no me apetece. No a ella.

—No sé. Es complicado. Es la ex de Mateo. Me parece una chica atractiva, no te voy a mentir.

—Eso es mucho más de lo que ha conseguido ninguna mujer en tu vida.

—Me parecen atractivas muchas mujeres.

—Pero has dicho que es complicado, así que me imagino que te gusta un montón.

La miro. No le contesto. Entre nosotros muchas veces no hacen falta las palabras.

Cuando la dejo en casa de Nico, él baja al portal y la levanta del suelo con un abrazo mientras me guiña un ojo. Le he contado toda la historia por mensaje porque sabía que Marta no iba a hacerlo.

De vuelta en casa el silencio se asienta encima de todo.

Las noches antes de los combates el cuerpo pesa el doble. Me ducho, como de pie en la cocina, me siento en el sofá con la tele

encendida que no estoy viendo. Mientras pienso en la costilla izquierda de Guillén, el peso demasiado alto, los pies que se plantan cuando se cansa… Lo repaso tres veces hasta que deja de ser información y se convierte en instinto.

En la mesa hay un par de fotos de Marta y una del día que gané mi primer combate profesional, con diecinueve años y una cara que ya no reconozco del todo. He llegado hasta aquí y mañana tengo que llegar un poco más.

Cojo el teléfono sin saber muy bien por qué le escribo:

Hugo: *Fui a entrenar a tu gimnasio para verte y te largaste. Eres mala, Mía.*

Espero. Los minutos pasan. Media hora y nada. Me debería importar una mierda y no es así.

Me meto en la cama convencido de que no voy a dormir cuando suena una notificación.

Mía: *Yo sí te vi. Estás muy sexy boxeando. Mañana lo vas a hacer genial.*

Joder.

Hugo: *Gracias, princesa. Voy a dormir que es tarde. Laura es una pesada.*

Lo envío. No sé exactamente por qué añado lo de Laura, bueno, sí lo sé. Vi su cara cuando nos vio juntos y sé que está picada, aunque sea lo suficientemente lista para saber que no tenemos nada y que los dos podemos hacer lo que queramos. Solo quiero que lo sepa.

Mía: *Descansa mucho. Le gustas. Normal.*

Le escribo:

Hugo: *A mí solo me gustas tú.*

Lo borro.

No quiero asustarla. Solo nos conocemos de unos días. Lo que tenga que ser será, y empujarlo antes de tiempo es la forma más

segura de que no sea nada.

Me meto en la cama con el teléfono boca abajo en la mesilla.

Mañana hay que ganar.

16
HUGO

Desde el vestuario se escuchan los gritos de las gradas y en vez de estar cada vez más tranquilo estoy un poco desquiciado.

Respiro hondo. Soy bueno. Lo sé. Llevo años demostrándolo y hoy no es distinto. Pero Mateo acaba de ganar su semifinal, fácil, demasiado fácil, como si el rival fuera un trámite; y eso me pone en la cabeza algo que no quiero tener ahí. Está en su mejor forma. Y yo estoy histérico, que no es mi estado habitual antes de un combate y no sé muy bien qué hacer con ello.

—No dudes de ti, chaval — me dice Manu mientras me coloca la capucha. Lo dice sin mirarme, con esa calma suya de quien ha visto esto mil veces.

—Nunca dudo de mí.

—Eres el mejor boxeador de todo el torneo y los dos lo sabemos. Mateo te está desestabilizando. Lleva días jugando a eso.

—Me dan igual sus mierdas. Lo importante hay que verlo en el ring.

—Ese es mi chico.

La puerta del vestuario se abre de golpe y entra Nico como si viniera huyendo de algo.

—¡Lo vas a petar, cabrón! — Me da un abrazo que casi me tira. — Marta no ha podido entrar, pero te manda uno de los suyos. Ya sabes.

—Gracias, tío.

—Voy a cargarme a ese capullo de Mateo, lo de ayer no se lo perdono.

—Tranquilo, ese se va a enterar de quienes somos. Todo a su tiempo.

Antes de que pueda decir nada más entra uno de los chicos de la organización.

—Sales, Álvarez.

Y ahí empieza todo.

Cuando cruzo la puerta al pasillo dejo todas mis inseguridades en el vestuario. Es algo que aprendí hace años, lo que no puedes resolver antes de subir al ring no te sirve de nada dentro de él, así que lo dejas en la silla y ya lo recoges cuando vuelvas. Camino al lado de Manu con paso tranquilo, levanto el brazo cuando empieza el ruido, y el pabellón responde. Hay mucho ambiente esta noche, más del que esperaba, más flashes, más voces.

Busco entre el público y encuentro a mis amigos. Les dirijo una sonrisa leve. Y luego la busco a ella.

No debería. Tengo un combate en dos minutos y debería tener la cabeza en Guillén y en los ajustes que me dijo Manu y en nada más. Pero la busco de todas formas, y la encuentro. Está con Celia y Julián, en la séptima fila, con la expresión que pone alguien cuando está aguantando algo por dentro. Me mira y sonríe.

Y con eso me llega.

Joder. Estoy muy jodido.

Cuando suena la campana el pabellón desaparece.

Es algo que me pasa siempre en los combates importantes y que nunca he sabido explicarle bien a nadie, el ruido se convierte en una frecuencia de fondo, el público deja de existir, y lo único que queda es el ring, Guillén, y el espacio entre los dos. Todo lo demás se apaga.

El primer asalto lo utilizo para confirmar lo que ya sé. Guillén se mueve bien, mejor de lo que parecía en vídeo, más fluido, con los pies más activos. Me mantiene a distancia con el jab, que es largo y preciso, y cuando intento entrar me corta el ángulo con un paso lateral que no vi en ninguno de sus combates anteriores. Ha preparado algo para mí. Eso me dice que me respeta, lo cual es bueno, y que va a ser más difícil de lo que esperaba, lo cual no lo es tanto.

Termino el primer asalto sin haber lanzado nada que valga la pena. Manu me mira desde la esquina.

—Está usando el jab para taparte la entrada. Tienes que fintar antes de meterte. Y baja la guardia cuando te presiona, ahí está el hueco.

Lo sé. Ya lo había visto. Pero saberlo y ejecutarlo con Guillén encima son dos cosas distintas.

El segundo asalto lo cambio. Finjo dos veces la entrada por la derecha hasta que veo que empieza a anticiparla, y entonces entro por la izquierda. El gancho llega limpio, no con toda la potencia que quería, porque Guillén absorbe bien y retrocede en el momento justo, pero llega. Y eso cambia algo en el ring. Guillén me mira diferente después de ese golpe. Ya sabe que he encontrado el camino.

Lo que viene a continuación es el asalto más duro que he tenido en mucho tiempo.

Guillén no se desmorona cuando recibe. Lo vi en cuartos y lo vivo ahora en primera persona — absorbe el golpe, da medio paso atrás, y vuelve como si nada hubiera pasado. Y entonces contraataca al cuerpo, que es donde más duele y donde más cansa, con esa pegada suya que en el tercer asalto empieza a acumular. Para el cuarto tengo el costado izquierdo avisado. Cada vez que respiro profundo noto que algo protesta.

—¿Cómo estás? — me dice Manu entre asaltos.

—Bien.

—Mientes.

—Estoy bien para ganar.

Me mira un segundo. Asiente.

—El costado derecho de él. Lleva tres asaltos protegiéndolo menos. Lo está cargando todo al izquierdo para atacarte y se está descubriendo. Cuando entres, entra ahí.

El quinto asalto lo cambio todo. Dejo de buscar la cabeza y me centro en el cuerpo, combinaciones cortas al costado derecho, una y otra vez, construyendo. Guillén aguanta, claro que aguanta, pero noto cómo el ritmo de su respiración cambia. Cómo los brazos empiezan a pesar. Cómo los pies, que en el primer asalto eran lo mejor que tenía, empiezan a plantarse un poco más.

En el sexto asalto ya lo tengo.

No es un KO espectacular, no hay un golpe que lo cambie todo de golpe. Es la acumulación. Tres asaltos trabajando el cuerpo,

obligándole a bajar la guardia para protegerse, y cuando en el sexto la baja un centímetro de más lanzo el directo de derecha que lleva dos asaltos esperando su momento. Guillén va a las cuerdas. No cae, que es lo que esperaba de él, pero el árbitro los separa y cuando lo mira a los ojos algo ha cambiado.

Lo siguiente dura menos de un minuto.

Guillén vuelve porque no sabe hacer otra cosa, y eso le honra, pero ya no tiene piernas para salirse de las combinaciones. Dos al cuerpo, uno arriba, y el árbitro para el combate antes de que tenga que insistir más.

El pabellón vuelve a existir de golpe.

El ruido me atraviesa como una ola, gritos, flashes, el sonido específico de un pabellón que ha visto lo que quería ver.

—Eres mi puto campeón — me dice Manu mientras sube al ring y me abraza.

—Estoy acabado.

—Lo has hecho genial, chaval. Ahora solo nos queda el mierdas de Mateo.

Mateo. Quedan dos semanas y todo va a salir bien. Tiene que salir bien.

Me meto en el vestuario a ducharme y a cambiarme. El pómulo izquierdo está tocado — me duele más de lo que debería — y el costado que llevo arrastrando desde cuartos ha empeorado. Nada que no aguante hasta la final, pero mañana va a estar peor, mucho peor.

Cuando estoy debajo del agua oigo gritos desde fuera.

—¡Campeones! ¡Campeones! ¡Oe oe oe!

Marta.

—¡Estoy en pelotas, Marta!, ¡ya salgo! — le grito desde las duchas.

No me hace ningún caso y entra igualmente.

—¡Joder, Hugo, lo has hecho genial!

—Necesito relajarme un poco, enana.

—Era para decirte que vamos a la Jaula a picar algo. ¿Te esperamos ahí? ¿Y me vas a dar un abrazo?

—Date por abrazada. Voy para allá en un rato.

Se va protestando y me quedo solo, que es lo que necesito después de combatir. Me gusta este momento — el vestuario vacío, el ruido del pabellón amortiguado, el cuerpo bajando poco a poco de donde

ha estado. Me siento en el banco y miro el teléfono. Tengo decenas de mensajes felicitándome. Decenas menos el que quería recibir.

Cuando por fin salgo voy encontrándome gente por el camino, algún autógrafo, alguna foto. El pabellón se está vaciando ya. Cuando cruzo las puertas principales y bajo los escalones hacia la calle veo una figura sentada en los peldaños de abajo.

Cuando nota que alguien está bajando se da la vuelta.

Mía.

Joder. Mía.

Ahí es cuando me doy cuenta de que esto ya se me ha ido de las manos del todo. Porque estaba contento de haber ganado, claro que sí, pero no hay nada que me haga más feliz en este momento que verla ahí, esperando en el frío por mí.

—Pensé que ya te habías ido — me dice cuando llego a su escalón.

La abrazo y la beso porque es lo único que me apetece hacer ahora mismo. Ella me responde igual.

—Me gusta estar tranquilo después de combatir y pensé que pasabas de mí.

—¿Yo? No, claro que no. Si lo dices porque no te escribí es porque prefería decírtelo en persona.

—Tampoco me escribiste antes del combate.

—No sabía si querías. No quería agobiarte. Me imagino que te escribe mucha gente…

La abrazo otra vez y la vuelvo a besar porque ahora mismo solo me apetece estar pegado a ella.

—Lo has hecho genial, Hugo. Ha sido muy complicado y lo has hecho genial.

—Sí bueno, aunque Mateo lo ha ganado más fácil que yo.

—Eso no significa nada.

Le doy un beso en la nariz.

—Voy a la Jaula con estos. ¿Te vienes?

Me mira, duda un segundo.

—Bueno, igual tenías otros planes. No pasa nada, nos vemos otro día.

—No tengo ningún plan. Llevo aquí esperándote una hora, Hugo.

Me río. La pobre lleva una hora en los escalones al frío esperando a que saliera.

—Te puedo ayudar a calentarte, si quieres — le digo al oído.

Sonríe y echamos a andar hacia el bar.

Dos semanas para la final.
Y ella caminando a mi lado.

17
MÍA

Vamos andando hacia la Jaula y tengo el corazón que no me cabe dentro del pecho.

Este tío cada vez me está gustando más. No es que me haya olvidado de Mateo; no lo he hecho, ojalá, pero hay algo en caminar al lado de Hugo por la calle de noche, con el frío y el ruido de Barcelona de fondo, que hace que durante un rato todo lo demás se quede quieto. Hugo me gusta. Cada vez me gusta más. Y eso me asusta y me alegra a la vez, que es una combinación que no sabía que existía.

Apenas hablamos mientras vamos caminando, pero no es incómodo. Es de esos silencios que no necesitan llenarse. Cuando llegamos al bar hay muchísima gente, casi no se puede pasar, todo el mundo celebrando, el ambiente todavía caliente del combate. Todo el mundo mira a Hugo.

Nada más entrar me da la mano.

Seguro que es simplemente para no perdernos entre la gente. Seguro. Pero noto un cosquilleo por dentro que no puedo controlar de todas formas.

Es difícil avanzar. La gente lo para, lo abraza, le felicita, le pide fotos. Y él no me suelta de la mano. Puede parecer algo obvio, algo sin importancia, pero con Mateo siempre que alguien lo paraba me echaba hacia atrás y me soltaba, como si mi presencia a su lado fuera

algo que necesitara esconder. Hugo no hace eso. Sigue andando, sigue saludando, y su mano sigue en la mía.

Cuando pasamos al lado de Laura la veo mirarle; primero me da la sensación de que se quiere acercar a hablarle, y entonces mira nuestras manos y me mira a mí. Le saludo con la cabeza. No me devuelve el saludo. Alucino.

Hugo ni siquiera la ve, o esa es la sensación que da. El otro día cuando los vi hablando sentí celos, la verdad. Sé cómo es Laura, sé que le gusta, y sé que se enfadó mucho con Elsa cuando se enteró de que se había acostado con él. Pero hoy Hugo no la ve. O no quiere verla. Cualquiera de las dos cosas me vale.

Cuando llegamos junto a sus amigos todos vienen corriendo y lo abrazan. Ahí sí que suelta la mano. Y veo cómo Marta mira hacia donde estaban nuestras manos entrelazadas y luego lo mira a él.

Me quedo un poco hacia atrás. La verdad es que me arrepiento un poco de haber venido, no los conozco de nada, él está ocupado, y de repente me siento fuera de lugar en medio de una celebración que no es mía.

Cuando pasan unos minutos Marta se acerca a mí.

—No sabía que ibas a venir. Podías haberte venido cuando terminó el combate.

—Ya, yo tampoco tenía previsto venir.

La noto tensa, diferente a como estaba la noche de la fiesta cuando Hugo me rescató de Mateo.

—Mía, no quiero que me malinterpretes. Me caes genial. Pero mi hermano es buen tío. No es lo que parece y no se merece que le hagan daño. Espero que no se lo hagas.

Diría que no sé a qué viene esto, pero tiene miedo de que le haga daño, o de que él me lo haga a mí, que es lo mismo dicho al revés.

—No sé a qué te refieres, Marta, solo somos amigos.

—Ya… — dice, y mientras lo dice mira hacia Hugo, que nos mira a nosotras y se acerca.

La agarra por el cuello y le da un abrazo.

—Ahora sí que te lo doy, loca.

—Voy a por unas copas — les digo, y me acerco a la barra.

Una vez allí miro hacia ellos. No me puedo creer que ese tío tan guapo y seguro de sí mismo se haya fijado en mí.

Y entonces noto un olor conocido que no me apetecía recordar.

—¿Me puedes decir qué coño haces?

Es Mateo. Me lo dice agarrándome la muñeca. Fuerte. Muy fuerte.

—Suéltame. Me estás haciendo daño.

—¿Te lo estás follando? No me lo puedo creer.

—Preocúpate de dónde la metes tú.

—Ese tío jamás se fijaría en ti, Mía. Mírate. Ese cuerpo. Apenas tienes tetas. Solo lo hace para joderme a mí.

Algo dentro de mí hace crac en ese momento. Porque sé que Hugo puede estar con una tía mucho mejor que yo. Lo sé, lo he pensado, no hace falta que me lo diga Mateo ni nadie. Pero escucharlo de su boca, con esa crueldad específica de alguien que sabe exactamente dónde duele, lo hace diferente. No debería dolerme tanto. Lo sé. Y me duele igual.

—Vete a la mierda, imbécil — le digo mientras me alejo con las copas en la mano.

Me vuelve a agarrar el brazo, pero esta vez todavía más fuerte.

—Ten cuidado de lo que haces, Mía.

No le contesto y me alejo.

Una vez de vuelta con sus amigos me tomo la copa e intento despejarme. Bailo. Me intento divertir. Hugo viene a hablar conmigo de vez en cuando, pero hay mucha gente y todo el mundo demanda su atención. Es normal, es uno de los finalistas. Lo entiendo.

Pero cada vez que lo veo hablar con una tía inconscientemente le miro el pecho. Y me siento mal. Mateo ha conseguido lo que quería, meterme algo dentro que no se va fácil.

—¿Estás bien? — me dice Marta apareciendo por el lado.

—Sí, tranquila.

—Eso de ahí no debería preocuparte. Está loco por ti, Mía.

Me lo dice mirando hacia Hugo, que en ese momento está hablando con dos tías espectaculares. Rubias. Exuberantes. Me quedo callada y noto que hasta me he puesto ligeramente roja.

—Jamás le he conocido una chica a mi hermano, Mía. Eres la primera vez que le veo traer a alguien a ningún sitio.

El nudo que tengo en el estómago va cada vez a más.

—Marta, a mí también me gusta. Pero acabo de salir de una relación larga. Es complicado. Solo somos amigos, de verdad.

—Todo lo que vale la pena en la vida es complicado.

Y antes de que pueda contestar Nico la agarra por la cintura y se la lleva besándola.

Miro hacia Hugo. Está hablando con otra tía. Ella le toca el brazo y sonríe. Definitivamente me piro. Él no tiene la culpa, pero me estoy agobiando muchísimo.

Cuando estoy llegando a donde están los abrigos alguien tira de mí hacia atrás.

—¿Te vas ya?

Es Hugo.

—Sí, es tarde y bueno…

—Vale, nos vamos entonces. Espera que me despida de los demás.

—¿Qué?

Me mira sorprendido.

—Pensé que querías venir conmigo. Perdona si te he entendido mal. Otro día entonces.

Da un par de pasos hacia atrás mientras se pasa la mano por el pelo.

Y entonces me acerco a él y le beso. Ahí, en medio de toda esa gente, con el ruido y las luces y todo el mundo alrededor. Porque es lo que llevo deseando hacer toda la puta noche y no lo hice porque me daba miedo. Porque Mateo me metió algo en la cabeza en la barra y necesito sacármelo.

—Claro que quiero, Hugo. Pero entonces nos quedamos un rato más.

Se acerca y me vuelve a besar.

—No se me pierde nada aquí, Mía. Quiero irme contigo a mi casa — me dice acariciando mi labio de abajo con el dedo.

Y entonces aparece Manu. Sé que le caigo mal desde que le dije que no quería que me entrenara, nunca me lo ha dicho con palabras. La mirada que nos echa no deja lugar a dudas.

Carraspea para que Hugo lo oiga. Y él se da la vuelta.

—¿Podemos hablar?

Hugo suspira y le asiente con la cabeza. Luego me mira a mí.

—Júrame que no te vas a ir. Ahora vengo.

—Jurado — le digo mientras le guiño un ojo.

Me vuelvo a acercar a la zona donde están todos y desde lejos veo a Manu gesticulando con las manos. No parece contento. Marta se acerca a bailar conmigo, damos vueltas y nos reímos, y parece que entre nosotras el hacha de guerra ya ha bajado.

Al cabo de un rato veo a Hugo alejarse de Manu y venir hacia mí.

—¿Nos vamos, princesa? Quiero irme a descansar.

—¿Todo bien?

—Todo genial, Mía.

Cogemos nuestras cosas. Todo el mundo viene a despedirse de él, lo cual le lleva un buen rato. Marta me da un abrazo fuerte y me mete su número en el móvil.

—Me caes genial, guapa.

Me imagino que el alcohol que lleva en vena participa en la exaltación de la amistad. Pero lo acepto igual.

Una vez fuera el frío nos muerde en la cara. Ha bajado la niebla y la calle tiene ese aspecto difuso de las noches de invierno en Barcelona, los faroles con halo, los coches con los faros encendidos, aunque no haga falta.

—Tengo el coche en el aparcamiento — dice Hugo.

—¿Estás bien? Manu parecía enfadado. No será por mí.

—Manu es como si fuera mi padre, Mía. Cree que no es buena idea que seamos amigos. Nada más. —Hace una pausa—. Estoy cansado. Me está doliendo un poco la costilla.

—Puedo irme para mi casa si prefieres y nos vemos mañana.

—La única cosa que llevo queriendo desde que salí de ese ring es verte en mi cama. Así que vienes conmigo.

Cuando dice eso algo en mí responde de una manera que ya no me sorprende, pero que sigue sin tener nombre.

—Yo también quiero.

Cuando nos subimos al coche me fijo en todo, tiene un montón de cosas de boxeo por todas partes, las alfombrillas, el pomo de las marchas, un par de vendas enrolladas en el asiento de atrás. Es un friki de cuidado. Me hace gracia de una manera que no esperaba.

—¿Qué te ríes? —me dice mientras arranca.

—Nada. Que eres un friki.

—Del mejor deporte del mundo.

—Eso está por ver.

Me mira de reojo y sonríe. Y yo miro hacia la ventana, el frío y la niebla y Barcelona pasando, Entonces pienso que no sé qué es esto ni adónde va, pero que esta noche me importa menos de lo que debería.

18
HUGO

Cuando llegamos a mi casa estoy muy cansado. Ha sido mucha tensión acumulada, el combate, el costado que llevo arrastrando, Manu con su sermón, el bar con demasiada gente y demasiado ruido y Mateo apareciendo exactamente donde no debería estar. El cuerpo lo lleva todo encima y lo nota en cada movimiento. Pero hay una cosa que quiero más que dormir y es estar con ella, así que el cansancio puede esperar.

El piso está en silencio. Enciendo un par de luces, el mínimo, y me doy cuenta de que es la primera vez que la traigo aquí. El piso es el piso, no tiene nada especial, hay cosas de boxeo por todas partes, y la nevera tiene más batidos de proteínas que comida real; pero es mío, y tenerla aquí dentro hace algo raro.

—Siéntate donde quieras. Ponte cómoda. Voy a guardar las cosas.

Tardo menos de cinco minutos. Cuando vuelvo al salón la encuentro recostada en el sofá con el móvil en la mano, con esa pose de alguien que está calculando la salida. Lleva puesta una camiseta blanca y el pelo un poco suelto del recogido. Qué cosa más bonita, joder.

—¿Quieres ver algo en la tele?

Me mira. No dice nada porque su cara lo dice todo.

—O mejor hacemos algo más divertido…

Me acerco despacio. Ella levanta la vista y hay algo en cómo me mira, es una mezcla de querer y no querer admitir que quiere, que me hace ir más despacio todavía. Cuando llego a su altura me inclino y la beso. Suave primero, luego más hondo cuando siento que responde.

Mis manos van a su cintura, a su espalda, y noto cómo su cuerpo se acerca al mío. Sus dedos se enganchan en mi camiseta y tiran de ella, impacientes. Ese gesto pequeño me pone más cachondo que cualquier otra cosa.

La tumbo en el sofá con cuidado y me quedo un momento mirándola. El cuello, la respiración que ya ha cambiado, los ojos que me devuelven la mirada sin esconderse. Empiezo besándole el cuello despacio, me tomo el tiempo que no tuvimos las otras veces, y noto cómo se arquea hacia arriba buscando más.

—Hugo… — dice en voz baja, y algo en cómo suena mi nombre en su boca hace que me cueste mantener el ritmo lento que me había propuesto.

Esta vez no hay urgencia ni prisa ni el riesgo de que alguien entre. Solo el sofá, las luces bajas, y los dos sin ningún sitio al que ir. Me tomo tiempo en cada cosa. En aprender lo que le gusta, en quedarme en los sitios donde su respiración cambia. En no saltarme nada.

Le quito la camiseta despacio, besando cada centímetro de piel que voy descubriendo. Sus pechos, el hueco de sus costillas, el ombligo. Ella se retuerce bajo mis labios, impaciente, y eso me hace ir todavía más despacio.

—Me estás matando—dice, y la risa se le entrecorta cuando paso la lengua por su cadera.

—Esa es la idea.

Le bajo el pantalón y la ropa interior juntos, de una vez, sin prisas. La miro desnuda bajo mi cuerpo en el sofá, con la luz baja y el pelo desparramado. Está nerviosa, lo noto en como respira, pero no se esconde. Me mira y sostiene mi mirada.

Bajo, beso su vientre, sus caderas, el interior de sus muslos. Cuando llego a donde me necesita, paso la lengua despacio, una vez, dos, solo para ver cómo reacciona. Se arquea entera y sus dedos se enredan en mi pelo.

—Joder, sigue así —dice.

Hago exactamente eso. La lamo, la succiono, la saboreo mientras ella se mueve contra mi boca sin vergüenza. Cuando introduzco un

dedo dentro, luego dos, siento como se aprieta a mi alrededor, como su respiración se vuelve jadeo. Su cadera sube y baja buscando más, y yo se lo doy, manteniendo el ritmo, sin acelerarme.

Se corre en mi boca con un gemido largo y contenido, mordiéndose el labio para no hacer ruido. Todo su cuerpo se tensa un momento y luego se derrumba, sudorosa y temblorosa sobre el sofá.

No le doy tiempo a recuperarse. Me pongo encima de ella, beso sus labios abiertos para que pruebe su propio sabor, y al mismo tiempo empujo, entro en ella de una vez. Está mojada, caliente, y el contacto me hace cerrar los ojos un segundo.

—Mía —le susurro en el oído.

Empiezo despacio, moviéndome dentro de ella con calma, sintiendo cada centímetro. Ella me agarra la espalda y me acerca más, como si quisiera que no quedara espacio entre nosotros.

—Más rápido —dice.

—No. Todavía no.

Quiero alargar esto. Quiero sentirla así, abierta, entregada, sin prisa. Ella gime frustrada y yo sonrío contra su cuello.

—Te odio —me dice mientras me muerde el cuello.

—Mentirosa

Acelero un poco, solo un poco, y su queja se convierte en otro gemido. La agarro de la cadera y cambio el ángulo, busco ese punto que la hace temblar, y cuando lo encuentro ella entierra la cara en mi hombro para no gritar.

—Así, así, no pares —dice, aunque las palabras son casi ilegibles.

Pero sí, paro. Me retiro un momento y ella protesta con un gemido ahogado.

—Date la vuelta —le digo

Me mira confundida un segundo, luego obedece. Se coloca de rodillas en el sofá, apoyada en el respaldo, la espalda ligeramente arqueada. La miro un momento así, el pelo cayendo sobre un lado, la curva de su espalda, la forma en que me espera y algo dentro de mí se desborda.

Me pongo detrás de ella, paso una mano por su cadera para sujetarla, y entro de nuevo. Esta vez de golpe, hasta el fondo. El gemido que suelta es más agudo, más crudo, y me aferro a ella para no perder el equilibrio.

El ritmo ahora es más rápido, más duro. Mis caderas chocan con las suyas y el sofá cruje bajo nosotros. Ella apoya la frente en el respaldo y gime sin control, sin intentar callarse ya. Una de mis manos le sujeta la cadera, la otra le rodea la cintura para mantenerla cerca.

—No aguanto más —le digo con la voz ronca.

—Córrete dentro de mí.

Con esas palabras, con ella empujando hacia atrás para encontrarme cada vez, llego al límite. Me corro dentro de ella, apretándola contra mí y ella me sigue un momento después, con un gemido roto y todo el cuerpo temblando.

Nos derrumbamos los dos en el sofá, enredados, pegajosos, sin ganas de mover un músculo. Paso un brazo por debajo de su cintura y la pego a mí. Ella pone su mano encima de la mía y aprieta.

Me levanto a limpiarme y cuando vuelvo la veo nerviosa en el sofá, con esa postura de alguien que no sabe muy bien qué se espera de ella ahora.

—Te quedas a dormir, ¿no?

Lo digo para que se sienta cómoda, y también porque no hay nada que me apetezca más que pasar la noche con ella cerca.

—Si quieres, sí.

—Claro que quiero, princesa.

Me vuelvo a sentar a su lado, me quedo un rato así con ella abrazada a mí, sintiendo su respiración volver poco a poco a la normalidad. El piso está en silencio. La tele sigue apagada. Afuera, Barcelona hace ruido, pero aquí dentro no existe nada que no seamos nosotros dos.

Al cabo de un rato voy al dormitorio y vuelvo con una camiseta mía. Se la tiro desde lejos.

—Póntela. Voy a hacerme un batido y nos vamos a la cama.

Cuando la veo con mi camiseta puesta me quedo parado un segundo. Me vuelvo a empalmar de inmediato y eso que estoy cansado de verdad. Esta tía me va a matar.

Está tensa. Lo veo en cómo se mueve, en cómo mira alrededor como calculando que hacer. No la conozco del todo, pero sé que no es alguien que confíe fácil, y que estar aquí le está costando, aunque no lo diga.

Cuando nos acostamos se pone de espaldas a mí. Me acerco por detrás y la abrazo, y noto cómo su cuerpo va cediendo poco a poco,

los hombros bajando, la tensión saliendo.

—¿Te encuentras bien? ¿Necesitas algo?

—No es eso. Es que no sé muy bien cómo actuar. Eres el único tío con el que he estado aparte de… bueno, eso.

—Tranquila, princesa, relájate. Vamos a dormir.

Pero no me duermo de inmediato. Me quedo un rato con los ojos abiertos en la oscuridad, con ella respirando cada vez más despacio entre mis brazos, pensando en lo que acaba de decir. El único tío aparte de Mateo. Seis años con alguien y ahora está aquí, en mi cama, diciéndome eso con esa voz de quien no está segura de si debería haberlo dicho. No sé qué hacer con esa información exactamente. Solo sé que hace que quiera cuidar de cómo me muevo con ella más de lo que ya lo estaba haciendo.

Y me duermo abrazado a ella por detrás, con su pelo rozándome la nariz, ese olor a vainilla que lleva metiéndose hasta el fondo.

Cuando me despierto por la mañana no puedo dejar de mirarla.

Sigue dormida. El pelo repartido por toda la almohada, la camiseta subida hasta casi el ombligo, una mano sobre el pecho. Lo que daría por quitarle todo otra vez. Pero me muero de hambre y además la semifinal me ha dejado el cuerpo con deudas que saldar, así que me levanto con cuidado de no despertarla y me voy a la cocina.

Me preparo mis claras con jamón. Y luego, sin haberlo pensado del todo, me pongo a hacer tortitas. El otro día cuando estuvo comiendo con Raúl me fijé en que pidió postre, me pareció un detalle, uno de esos detalles pequeños que se quedan. Me imagino que le gustará el dulce.

Estoy con las tortitas en la sartén cuando la veo aparecer por el umbral de la puerta. Cara de recién despertada, el pelo hecho un desastre, mi camiseta demasiado grande para ella. Tengo que hacer un esfuerzo para no reírme.

—Buenos días, princesa. No te quería despertar. ¿Te gustan las tortitas?

Me mira. No contesta.

—¿No te gustan?

—Me encantan. Como tú —me abraza por la espalda. —Deberías ponerte una camiseta. No es sano estar tan bueno y andar por ahí desnudo.

Se me escapa una risa tonta. Joder, cómo me gusta esta tía.

—¿Tú vas a comer esa mierda? —me dice mirando mi plato de claras.

—¿Quieres decirle a Manu que son mejores las tortitas?

Se ríe.

—Yo a Manu no le llevo la contraria en nada. Pero si estar así de bueno —señala mi abdomen— es a costa de comer eso en vez de esto, prefiero mi barriga.

—¿Qué barriga, Mía? Si estás buenísima.

Se sonroja ligeramente y mira hacia abajo.

—Dejemos el tema.

Desayunamos los dos en la cocina, riéndonos de cosas que no tienen importancia, hablando cada uno de nuestras historias. Me cuenta algo de sus niñas en el gimnasio, de una que lleva semanas intentando aprender un gancho de derecha y no termina de encontrarlo, y mientras habla de eso tiene una expresión diferente, más suelta, más ella, sin la guardia que lleva puesta casi siempre. Cada vez que la veo sonreír me muero un poco más por dentro. No es algo que me pase a menudo. No es algo que me haya pasado nunca así.

En algún momento la conversación llega a la final. Inevitable.

—¿Cómo lo llevas? — me pregunta.

—Bien. — Hago una pausa. — Mejor que ayer.

Me mira un segundo y asiente, y no pregunta más, que es exactamente lo que necesito. Hay gente que cuando dices que estás bien te preguntan tres veces más. Mía no lo hace. Lo acepta y sigue. Y eso me encanta.

Cuando terminamos acabamos en el sofá otra vez, enredados, sin prisa. Media hora que se pasa en un momento. Podría estar todo el día así.

Esta tía me va a volver loco.

Y por primera vez en mucho tiempo, eso no me asusta.

19
MÍA

Son las ocho de la tarde y todavía estoy en casa de Hugo.

Llevamos todo el día aquí dentro. Cuando dejamos de follar ya era hora de comer, así que pedimos a domicilio, yo quería pizza, él insistió en algo más sano, y al final cedí porque tampoco tenía mucha energía para discutir. Después estuvimos jugando a un juego de boxeo en la consola durante un rato que se hizo más largo de lo previsto, y tal como le dije, es un friki de la hostia. Me ganó cinco veces seguidas y cada vez lo celebraba como si fuera el campeonato del mundo.

Estoy en una nube. Es algo extraño porque apenas lo conozco, y, sin embargo, me siento como si nos conociéramos de toda la vida. Con él no tengo que estar pendiente de lo que digo ni de cómo lo digo. Me hace sentir cómoda de una manera que no sé muy bien cómo describir. Y que no recuerdo haber sentido nunca.

He estado un poco rayada por el comentario de Mateo en el bar, ese sobre el pecho, esas palabras que se meten dentro, aunque no quieras que se metan. Conozco el mecanismo: Mateo siempre ha sabido dónde darle al botón exacto, cuál es la inseguridad que más duele, y tiene una puntería específica para usarla cuando más daño hace. Lo sé. Y aun así funciona. Me quedé un rato esta mañana mirando el espejo del baño de Hugo preguntándome si tenía razón.

Pero entonces salí y Hugo estaba haciendo el desayuno sin camiseta cantando algo que no reconocí, y la pregunta se fue sola. No es que él lo resuelva. Es que con él cerca, el ruido de dentro ocupa menos espacio.

Ahora estamos tumbados en el sofá viendo una película que ninguno de los dos está siguiendo del todo. Él detrás de mí, su mano acariciando mi barriga por debajo de la camiseta que me dejó para dormir. Siento su respiración en mi cuello — lenta, tranquila, de alguien que está bien donde está. De vez en cuando me besa sin anunciarlo, el cuello, la boca, la cabeza, y cada vez noto ese escalofrío que ya no me sorprende, pero que sigue siendo igual de intenso. Me pregunto si alguna vez dejará de serlo. Me pregunto si quiero que deje de serlo.

De repente su teléfono suena. Alarga el brazo sin separarse de mí y lo coge.

—Dime, enana.

—Vamos a cenar a tu casa. Llevas todo el día desaparecido.

—Estoy descansando. Lo dejamos para mañana.

—No, Hugo, no. Eres uno de los dos finalistas. Eso hay que celebrarlo.

Noto cómo suspira contra mi cuello.

—Vale. ¿A qué hora?

—¿En una hora?

—Bien. Te quiero, enana.

—Te quiero.

Cuando cuelga me incorporo.

—Bueno, entonces yo creo que me voy a ir. Ya nos vemos cuando puedas, ¿vale?

—Ey, preciosa, relájate. No tienes que irte a ningún lado. Puedes cenar con nosotros y quedarte a dormir otra vez. — Me besa el cuello mientras lo dice, y su mano sube por debajo de la camiseta. — No me imagino un sitio mejor para dormir que conmigo.

—No sé. No quiero molestaros. Además, no les caigo bien.

—Venga, Mía. No es eso. Simplemente no te conocen. Quédate, por favor.

—Hugo, de verdad que no me apetece.

Me pone morritos. Me da la risa a pesar de todo.

—Para, imbécil — le digo mientras le empujo. — Me quedo, pero vístete que no respondo.

Me voy a vestir a la habitación. Me pongo la ropa de ayer rezando para que nadie se dé cuenta de que es la misma. Me da vergüenza que piensen que he dormido aquí; no sé qué me pasa, llevo dos noches aquí y sin embargo la idea de que lo noten me pone colorada. Cuando estoy atándome los tenis suena el timbre. Oigo los pasos de Hugo yendo hacia la puerta, le miro a escondidas desde la habitación y lo veo ponerse una camiseta al vuelo antes de abrir.

—¡Hermano, eres el puto pro! — dice un chico que no conozco mientras le da un abrazo.

—¿No me querías ver? — dice Marta apareciendo por detrás y tirándose a los brazos de su hermano.

—Estaba haciendo cosas más entretenidas que verte, la verdad.

—Ah, sí…

Me quedo petrificada en la habitación. Han debido de venir unas diez personas y solo conozco a cuatro. Me asomo al pasillo y cuento caras desconocidas y me meto en el baño.

Al cabo de un rato oigo la voz de Hugo justo al otro lado de la puerta.

—¿Vas a vivir en el baño? ¿Quieres un colchón para dormir?

—Ya salgo.

Abre la puerta. Me mira con esa media sonrisa suya.

—Vamos, anda. Deja de hacer la tonta. — Me da un beso en los labios antes de que pueda protestar. — Vamos.

Cuando entramos en el salón todo el mundo nos mira. No sé dónde mirar. Hugo lo resuelve en dos segundos.

—Los que no la conozcáis, esta es Mía.

Veo cómo dos tías me miran de una forma específica; no es hostilidad exactamente, es esa evaluación rápida que hacen algunas personas cuando apareces al lado de alguien que les interesaba. Me siento incómoda, pero intento que no se note.

Me siento en una silla libre y Hugo se sienta a mi lado. Parece que lleva haciéndolo toda la vida, me toca la pierna de vez en cuando, me sonríe cuando me ve dudar, hace ese pequeño gesto de estar pendiente sin que parezca que está pendiente. Hace que me sienta cómoda incluso cuando no lo estoy.

Hay un momento en el que alguien le pregunta por la final y toda la mesa se gira hacia él. Hugo contesta con calma, sin inflar nada, sin minimizarlo tampoco, habla de Mateo como de un rival que merece respeto y punto, sin veneno, sin teatro. Noto que dos personas me

miran a mí cuando menciona su nombre, buscando reacción. No se la doy. Aprendo rápido.

En un momento que Hugo se levanta a buscar algo, Marta se sienta a mi lado.

—Así que llevas entreteniendo a mi hermano todo el día.

Noto cómo me pongo roja.

—Bueno, sí. He estado aquí.

—No les hagas caso a esas. — Me señala con la mirada a las dos tías de antes. — Adoran a Hugo y les has jodido el plan de intentar ligárselo. Tómatelo como un cumplido.

Hugo aparece por detrás y nos agarra a las dos por los hombros, metiendo la cabeza en el medio.

—¿De qué estamos cotilleando?

Me río. Marta también. Y algo en ese momento — los tres juntos, el ruido de la gente al fondo, la mano de Hugo en mi hombro — hace que me relaje de verdad por primera vez desde que llegaron.

La noche se me pasa entretenida. Hablo con gente que no conocía; un chico que resulta ser entrenador personal y que tiene opiniones muy concretas sobre la dieta de los boxeadores, una chica que estudia fisioterapia y que en algún momento me pregunta sobre el torneo con un interés genuino que no esperaba. En algún momento dejo de contar las horas y de estar pendiente de si encajo o no encajo.

Nico se sienta a mi lado un momento cuando Hugo está en la cocina.

—Me alegra verte aquí — me dice, sin más.

—Gracias.

—En serio. — Hace una pausa. — Es buen tío y está claro que le gustas. Me gustas para él.

No sé qué contestar a eso así que asiento y él se levanta a buscar otra cerveza y ya está. Pero lo pienso un rato.

Cuando ya son las dos de la mañana la gente empieza a irse, los abrazos de despedida, las voces bajando de volumen.

Cuando se va el último, Hugo cierra la puerta y se gira hacia mí.

—No me digas que te vas. Ni de puta coña. Llevamos horas sin follar y la tengo durísima, princesa.

Le miro. Me muerdo el labio.

Agarro su mano y lo llevo hacia la cama.

Creo que me estoy quedando sin excusas para irme. Y lo peor, o lo mejor, no sé todavía; es que ya no sé si me apetece encontrar

ninguna. Llevo dos noches aquí y el piso de Hugo ya tiene el olor específico de los sitios en los que has dormido, y sus camisetas ya no me parecen ajenas.

Marta me ha dado su número y Nico me ha dicho que se alegra de verme aquí. No sé qué es esto. No sé cómo se llama ni adónde va.

Pero esta noche no me importa averiguarlo. Solo quiero perderme entre sus besos.

20
HUGO

Todavía es martes. Estoy harto de entrenar y no es algo que me pase normalmente.

Los torneos son muy exigentes a nivel físico y mi cuerpo me lo está recordando en cada serie. Debería haber descansado todo el fin de semana y en vez de eso he estado pegado a Mía como un perro en celo. No recuerdo haber tenido tanto sexo en tan poco tiempo en toda mi vida. Siento que su cuerpo llama al mío todo el rato sin parar. Ni tampoco recuerdo haber dormido tan bien, que es algo que no me esperaba en absoluto.

Ayer no pude verla. Entrenamiento todo el día de mi parte, cena con su madre de la suya. Me parece bien. Me parece genial. Pero tenía ganas de verla igual.

—Sé que estás cansado, Hugo, pero solo quedan doce días.

—Lo sé, Manu. Lo estoy intentando. Me molesta el costado una barbaridad.

—¿Quieres que vayamos a echarle un ojo?

—Es un golpe, nada más. Pero me está costando entrenar.

Manu me mira de esa forma que dice que le preocupa más de lo que va a reconocer. Lleva semanas así, callando cosas que sé que piensa, guardando los sermones para los momentos en que no puede

evitarlos. Me conoce bien. Sabe que empujar demasiado ahora no ayuda.

Y entonces la veo entrar.

No estamos en su gimnasio y es raro que venga aquí. Me hace un gesto con la mano desde la entrada y Manu me mira. Lo veo venir.

—No me des otra puta charla.

—¿Estás con ella, Hugo?

—No, Manu. Nos estamos conociendo. Ya está.

—Voy a estar aquí cuando te haga daño. Pero quiero que sepas que va a pasar.

Y me resbala lo que diga Manu, lo que diga Marta, lo que diga quien sea, porque solo con verla ahí en la entrada ya me ha puesto de mejor humor que en todo el día. Eso no lo puedo controlar y ya he dejado de intentarlo.

Manu suspira.

—Vete a saludarla si quieres. Pero diez minutos, Hugo. Diez. Y que yo lo vea, que no me fío.

Puto Manu. Había pensado ir a los vestuarios.

Me acerco despacio. Sé que está nerviosa, la gente nos mira, en este mundo se sabe todo, el cotilleo encanta, y todo el mundo sabe que era la novia de Mateo. Puedo ver en cómo tiene los hombros que le está costando aguantar las miradas. Pero no aminoro el paso y no aparto los ojos de ella, porque si miro alrededor le estoy dando importancia a algo que no la tiene. Cuando llego a su altura le doy un beso suave.

—¿Y tú por aquí?

—Tenía ganas de verte. Voy a una reunión con mi madre aquí al lado y vine a ver si de casualidad estabas. Bueno, a ver, sabía que ibas a estar y quería verte. Esa es la verdad

—Yo también quería verte, Mía. Esta noche no puedo quedar, pero mañana, ¿quieres ir a cenar y al cine?

—¿Me estás proponiendo una cita, Álvarez?

Me río. Me suena raro oírla llamarme así, pero en su boca tiene algo que no sé describir bien.

—Llámalo como quieras.

—Acepto.

La agarro por la cintura, la acerco y la beso de verdad, con ganas, sin importarme que nos esté mirando todo el gimnasio. Puedo imaginarme perfectamente la cara de Manu negando con la cabeza

desde el ring. Cuando terminamos se aleja un poco, pero luego se acerca y me da otro beso ella sola, sin que yo lo haya iniciado, y eso me gusta más que el primero.

Suena la alarma del móvil. Diez minutos.

—Tengo que volver a entrenar. Mañana nos vemos.

Le guiño un ojo. Ella sonríe sin pedir nada a cambio y se queda donde está mientras yo me alejo. Noto que cuando llego al ring necesito un par de segundos para volver a meterme en lo que tenía que estar haciendo.

Me acerco hacia Manu, que tal como esperaba está negando con la cabeza.

—Vamos, chaval, vamos.

—Lo sé, lo sé, diez minutos justos.

Sigo entrenando toda la tarde a pesar del dolor y del cansancio. Cuando llego a casa estoy acabado, me tumbo en el sofá sin quitarme los zapatos, sin encender la tele, sin ganas ni de cenar. El costado protesta cada vez que respiro hondo, pero me quedo dormido sin que me dé tiempo a nada.

Me despierta una notificación.

🟪 ***Mía:*** *Me tienes que regalar una camiseta tuya. Duermo mejor cuando huelo a ti.*

Joder.

🟪 ***Hugo:*** *Mañana te la llevo. Estás mejor sin nada, sin ninguna duda.*

Me quedo mirando el techo un momento. Duermo mejor cuando huelo a ti. Seis palabras. No sé qué hacer con seis palabras así. Me las guardo y decido que mañana le llevo la camiseta y no le doy más vueltas.

Antes de que pueda volver a dormirme el teléfono empieza a sonar. Videollamada de mi madre. No he vuelto a hablar con ella desde la semifinal. No me apetece cogerlo, pero lo hago.

—Hola, mamá.

—Dios, Hugo, cariño, qué mala cara tienes.

—Gracias, mamá. Así da gusto tener madres.

—Pensé que ibas a volver a dejarme sin hablar semanas.

—Estoy a tope. La final es en once días.

—Lo sé, mi amor. Hemos visto el combate. Lo has hecho mejor imposible, sin duda eres el mejor de todos.

Hemos. Mi madre dice hemos y ese plural me para un segundo.

Mi padre jamás me ha visto boxear. Ni un combate, ni un entrenamiento, nada. Cuando era un enano me moría de ganas de que vinieran, los dos, él especialmente y de que me dijera que lo hacía bien, que valía para esto, que había elegido bien, aunque no fuera lo que él tenía planeado. Quería que me validase y él nunca lo hizo. En algún momento, en algún año concreto que no sé identificar bien, dejé de esperarlo, o eso me dije. Pero escuchar ese hemos, ese plural que incluye a alguien que no ha estado, todavía hace algo raro por dentro que no puedo ignorar del todo.

—Gracias, mamá.

—¿Y esa chica, mi amor?

—Mamá…ahora no.

—¿No me vas a contar nada de ella?

—¿Qué quieres que te cuente?

—No sé, es rubia, morena, alta, baja, cuánto tiempo lleváis… no sé, hijo, todo.

—A ver mamá, tú ganas. Es morena, no muy alta y diría que preciosa. Pero no es mi novia, mamá. Estamos conociéndonos, solo eso.

—¿Preciosa, eh?

Mi madre tiene un arte especial para sonsacarme cosas. Siempre lo ha tenido. Es de las pocas personas con las que no funciona la táctica de responder lo mínimo y esperar a que cambien de tema.

—No tanto como tú, claro.

Se ríe a carcajadas.

—Venga, Hugo, no seas tonto.

—No sé, mamá. Me gusta. Mucho, la verdad. Me resulta incontrolable, me paso todo el santo día pensando en ella y es la primera vez que me pasa. Pero es difícil. Ella acaba de salir de una relación muy larga y no sé si quiere meterse en otra. Y yo ahora tengo que estar centrado en el boxeo.

—Sabes, mi amor, es la primera vez que me pareces una persona y no un robot para matar. Sé que está bien tener objetivos, pero también tienes que vivir, cariño.

No sé qué contestar a eso. Mi madre tiene razón y las dos cosas pueden ser verdad al mismo tiempo, y eso hace que todo sea tan complicado.

—Llevamos poco conociéndonos.

—Poco a poco, mi amor. Pero trátala bien. Siempre, Hugo.

—Claro que sí, mamá. Siempre.

—Lo sé, cariño. Por eso te lo digo.

Eso me para un momento. Porque mi madre no me lo diría si no lo creyera, y el hecho de que lo crea, que soy alguien que trata bien a la gente, que cuida, me importa mucho porque es justamente lo que quiero que alguien piense de mí.

Seguimos hablando un rato, de Marta, de que debería ir a verlos, de las cosas de su trabajo. En algún momento mi madre menciona que mi padre preguntó por el torneo, así de pasada, y yo no digo nada y ella tampoco insiste. Mi madre tiene esa habilidad de pasar de un tema al siguiente sin que notes el cambio, de manera que cuando quieres darte cuenta llevas media hora hablando como poco y estás más despierto de lo que estabas al principio.

Cuando cuelgo me quedo con el teléfono en la mano mirando la pantalla apagada.

Mi padre preguntó por el torneo.

No sé qué hacer con eso. No sé si es un paso o solo información. Lo dejo estar por ahora.

Me hago la cena de pie en la cocina, algo rápido, y mientras no me quito nada de la cabeza, la conversación con mi madre, el hemos, la cita de mañana, los once días, el costado, Mateo, Mía. Todo mezclado sin orden concreto.

Estoy muy pillado por esa tía. Muchísimo. Y a once días de la final más importante de mi vida, no sé si eso es una complicación o lo único que tiene sentido ahora mismo.

Probablemente las dos cosas.

21
MÍA

Estoy empezando a entrenar para el torneo y estoy muy nerviosa. Entreno desde que tengo uso de razón, pero esto es diferente. Entrenar para competir es otro nivel.

Siempre había pensado que jamás lo llegaría a hacer. No porque no quisiera, siempre quise, sino porque había dejado que otra voz ocupara ese espacio hasta que se convirtió en la mía. Pero aquí estoy. Con las vendas puestas y el estómago encogido y Raúl mirándome desde el otro lado del ring con esa expresión de ya era hora.

Empiezo con el calentamiento.

Cojo la cuerda y busco mi sitio junto a la ventana empañada. El golpeteo rítmico del plástico contra el suelo me saca del mundo. Uno, dos, uno, dos. Saltos alternos. Rodillas arriba. Dobles. Los pies empiezan a soltar la rigidez de la mañana, los gemelos entran en calor con ese ardor familiar. Raúl pasa detrás de mí sin decir nada, escucha mi ritmo. Si la cuerda tropieza, es que estoy distraída. No tropiezo.

Después la técnica.

Muevo los pies en círculos pequeños. Paso lateral, paso lateral, nunca cruzo las piernas. Raúl siempre dice que los pies son los que ganan las peleas, no los puños. Salgo del círculo imaginario, entro, salgo. La guardia alta. Los codos pegados al torso. Subo la mano

izquierda, jab directo al espejo, vuelve a la barbilla. Cross de derecha, giro de cadera, el hombro protege el mentón. Vuelvo. Me veo lenta todavía. El cuerpo está pesado, como si llevara arena en los brazos.

Cuando estamos descansando Mateo se acerca.

—¿Crees que así Hugo se fijará más en ti por competir?

—Preocúpate de tus cosas, Mateo. Déjame en paz. Te veo muy preocupado por mí y poco por tu novia.

—Mía, sabes que te quiero. Le ha estado escribiendo a Elsa para verse. Y como a ella, a muchas más. No quiero que te hagan daño. Está jugando contigo.

Este tío es gilipollas.

—Olvídame, tío. Déjame.

—No sé en qué momento has creído que él se fijaría en ti más que para joderme a mí. ¿Pero tú no te ves en el espejo? ¿No lo entiendes? Quiere desconcentrarme para que pierda.

Raúl vuelve al ring.

—Lárgate, Mateo. Vete a tu sitio a entrenar.

—Tranqui, jefe. Solo estaba hablando con una amiga.

Amiga. Cabrón.

Mateo se larga bajo la atenta mirada de Raúl, que parece querer matarle. Creo que ya no le va a aguantar mucho más, lo está haciendo por no quedar mal como entrenador, por mí, porque sabe que si lo echa ahora me complica la vida. Lo sé y se lo agradezco, aunque no se lo diga.

—¿Qué te estaba diciendo ese imbécil?

—Nada.

—Mía, por favor. Haz que no existe. No te pudo pasar mejor cosa que pillarlo con otra.

Volvemos a entrenar.

La defensa. Me muevo distinto. Esquivo. Bajo la cabeza hacia la izquierda, hacia la derecha. Retrocedo en diagonal, salgo del ángulo, vuelvo a entrar. Mis brazos suben y bajan protegiendo el hígado, las costillas, la sien. Raúl camina a mi alrededor con las manos detrás de la espalda, silencioso, observando.

Después la potencia. Este es el que me cuesta. Raúl me pone las mancuernas de dos kilos. Mis brazos pesan el doble. Los subo, los bajo, con la técnica exacta. Jab, cross, gancho, uppercut. Cada golpe sale más lento de lo que quisiera, pero más fuerte.

—Sin mancuernas, Mía.

Las dejo caer al suelo con un golpe seco. De repente mis brazos son plumas. Lanzo la misma combinación y el aire silba cuando el puño pasa. Siento el recorrido, el final del golpe, el regreso a la guardia. Una y otra vez hasta que Raúl dice basta.

Y me caigo al suelo. Estoy muerta.

—Buen entreno, peque.

—Gracias, jefe.

Me voy al vestuario con el cuerpo acabado. Hacía mucho que no entrenaba tan en serio, Raúl tenía razón en que es diferente entrenar para competir que para practicar. Cuando entrenas para practicar puedes parar cuando quieres. Cuando entrenas para competir el límite lo pone otra cosa.

Cuando me estoy duchando me miro el cuerpo. Mi cabeza vuelve sola a las palabras de Mateo, jamás se fijaría en ti, le ha escrito a Elsa... Lo intento apartar. Sé que es todo para joderme, que es lo que hace, que lleva años haciéndolo y que yo le he dejado. Pero me duele igual. Un poco, en el sitio exacto donde sabe que duele.

Cuando salgo de la ducha miro el móvil y ya son las nueve. Joder. Había quedado con Hugo a las nueve y cuarto en el cine. Voy a llegar tarde. Cojo mis cosas rápido y justo antes de salir por la puerta me miro en el espejo un segundo. Algo pequeño dentro de mí dice que no soy suficiente.

Lo apago y salgo corriendo.

Cuando voy a coger el móvil para escribirle alguien me agarra del brazo. Voy a gritar.

—Me imaginé que te ibas a liar — me dice Hugo — así que decidí venir a recogerte con el coche.

Le abrazo y le beso los labios suave mientras mis brazos se enredan en su pelo. Qué bien huele este tío, por Dios.

Cuando vamos a subir al coche veo una caja en el asiento del copiloto. Iba a dársela pensando que era suya, pero me la pone en las manos.

—Es para ti, Mía. Una cita es una cita. — Se ríe mientras lo dice.

Es una caja de bombones. Será una chorrada, pero jamás Mateo ha tenido un detalle así conmigo. Es triste, pero me compraba mis propios regalos, me daba el dinero porque él nunca tenía tiempo. Nunca pensó en mí en un momento en que yo no estuviera delante pidiendo algo. Hugo ha pensado en mí de camino a recogerme.

—Gracias. No hacía falta.

Y le doy un beso con más ganas, húmedo, de los que no tienen nada de suave. Él se da cuenta.

—Eso después, princesa. ¡Ah, espera! Tengo otra cosa para ti.

Saca de la parte de detrás una bolsa, la cojo y tiene una camiseta negra. La que llevaba el día que me salvó de la madre de Mateo. La acerco despacio a mi nariz y la huelo, recreándome totalmente en lo que estoy sintiendo.

—Eres tonto.

—Es mi camiseta favorita sobre todo desde la primera vez que la tocaste.

La sonrisa me sale sola porque no se puede ser más perfecto que este tío, es materialmente imposible.

—La cuidaré bien.

—Siempre que esté pegada a esas tetas estará bien. Más bien estará genial que cojones.

—Eres genial, lo sabes, ¿no?

—Contigo mejor.

Al cabo de un rato llegamos al cine. Hacía mucho que no venía, llevo toda mi vida adulta con Mateo y él siempre estaba ocupado con el boxeo. El cine era algo que hacíamos a veces, deprisa, sin elegir bien la película porque tampoco importaba demasiado.

—¿Qué peli quieres ver?

—No sé, me da igual. Hace años que no vengo.

—¿En serio? — Pone cara de extrañado de verdad.

—Aprovecha que te dejo hoy. —La próxima escojo yo —me dice susurrando—. Una que haya poca gente para poder meterte mano.

Joder, Hugo.

—Pues no sé, ¿Viajeros al fin del mundo?

—Vale. Voy a cogerte palomitas. Yo no puedo, pero igual te robo alguna. ¿Dulces o saladas?

Lo miro con cara sorprendida. No sabía ni que había esas opciones.

—Las dos.

Se va a comprar las entradas y las palomitas y lo miro desde lejos. No se puede ser más guapo que ese tío, lleva unos vaqueros y una camiseta blanca que deja ver el tatuaje que tiene en la parte superior del brazo izquierdo. Es tan guapo que duele. Pero lo peor no es eso. Lo peor es que es un tío que vale la pena. Mucho. Joder, mucho.

Vemos la peli mientras me como todas las palomitas. Las dos. Él debe estar pasándolo mal sin poder comerlas, pero me mira y sonríe cada vez que meto la mano en el cubo. Mateo estaría de mala leche. Hugo sonríe.

Cuando salimos estoy súper contenta.

—¿Vamos a cenar a algún sitio?

—Casi prefiero cenar en tu casa.

—¿Segura? — me dice tan cerca de mi boca que no se me ocurre ningún otro lugar mejor que ahí.

—Sí.

Subimos al coche y hacemos el camino en silencio. Su mano de vez en cuando se apoya en mi pierna. Me mira y me sonríe. Estoy tan tranquila cuando estoy con él que siento hasta miedo. Es algo extraño, llevo tanto tiempo acostumbrada a estar en tensión que mi cuerpo parece estar esperando a que pase algo, como si la calma fuera una trampa. Pero no pasa nada. Solo su mano en mi pierna y Barcelona pasando por la ventana.

Cuando subimos al ascensor me da la mano y siento que encajan perfectas, como si ese fuera su sitio.

Al entrar en el piso lo primero que hace es subirme sobre él. Mis piernas alrededor de su cintura, mi lengua enredada con la suya, sus manos agarrando mi camiseta y quitándomela antes de que me dé tiempo a decir nada. Me tira sobre el sofá.

No puedo sentirme más a gusto con alguien. Es imposible.

22
HUGO

—¡No te relajes ahora, Hugo! — me grita Manu desde el otro lado del cuadrilátero.

Estoy sparreando con Lucas y no me está saliendo nada de nada. El costado me protesta en cada combinación y llevo dos horas sin hacer nada bien. Uno de esos días en los que el cuerpo no responde como tiene que responder y no hay forma de encontrar el ritmo.

—No puedo más, tío.

—Descansa cinco minutos y volvemos. Voy a por agua.

Me apoyo en las cuerdas y bajo la cabeza. El gimnasio tiene el ruido de fondo de las tardes: golpes en los sacos, cuerdas, alguna voz lejana…Me estoy quitando los guantes y pensando en Mía, en que esta noche quedamos, en que llevo todo el día con ganas de que acabe el entrenamiento, cuando lo veo.

Mateo.

Entra por la puerta principal como si todo el mundo tuviera que darse cuenta. La gente se gira. No viene aquí jamás, no soporta a Manu y Manu no lo soporta a él, y los dos han tenido la suficiente inteligencia para no cruzarse. Hasta hoy.

Viene directo hacia mí. Me lo imaginaba, en algún momento iba a pasar esto, era visto.

Me bajo del ring antes de que llegue. No sé exactamente por qué lo hago. Debería quedarme arriba, mantener la distancia, dejarlo hablar y no darle lo que ha venido a buscar. Pero me bajo.

—¿A ti qué te pasa, gilipollas? — me dice desde abajo.

—¿A quién llamas gilipollas tú? — Le digo mientras mi frente se pega a la suya.

Entonces me agarra por el cuello y me tira al suelo.

—¡Eh, joder, qué hacéis! — grita Lucas desde el otro lado mientras viene corriendo hacia nosotros.

—No te acerques a ella. Mía no es para ti. Todo lo que tocas se te va a caer encima, Álvarez.

Le doy un empujón y me lo quito de encima. Me quedo de pie mirándolo un segundo, con la respiración acelerada y las manos todavía en puños, intentando decidir qué hago. Este payaso me tiene hasta las pelotas. Lleva años creyendo que puede controlar lo que hacen los demás como si fueran piezas en un tablero suyo, a Mía, a Elsa, a quien sea que tenga cerca; y esa frasecita, todo lo que tocas se te va a caer encima, me está sonando a algo más que un insulto. Me está sonando a amenaza.

—¿Me vas a venir a decir tú a mí con quién tengo que estar?

—Como vuelvas a acercarte a ella te voy a matar, hijo de puta. ¿Piensas que se va a quedar contigo? — Se ríe. — Ja.

No soporto cómo habla de ella. Me hierve algo por dentro que no es solo cabreo, es otra cosa, más fea, que reconozco del ring pero que aquí no sé dónde meterla.

—Te estaré esperando, gilipollas.

Estamos agarrados por el cuello cuando Manu entra casi corriendo y me agarra por detrás.

—¡Hugo! ¡Joder, no! ¡Qué te dije, coño! — Luego se gira hacia Mateo y señala la puerta. — Lárgate de aquí. No me hagas llamar a la policía y que tengamos todos un problema.

Mateo empieza a dirigirse hacia la puerta. Ya está todo dios interponiéndose entre los dos. Pero mientras se aleja suelta, sin girarse:

—Acuérdate, Álvarez.

Cuando se ha largado y todo el mundo vuelve a sus cosas, Manu me mira.

—A mi despacho. Ya.

Lo sigo en silencio. Sé que está cabreado y mucho. Esto no debería haber pasado y los dos lo sabemos, y encima podría haber sido mucho peor porque me he controlado bastante.

—¿A qué cojones ha venido esto, Hugo? No será por Mía.

—Olvídate. Está loco.

—No me está gustando esto. En serio. — No lo dice enfadado. Lo dice con estrés, con esa voz que pone cuando algo le preocupa de verdad. — Sabes lo que puede pasar por cosas como esta antes de una final.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? Porque no lo ha parecido ahí fuera.

Me quedo callado. Manu se pasa una mano por la cara.

—No voy a dejar de estar con ella porque su ex sea ese subnormal. ¿Vale?

—Hugo. ¿No has pensado que todo esto está orquestado? Igual la convenció para que se acercara a ti. Para desestabilizarte antes de la final.

—Pero ¿qué flipas, tío?

—No sé. Me suena todo muy extraño. Y justo en el momento adecuado.

—Ella no es así.

Manu niega con la cabeza. Suspira. Se sienta en la silla detrás de su mesa y me mira con esa expresión que tiene cuando ya ha tomado una decisión y solo está esperando a decirla.

—Vamos, que ya estás pillado hasta lo más hondo y que no podemos hacer nada. Vale, genial. Preocúpate de que no te desconcentre. Y no la quiero volver a ver por aquí.

—Manu.

—Es mi puto gimnasio y no la quiero aquí. Dile que no venga porque no quiero tener que echarla. No puedo decirte lo que haces con tu tiempo libre, está claro. Pero no va a volver a pasar lo de hoy. Cámbiate y vete.

—Me queda todavía practicar la defensa.

—Vete, joder.

Hacía tiempo que no lo veía así. Desde la última vez que me apunté a una pelea ilegal cuando ya entrenaba con él, que fue la peor conversación que hemos tenido. En aquel momento también pensó que lo sabía todo y en aquel momento también tenía razón. Eso es

verdad, aunque no me guste admitirlo. Sé que cuando Manu está así hay que hacerle caso. Así que es lo que hago, aunque me cueste.

Cuando me estoy cambiando pienso en escribirle a Mía. En contarle lo que ha pasado. Pero no quiero agobiarla con esto — no tiene ninguna importancia real, o no debería tenerla, y lo último que necesito es que empiece a sentirse responsable de algo que no tiene que ver con ella. Así que no le escribo nada.

Hoy no traje el coche porque quería irme andando a casa. El aire frío de Barcelona en esta época tiene algo que me limpia la cabeza cuando la traigo llena de demasiadas cosas. Salgo del gimnasio con las manos en los bolsillos y empiezo a caminar sin rumbo fijo, dejando que los pies decidan. Pienso en lo que dijo Manu. En la amenaza de Mateo. En que quedan nueve días para la final y que debería tener la cabeza en otra parte y no la tengo. Pienso en Mía y en si sabrá algo de lo que ha pasado hoy y en que no quiero que lo sepa.

Suena el teléfono. Mensaje de Mía.

📱 ***Mía:*** *Te van a cobrar por ser tan guapo.*

El cabreo que traía encima se va en dos segundos. La sonrisa que me provoca ocupa toda la cara sin que yo lo haya decidido.

Otro mensaje.

📱 ***Mía:*** *Parecías enfadado. Me gusta ver que todavía sonríes.*

Me giro sobre mí mismo. ¿Me está viendo? Apenas queda gente en la calle cuando la veo de lejos — la mochila al hombro, los guantes colgando, caminando hacia mí con esa forma de caminar que ya reconozco de lejos.

Cuando llega nos abrazamos sin decir nada primero.

—Te echaba de menos. Vine a ver si te encontraba de camino.

—Yo también a ti. Tuve un día de mierda, la verdad.

—¿Podemos tomar algo o vamos a tu casa y me lo cuentas? ¿Qué quieres?

—Ya sabes dónde quiero estar. — Le huelo el pelo mientras lo digo. Ese olor a vainilla que lleva, que a estas alturas ya me resulta tan familiar que lo noto cuando no está.

Pasamos la noche enredados en mi cama. No le cuento lo de Mateo. No porque no confíe en ella, sino porque hay cosas que no necesitan salir del gimnasio, y porque si le cuento lo que pasó hoy tendría que ver su cara procesándolo, y eso la haría sentir responsable de algo en lo que ella no tiene culpa ninguna. No quiero eso. Y en este momento, con ella aquí, el día de mierda que tuve ya no ocupa el mismo espacio que ocupaba hace una hora.

Aunque lo que me dijo Manu se me repite solo de vez en cuando en la cabeza.

¿Será capaz de estar fingiendo?

No lo creo. Si lo creyera no estaría aquí. Pero el hecho de que la pregunta exista, de que Manu la haya plantado ahí, hace algo que no sé muy bien cómo ignorar del todo.

La miro dormida a mi lado. El pelo esparcido por la almohada, una mano sobre mi pecho sin que lo haya decidido. Llevo un rato así, quieto, sin moverme para no despertarla.

Manu se equivoca. Pasa a veces.

23
MÍA

Cuando me despierto lo miro.

Está dormido con una mano debajo de la cabeza. Me gusta cómo respira, cómo el pecho se mueve rítmicamente, esa forma suya de estar quieto que tiene incluso durmiendo. Y entonces mi cerebro hace lo que hace siempre, me pregunta si Mateo tendrá razón. Si solo estará jugando conmigo. Por qué se iba a fijar él en mí.

Cuando se despierta me agarra con el otro brazo y me empuja hacia él sin abrir del todo los ojos.

—¿Qué miras, viciosilla? — me dice mientras me besa la nariz.

Es un chico tan sumamente dulce que me choca con su actitud en el ring. Quizás tenía una idea tan preconcebida de él que me resulta complicado creer que es tan genuino. Que no haya trampa.

—Lo sexy que eres.

—A eso siempre hay quien le gane a uno. — Me besa el cuello y empieza a bajar cuando suena el teléfono.

Es Celia.

—¿Estás en casa?

—Ehm… no.

—¿Con Álvarez?

—Sí, estoy en casa de Hugo.

—¿Venís a comer con tu madre y conmigo hoy? También viene Juli.

—No sé, Ce. Luego te digo.

—Venga, entre entrenar y él me tienes abandonada. Te pasas el día en su cama y yo quiero a mi mejor amiga de vuelta.

Cuelgo lo más rápido que puedo. No puedo decirle que venga a comer con mi madre, al fin y al cabo, no tenemos nada serio, y presentarle a mi madre es un paso que todavía no sé si estoy preparada para dar.

—¿Pasó algo? — me dice Hugo cuando vuelve del baño.

—Nada. Era Celia, que si iba a comer con ellas.

—Vete a comer con ellas si quieres y nos vemos después. Total, yo tengo entrenamiento por la tarde.

Pero joder, me apetece comer con él. Quiero estar con él. Quiero que venga a conocer a mi madre. Quiero que esté con mi amiga. Él me presentó a todos sus amigos sin pensarlo dos veces y yo estoy aquí haciéndome la tonta.

—Me ha dicho que si quieres venir.

Lo suelto así, a lo loco, antes de que me arrepienta o me dé vergüenza.

—¿Tú quieres que vaya?

—Sí, claro. Solo que no quiero que te sientas incómodo.

—No pasa nada, Mía. Vamos, claro.

Le escribo a Celia:

📱 ***Mía:*** *Vamos. ¿A las 14:30 donde siempre?*

—Nos duchamos juntos—me dice Hugo agarrándome por la cintura.

No es una pregunta. Me levanta la camiseta y me deja desnuda delante de él, solo con las braguitas puestas. Le ayudo a quitarse la camiseta y beso su torso. Subo por su cuello y me entretengo en su oreja mientras le escucho gemir ligeramente.

Me agarra con un brazo y me levanta, me lleva enredada a él mientras con el otro enciende la ducha. El agua tarda unos segundos en calentarse y nosotros aprovechamos cada uno de esos segundos. Me baja al suelo y se termina de desvestir.

Se arrodilla delante de mí y desliza las braguitas hasta el suelo. El agua ya está caliente y el vapor empieza a empañar el espejo.

—Estás temblando. ¿Tienes frío? — me pregunta

—No tengo frío, estoy genial.

Sonríe. Y entonces su boca se ocupa de mí con una calma que no pega con la prisa que deberíamos tener. Pasa la lengua por mí despacio, recreándose, y yo me agarro a la pared para no caerme encima de él. Introduce un dedo, luego otro, y yo me muerdo el labio para no hacer ruido, aunque no haya nadie.

—Mía

—¿Qué?

—Quiero oír como te corres.

Dejo de morderme el labio. Gimo bajito al principio, luego más fuerte cuando el acelera el ritmo. Me corro en su boca con el agua cayendo sobre los dos, temblando de verdad esta vez.

Después de que termine, me incorpora y me gira. Me pongo de espaldas a él, apoyo las manos en la pared, y siento como me empuja ligeramente la espalda para que la arquee.

Entra en mí de un solo empujón. Grito, no sé si por el agua caliente o por él, y sigo gimiendo cada vez que empuja. Tengo una pierna ligeramente levantada para compensar la diferencia de altura, y la posición me resulta intensa, casi demasiado.

—¿Estás bien? ¿Quieres que pare?

—No. Sigue así.

Me agarra de la cadera con una mano, con la otra me sujeta el hombro para mantener el equilibrio. El ritmo es rápido, constante, sin pausa. El agua resbala por los dos y cada vez que entra en mí el sonido se mezcla con el del chorro contra los azulejos.

—Dame más—le digo.

—¿Segura?

—Segura.

Acelera. Sus caderas chocan con las mías y tengo que apoyar la frente en el brazo para no resbalar. Cuando me pide que me agache un poco más y vuelve a entrar en mí en esa posición, siento que me voy a romper en dos. Lo nota en mi respiración.

—¿Demasiado?

—No. No pares.

No para. Una mano me rodea la cintura para mantenerme firme; la otra baja y empieza a tocarme mientras sigue empujando. Ese roce, esa presión, me deshace en segundos.

—Joder Hugo

Llego al límite con su nombre en la boca apretando la pared con los dedos y todo el cuerpo tenso bajo el agua caliente.

—Te toca a ti—le digo

—¿Qué?

No contesto. Bajo despacio, arrodillándome sobre los azulejos mojados. Él me mira desde arriba.

Lo tomo con una mano. Paso la lengua por la punta, despacio, saboreándolo. Él apoya una mano en la pared y la otra en mi nuca, sin empujar, solo dejándose.

—Mía…

Le sonrío desde abajo. Luego abro la boca y lo acojo dentro, todo lo que puedo. Chupo, subo y bajo, marcando el ritmo que quiero. Él gime bajito, con la cabeza echada hacia atrás, el agua cayéndole por el pecho.

—Sí, así— dice con la voz rota.

Acelero. El agua me cae en la cara, pero no me importa. Solo quiero oírlo gemir así.

Cuando noto que se tensa, que está a punto, no paro. Al revés, voy más hondo, hasta que se viene en mi boca con un gemido que sale de dentro, con todo el cuerpo apoyado en la pared para no caerse.

Lo trago. Le miro desde abajo. Él baja la cabeza y me mira con los ojos todavía nublados y la respiración rota.

—Eres increíble.

Me levanto y me besa. Pero no es un beso tranquilo, es un beso con hambre, como si ya quisiera más. Me río en sus labios.

—Hugo, tenemos que irnos

—Lo sé

Se aparta, me da la mano para salir de la ducha y no resbale, y me envuelve en una toalla antes que a sí mismo.

Una vez que salimos de la ducha y conseguimos vestirnos, Hugo parece tranquilo y relajado. El sexo en la ducha ha sido brutal. Y ahora vamos a comer con mi madre, que es una transición que todavía no sé cómo procesar.

—¿Qué te preocupa?

—Solo no quiero que te agobien. Ya sabes cómo son las madres. No quiero que pienses que les he dicho nada que no es. No sé, Hugo, esta situación me pone nerviosa.

—Venga, Mía. Vamos a comer tranquilos. No te comas la cabeza.

Cuando llegamos al restaurante mi madre, Celia y Julián ya están sentados. Hugo y yo entramos de la mano, él me la ha cogido en la puerta y yo no me he soltado, aunque una parte de mí dudó un segundo. Se nota que los tres se han fijado.

—Hola, chicos. Mamá, este es Hugo.

Él se acerca y le da dos besos. Hace lo propio con Celia y saluda a Julián con ese gesto suyo de chocarse las manos. La comida empieza tranquila y yo me relajo un poco, parece que nadie tiene programado hacerle preguntas raras ni intentar averiguar qué coño tenemos, que la verdad es que yo tampoco lo sé.

—Me ha dicho Julián que eres el mejor de vuestra categoría — dice mi madre.

—Bueno, por lo de ahora falta un combate para saberlo— dice Hugo.

Lo miro. No quiero que salga Mateo aquí, no delante de mi madre.

—Mateo es bueno, está claro. Pero ¿alguna vez le has ganado?

Ahora va esta y lo suelta. Necesito intervenir. Sé que Mateo le ha ganado más veces que al revés, y que se regocijaba en eso con una frecuencia que no era casualidad.

—Eso no es importante, mamá.

—A decir verdad, poco importante es — me salva Julián. — Lo importante es quién gane en seis días.

Hugo me mira tranquilo. Impasible. Como si la pregunta de mi madre le resbalara completamente, y no entiendo cómo lo hace porque yo estoy tensa en nombre de los dos. No entiendo la actitud de mi madre, lleva años criticando a Mateo y ahora parece que lo defiende.

Seguimos hablando de todo y de nada hasta las cinco de la tarde.

—Me tengo que ir a entrenar. Para ganar al mejor hay que entrenar más. — Lo dice mirando a mi madre con una sonrisa tranquila, sin veneno.

—Voy contigo.

—Mía, quédate a tomar algo, mujer. Tú no entrenas hoy — dice Celia.

—Tiene razón, Mía, quédate — dice Hugo y yo asiento.

Se levanta y se despide de todos. Cuando llega a mí me besa en los labios y me dice al oído: todo está bien, te veo mañana.

Cuando lo veo salir por la puerta me giro hacia mi madre.

—¿Qué te pasa? ¿Estás imbécil?

—Solo dije una verdad, Mía. El chico me cae bien.

—Le has hecho sentir mal y no entiendo por qué te comportas así. Ha venido conmigo es mi amigo y tú deberías haberte comportado.

—Mía, no quiero que te hagan daño. Ese chico no es para ti. ¿No lo ves?

—¿Qué es lo que no veo, mamá?

—Déjalo, cariño.

Me quedo callada. Parece que nadie cree que yo sea suficiente para Hugo. Manu. Marta. Mateo. Y ahora mi madre. Si lo pienso un poco, quizás todos tienen razón y yo soy la única que no lo ve.

Cuando de noche llego a mi habitación me pongo la camiseta que Hugo me regaló. Me muero de ganas de estar con él, pero no me ha mandado ningún mensaje. Le escribo yo:

Mía: *Vas a tener que ponerte la camiseta para que vuelva a oler a ti.*

Me contesta al instante.

Hugo: *Ya te dije que estás mejor desnuda, Mía. Eres preciosa.*

Mía: *Siento lo de mi madre.*

Hugo: *Tranquila, princesa. Fue tu novio seis años. No me esperaba menos.*

Cuando leo el mensaje un nudo se me pone a la altura del pecho. Necesitaba leer algo así esta noche.

Quizás tiene razón. He sido demasiado dura con mi madre. Ella está enamorada de Mateo desde hace años, y aunque me dijo que lo dejara cuando se lio con Elsa, siempre le gustó. Es complicado querer a alguien durante tanto tiempo y de repente verlo desaparecer.

El teléfono empieza a sonar. Es Hugo.

—Princesa. No te escribí antes porque acabo de llegar a casa. Manu me ha fundido. Acuérdate que mañana no estoy en Barcelona, tengo que ir a firmar lo de la final.

—Es verdad, ya me habías dicho. Se me había olvidado. Va a ser difícil estar sin ti todo el día, te voy a echar mucho de menos. Ya no

queda nada para la final.

—Es un trámite. Esto está ganado.

Me río. Me hace gracia que ahora de repente se haga el optimista cuando sé perfectamente que está acojonado.

—Lo vas a hacer genial, Hugo.

—Me caigo literalmente del sueño, Mía. Mañana hablamos cuando vuelva, ¿vale?

—Descansa mucho. Aunque prefería estar contigo.

—Y yo. Sueña cosas bonitas princesa.

Colgamos y me duermo pensando en él, con su camiseta puesta y mi olor a vainilla mezclado con algo suyo que ya no sé separar del todo.

24
MÍA

Cuando me despierto miro el móvil de forma inconsciente.

Tengo un mensaje de Mateo.

🟦 ***Mateo:*** *Mía, necesito que hablemos. No tengo a nadie más.*

No le he contestado, pero todavía no lo he borrado. Eso ya dice algo.

A veces pienso que el Mateo que conocí no desapareció de golpe. Se fue apagando, día a día, hasta que un día miré y ya no quedaba nada. Pero al principio… al principio era diferente.

Me acuerdo de la primera vez que me habló de verdad. Fue en el gimnasio, unos meses después de que muriera mi padre. Alguien había colgado una foto suya en la entrada, una de las buenas, de cuando ganó el regional con veintitrés años, antes de que yo naciera. Había poca gente, solo los de siempre, los que le querían de verdad. Yo estaba sentada en el banco de fuera sin entrar porque no era capaz de pasar por debajo de esa foto y no romperme.

Mateo salió a fumar y me encontró ahí.

No me preguntó si estaba bien. No dijo nada de lo que dice la gente cuando no sabe qué decir. Se sentó a mi lado, encendió el cigarrillo, y estuvo callado conmigo un rato largo. Cuando por fin

habló fue para decirme que mi padre era el tío más honesto que había conocido dentro de un ring.

Eso fue todo.

Pero yo tenía dieciséis años y llevaba meses sin que nadie hablara de mi padre en voz alta como si fuera algo bueno. Como si fuera algo que todavía existía.

Me cogió la mano cuando me puse a llorar. No hizo nada más. Solo eso.

Y yo me quedé ahí, con su mano encima de la mía y la foto de mi padre mirándome desde el cristal de la entrada, pensando que quizás no todo se había roto del todo.

El teléfono sigue encima de la cama.

Lo cojo, pero no le contesto. Desayuno, preparo las cosas para las niñas. A veces pienso que si necesitara ayuda de alguien me gustaría que él pudiera dármela, al fin y al cabo, fuimos personas importantes el uno para el otro durante mucho tiempo. Pero no le contesto. No se lo merece.

Al llegar al gimnasio veo a Elsa salir llorando por la puerta. Tiene los ojos muy rojos parece que lleva llorando un rato largo. Le digo hola, pero ni me mira a la cara.

Una vez dentro Mateo aparece con los ojos todos enrojecidos también.

—Mía, por favor. Déjame hablar contigo.

—No tengo nada que hablar, Mate. Vete a hablar con Elsa si quieres.

—La he dejado esta mañana. Escúchame, por favor.

—Mateo, no soy la persona para hablar de tu relación con Elsa. Lo siento.

—No quiero hablar de ella. Solo de ti.

Pero qué coño le pasa a este tío. Se enfada con la chica con la que me pone los cuernos y luego me lo viene a contar a mí, como si yo fuera el siguiente paso lógico en su razonamiento.

—No sé vivir sin ti. Lo siento, Mía. De verdad que lo siento. Me equivoqué. Sé que te hice daño, fui un cabrón de mierda.

No soy capaz de articular palabra.

—Mateo…

—Mía, por favor. No soy nadie sin ti. Esta mañana se lo he dicho a ella. Tendría que haberla dejado hace tiempo, pero como estabas con Hugo me daba miedo perderte del todo. Vuelve conmigo, Mía. ¿Te

acuerdas de todos los planes que teníamos? Viajar a Estados Unidos, hacer la ruta 66, comprarnos una caravana para recorrer Ibiza. Me equivoqué, joder.

—Mateo, es demasiado tarde.

Se le desencaja la cara. Durante un segundo parece que va a decir algo y no lo dice. Entonces veo algo que no esperaba, le tiembla el labio. Mateo, que en seis años no le he visto llorar más de dos veces, que en el ring aguanta cualquier cosa sin que se le mueva un músculo.

—¿Por qué? — dice, y la voz le sale rota. — Sé que te has acostado con él y me da igual. Pero nadie te va a querer como yo, Mía. Nadie.

—Mateo…

—Te lo juro. — Se le escapa una lágrima. Solo una, pero la veo caer y algo en mi pecho hace una cosa que no debería hacer. — No sé quién soy sin ti. Llevo semanas sin dormir. Sin comer bien. No puedo concentrarme en nada que no seas tú.

Me quedo callada. Eso es suficiente para que siga.

—Cuando te vi con él me quería morir. En serio. Llevo años contigo, Mía. Años. ¿Cómo voy a dejarte ir así?

Se limpia la cara con el dorso de la mano, ese gesto de cuando intenta recomponerse. Cuando vuelve a hablar la voz le ha cambiado de tono, más controlada, más calculada.

—He hablado con tu madre. Me ha dicho que te ve rara. Demasiado centrada en la competición. Mía, vuelve conmigo. Te ayudaré en todo lo que necesites.

Eso me para. Que haya hablado con mi madre. Que haya buscado esa palanca sabiendo exactamente lo que hace con ella. Hay algo muy calculado en ese gesto que debería hacerme salir corriendo y, sin embargo, consigue lo que busca, me quedo donde estoy, sin poder cerrar la puerta del todo.

—¿Estáis juntos? ¿Sois pareja?

—Mateo, no es tu problema, es mi vida. Te recuerdo que aparte de ponerme los cuernos fuiste tu quien me dejó.

—Mía, no puedo respirar. — Le vuelven a brillar los ojos. — Quedan cinco días para la final y mira cómo estoy. Mírame. Te necesito. Ese torneo es nuestro, mi amor. Siempre lo fue.

Ese torneo es nuestro. Lo dice como si los años juntos le dieran algún derecho sobre mis decisiones. Y lo peor es que una parte de mí

lo escucha y no lo descarta del todo, la parte que recuerda quién era él antes de todo esto.

Se acerca para darme un abrazo. Doy dos pasos hacia atrás.

—Por favor, Mía. — La voz le sale pequeña de una manera que no le había escuchado nunca. — Solo dame una oportunidad.

—Mateo, lo siento, déjame en paz.

Entro en el vestuario dándole vueltas a lo que acaba de pasar, estoy vistiéndome cuando entra Elsa en el vestuario.

—¿Qué piensas, follártelos a los dos?

—¿De qué hablas, Elsa?

—Me ha dejado por ti.

No voy a entrar en esto. Ni de coña. No lo hice cuando me los encontré en el baño y menos lo voy a hacer ahora. Me giro hacia mi taquilla y sigo recogiendo mis cosas.

Me agarra por detrás.

—¡Que me dejes, joder!

De repente Mateo entra en el vestuario como un loco fuera de sí.

—No se te ocurra volver a tocarla. ¿Me estás oyendo? — Le dice mientras la agarra por el cuello.

—Mateo, suéltala. Le estás haciendo daño.

La suelta. Ella se va llorando.

—Mía, mira en lo que me has convertido. Te imagino en su cama y me entra una ira que no puedo controlar. No puedo más. Te necesito conmigo.

—Es mejor que te vayas a descansar, Mateo.

No es la primera vez que veo a Mateo con actitudes agresivas. No me gusta nada como la ha agarrado, se le está yendo la olla. Cojo mis cosas y me voy.

****

Entro en casa y mi compañero Iván me dice que ha llegado algo para mí. Está en mi habitación.

Hay un peluche enorme de un oso encima de la cama. Y una tarjeta.

No puedo vivir sin ti, Mía. Mateo.

Tengo que admitir que algo se me remueve por dentro cuando lo veo. Me quedo un momento parada en la puerta de mi habitación mirando el oso sin saber qué hacer con lo que siento.

Mateo es la persona que mejor me conoce en el mundo. Eso no lo puedo cambiar, aunque quiera. Estuvo conmigo cuando acababa de perder a mi padre, fue él quien contestó el teléfono cuando yo no pude, fue él quien durmió en mi sofá las primeras semanas porque no quería que estuviera sola. Estuvo conmigo siempre, en los buenos momentos y en los malos, durante años en los que yo no tenía a nadie más. Y sí, me hizo daño. Un daño enorme. Pero hay algo entre nosotros que no se va con facilidad, que lleva demasiado tiempo construido para desaparecer de un día para otro.

A veces creo que yo tampoco sé vivir sin él.

Me siento en la cama al lado del oso y lo miro un momento. Es ridículo. Soy consciente de que es ridículo. Pero me quedo ahí sentada de todas formas.

Hugo me gusta. Es un tío genial, de verdad que lo es. Pero podría estar con cualquier otra. Yo nunca seré tan perfecta como lo que él necesita. Nunca me sentiré a su nivel, por mucho que él diga lo contrario. Con Mateo, al menos, siempre supe cuál era mi sitio.

Suena el teléfono. Es Hugo.

—Hola princesa.

—Hola. ¿Qué tal las autorizaciones?

—Burocracia de mierda, como siempre. ¿Qué tal los entrenos?

—Bien. Tengo que mejorar el gancho de izquierda.

—Cuando quieras entrenamos juntos. Puedo enseñarte alguna cosa o tú enseñármela a mí, claro.

Y entonces se oye una voz de chica por detrás preguntando qué quiere beber. No suena como una camarera. Me quedo callada un segundo.

—Claro, cuando quieras.

—Tengo que dejarte, Mía. Estamos con gente de la organización cenando. Descansa, preciosa.

—Y tú también.

Cuelgo y miro el oso.

No soy capaz de dormirme. No dejo de oír esa voz de chica en mi cabeza, de intentar descifrar si era alguien de la organización o alguien más, si había algo en el tono que debería haberme dicho algo. Mía, te estás volviendo loca. Él ahora mismo podría estar con quien quisiera, porque no somos pareja, nunca lo hemos dicho, nunca hemos puesto nombre a esto. Yo misma me niego a ponerle nombre

cuando pienso en ello. No tengo derecho a sentir lo que estoy sintiendo.

Y sin embargo lo siento.

Mateo nunca me había puesto los cuernos hasta lo de Elsa. O eso creo, quizás Raúl tenía razón y no era la primera. Llevamos muchos años juntos. Quizás parte de lo que pasó fue culpa mía, por las razones que siempre me daba y que yo me callaba en lugar de contestar. Que era poco activa. Que no prestaba suficiente atención. Que había veces que estaba allí pero no del todo. Quizás si hubiera sido diferente, él no habría buscado fuera lo que no encontraba dentro.

No sé si me lo creo. Pero tampoco sé descartarlo.

El oso sigue ahí encima de la cama, enorme, ridículo, con esa cara de peluche que no dice nada. Y entonces recuerdo otro regalo mucho más pequeño que me hizo hace mucho tiempo.

Unos meses después de la muerte de mi padre, llegué al gimnasio y encontré en mi taquilla una venda de boxeo usada, anudada en forma de lazo. No tenía nota. Pregunté a Raúl si sabía algo y me dijo que me la había dejado Mateo.

—Dijo que la tuya se había roto— me explicó encogiéndose de hombros.

No se había roto. Él solo había visto que llevaba semanas usando la misma venda deshilachada y no me atrevía a comprar otra porque cada vez que entraba en la tienda me acordaba de mi padre.

Ese era el Mateo que conocí. El que venía sin que se lo pidieras. Ese Mateo desapareció, pero a veces todavía lo busco en la cara del que está ahora.

Intento pensar en otra cosa. Me cuesta mucho más de lo que debería. Pero al final lo consigo.

25
HUGO

🟦 ***Hugo:*** *Acabo de llegar, princesa. Podemos vernos después del entreno.*

Le escribo a Mía nada más llegar al aeropuerto porque no puedo esperar para verla. La verdad es que me apetecía irme corriendo a buscarla directamente, pero Manu se ha puesto bastante loco. Quedan tres días para la final y dice que ya bastante perdimos ayer con los trámites.

Estoy muy loco por esta tía. Llevo el viaje entero pensando en ella en lugar de en Guillén, que es exactamente lo que Manu me dijo que no hiciera y lo que estoy haciendo igual.

Cuando estoy cambiándome en el vestuario no hago más que pensar en ella. Cojo el móvil y miro una foto que le hice el otro día en mi cama. Está dormida, con mi camiseta puesta, el pelo hacia un lado. Esos labios.

El entrenamiento de hoy es básicamente defensa.

—¡Concéntrate, Hugo! ¡Ahí no, ahí nunca!

La voz de Manu retumba en el gimnasio, rebotando en los espejos como un latigazo. Respiro hondo, aprieto la mandíbula y recoloco los pies sobre la línea de tiza. Mis nudillos están enrojecidos, protegidos

por la venda, pero aun así los siento golpear contra el escudo. No es suficiente. Nunca lo es para él.

—Vas a la muñeca como un novato — dice, dejando el escudo a un lado. Se planta frente a mí con los brazos cruzados, esa postura que combina paciencia infinita con una exigencia innegociable. Es más alto que yo, más ancho, y cuando me corrige con la mirada, su sombra me cubre por completo, aunque no me toque.

—He dicho que te concentres — insiste, y en su tono ya no hay instrucción, hay un aviso.

Me indica que me coloque en posición. Esta vez no lleva escudo. Me va a corregir los movimientos con las manos vacías, guiando mis brazos, ajustando mis ángulos con esos golpecitos secos que solo él sabe dar. No me va a golpear, no es su papel. Pero cada vez que su palma me corrige la postura, siento la fuerza contenida en sus manos, la seguridad de alguien que sabe exactamente dónde debe estar cada parte de mi cuerpo.

—Las piernas, Hugo. La defensa empieza desde el suelo. Si tus pies no están bien, tus manos no sirven de nada.

Asiento sin mirarlo a los ojos. No por desdén, sino porque sé que, si lo hago, veré esa mezcla de decepción y exigencia que me revuelve el estómago. Vuelvo a la posición, respiro hondo, y esta vez siento mis pies firmes antes de que él dé la orden.

No voy a fallarle otra vez.

Cuando terminamos, Ana y Rubén me dicen de tomar algo. Sé que le he dicho a Mía que se acerque, pero mientras no llega puedo ir con ellos un rato. Últimamente, estoy quedando menos con la gente del equipo, soy consciente de ello, pero tengo muchas cosas encima y el tiempo no da para todo.

Nada más llegar al local le escribo:

Hugo: *Estoy en la Jaula. Vente cuando salgas.*

Veo a Elsa y a Laura en una mesa en el fondo. Las ignoro. Hace tiempo que no las veía juntas, aunque teniendo en cuenta que Elsa se pasaba el día pegada a Mateo no es de extrañar que ahora busque compañía en otro lado.

Rubén se va a por unas copas y noto que Ana se me acerca demasiado. Nos llevamos bien, es una chica guapa, pero no me interesa en ese aspecto y creo que lo sabe. O debería saberlo. Me

agarra el brazo mientras sonríe y se acerca a mí a niveles que no son de amistad. Intento mantener las distancias sin hacer una escena, sé que yo y Mía no tenemos nada oficial, nunca lo hemos puesto en palabras, pero desde que he estado con ella no he vuelto a estar con nadie más. Y no por obligación. Simplemente no me apetece.

Estoy a punto de decirle algo a Ana, de buscar la manera de ser claro sin que sea incómodo, pero ella me besa. Me aparto y le digo que no me interesa y es cuando Rubén llega en el momento justo y dejamos el tema así.

Y entonces veo a Mía de lejos.

Le hago una señal para que se acerque. Tiene un gesto raro que no sé descifrar bien desde aquí. Espero que no haya visto lo de Ana y lo haya malinterpretado.

—Ey, princesa. ¿Qué tal el día? — le digo mientras la abrazo y la beso.

Lo hago así adrede, para que entienda que solo me importa ella. Porque joder, es así.

—Bien… casi no he entrenado. Tenía un montón de clientes todo el día.

Le presento a Ana y a Rubén. Estamos un rato con ellos, pero la noto incómoda, tensa de una manera que no es la de siempre, y le digo de irnos. Tengo ganas de estar con ella.

—¿Vienes a dormir a mi casa? — le digo susurrándole al oído.

—Hoy necesito descansar. He tenido un día horrible.

—Podemos dormir. No hace falta que hagamos nada más, solo quiero estar contigo.

—No te enfades, Hugo. Pero he tenido un día de mierda.

—Claro, otro día, no te preocupes. Te acerco a casa.

Podría decir que no me ha jodido que no venga. Pero lo ha hecho. Llevo dos días pensando en ella cada puto segundo y me conformo con llevarla a casa, que ya es algo.

En el coche la noto más callada de lo normal. Mía normalmente habla, de cualquier cosa que se le ocurre, pasando de un tema a otro con esa capacidad suya de conectar cosas que no tienen conexión aparente. Esta noche no. Esta noche mira por la ventana y responde en monosílabos y hay algo en ese silencio que no me gusta.

—¿He hecho algo que te haya molestado?

Quizás debería callarme. Pero me estoy cabreando y no sé ni por qué.

—No. Simplemente, me apetece estar sola.

—¿No habrá sido porque estuvieran ellos? Me dijeron de tomar algo y no supe decirles que no… joder, Mía, no quería que te enfadaras.

—No estoy enfadada, de verdad. Hoy tengo un día malo y ya.

—He pensado mucho en ti en el viaje.

—Ya…

Está sacándome de quicio. Quiero ser amable, no sacar las cosas de contexto, entender qué le pasa. Pero hay algo en ese «ya» que no me encaja.

La miro de reojo. Está rara. Parece tensa de una manera diferente a la de siempre, no es la tensión de alguien que está mal, es la tensión de alguien que está pensando en algo que no dice.

—Si es porque has visto algo de Ana — no sé si es por eso, pero lo digo igual — se me ha acercado antes de que vinieras, pero no ha ido más allá. No quiero que pienses…

No me deja terminar.

—Los dos podemos hacer lo que queramos Hugo. Somos amigos. No tienes que darme tantas explicaciones.

«Somos amigos». No me toques las pelotas. Llevamos casi un mes acostándonos, ha dormido en mi cama más días que en la suya, le he presentado a Marta, le he contado cosas que no le cuento a casi nadie, y me viene con que somos amigos.

—¿Qué quieres decir, Mía?

—Nada, eso.

—¿No vas a explicarme lo que coño está pasando?

La oigo suspirar.

—Estás muy pesado, Hugo. ¡No pasa nada, joder!

Me apetece gritarle. También besarla. No sé cuál de las dos cosas ganaría si me dejara. Pero entonces llegamos a su portal y el momento se acaba antes de que haya decidido nada. Me acerco a ella, no quiero irme a casa cabreado.

—Mía, no quiero que te vayas así. No sé qué te pasa, pero puedes hablar conmigo.

Se acerca y me da un beso. No un beso de los nuestros es corto, cerrado, de los que dicen que todo está bien cuando nada está bien.

—Todo está bien, ¿vale? Mañana hablamos.

Abre la puerta, se da la vuelta y se baja del coche. Me quedo mirando cómo entra al portal hasta que desaparece dentro.

Me he quedado con mal cuerpo.

Igual le ha pasado algo hoy o ayer y no ha querido decírmelo. Eso lo entendería, hay cosas que uno necesita procesar solo antes de contarlas. Pero el «somos amigos» me ha jodido más de lo que me esperaba, y eso también lo tengo que procesar.

Cuando llego a casa el piso está en silencio. Me siento en el sofá un momento sin encender la tele, con el teléfono en la mano, pensando en si llamarla o no. Decido que no. Si necesita espacio esta noche, se lo voy a dar.

Le escribo un mensaje.

📱 ***Hugo:*** *Ya te echo de menos, princesa.*

Lo mando y me voy a la cama. No vuelvo a coger el móvil porque la idea de que no me conteste me jode.

Tres días para la final. Y yo aquí pensando en una chica en lugar de en Mateo, que es exactamente lo que Manu lleva semanas diciéndome que no hiciera.

Manu tiene razón sobre muchas cosas.

Esta no sé.

26
MÍA

No sé por qué acabo de hacer esto. Llevo unos días con la cabeza en otra cosa.

Quería irme a casa de Hugo. Llevo dos días pensando en él sin parar, con esa sensación constante de querer estar cerca. Pero cuando lo he visto con esa chica en el bar algo se me ha cerrado por dentro, me he acordado de todo lo que me ha dicho Mateo, de todo lo que me ha dicho mi madre, de todo lo que me dice mi propio cerebro cuando no lo controlo, y me he ido a casa sola convenciéndome de que era lo correcto.

Cuando he leído el mensaje de Hugo se me ha roto un poco el corazón. Porque yo también lo echo de menos. Pero entonces me viene la otra voz, la de siempre, es muy probable que Hugo solo quiera fastidiar a Mateo. Que todo esto sea una manera de desestabilizarlo antes de la final. Que yo sea una pieza en algo que no tiene nada que ver conmigo.

Hay momentos en que me parece imposible pensar que Hugo hiciera algo así, es un tío íntegro, me lo ha demostrado de formas que no se pueden fingir. Pero yo qué sé. Al fin y al cabo, no lo conozco de nada. O eso me digo cuando necesito tener una razón para mantener la distancia.

No le he contestado el mensaje.

Cuando me despierto tengo uno de Mateo.

Mateo: *Mira a lo que se dedica tu amiguito.*

Y me manda fotos. Hugo besándose con una chica. Parece Ana. La ropa que lleva Hugo es la de ayer, eso es verdad, lo reconozco de inmediato, pero puede que las fotos estén manipuladas. Aunque tampoco me imagino a Mateo haciendo eso. O sí me lo imagino. No sé. No sé qué creerme.

Las abro despacio, como si ralentizar el gesto fuera a cambiar lo que voy a ver. Y me duele. Mucho más de lo que me esperaba, de lo que tengo ningún derecho a que me duela, porque es verdad que no es mi novio. Él puede hacer lo que quiera y yo no tengo nada que reclamar. Y aun así siento que se me clava algo muy dentro que no sé cómo sacar.

Me quedo mirando las fotos más tiempo del que debería. Buscando algo que no cuadre, algún detalle que me diga que son falsas. No lo encuentro. O no quiero encontrarlo, que tampoco sé cuál de las dos cosas es.

No le contesto a Mateo tampoco.

****

Al llegar al gimnasio mis niñas me preguntan cuándo pueden entrenar con Mateo. Antes venía de vez en cuando a ayudarme con algún entreno, les gustaba tener a un profesional cerca, y a mí también me gustaba. Con las niñas siempre fue bueno. Paciente, claro, generoso con su tiempo cuando quería serlo. Eso también forma parte de quién es, aunque no sea la parte que más haya salido últimamente. Pienso un momento en que quizás Hugo podría hacer eso algún día. Luego me acuerdo de las fotos.

Veo a Mateo en la recepción hablando con un par de tíos. Me acerco.

—¿Estás libre esta mañana para ayudarme con las niñas?

Se despide de los otros y se acerca a mí.

—Claro, Mía. Me encantaría. ¿Estás bien con lo que te mandé esta mañana?

—Mira, Mateo, Hugo no es mi novio, ¿vale? Así que deja el tema.

—No, claro que no lo es, Mía. Si quisiera serlo ya te lo habría dicho.

Me duele que me diga eso. Mucho más de lo que me gustaría reconocer. No llevamos conociéndonos demasiado tiempo, pero hemos estado muchísimo juntos, y sí que es verdad que me hubiera gustado que por lo menos hubiéramos hablado de cierta exclusividad. Que no hubiera que adivinarlo.

—Bueno, dejemos el tema. ¿Me ayudas?

—Te ayudo.

Mientras vamos hacia la sala:

—¿Has pensado lo que te dije? No soy capaz de vivir sin ti, mi amor. Tú haces que todo tenga sentido. No me imagino ganando esa final sin tenerte conmigo, porque te mereces ganarla conmigo. Nos hemos esforzado mucho para esto, Mía. Somos un equipo.

—No me llames así, Mateo.

Es verdad que le ayudé a preparar este torneo durante mucho tiempo. Le acompañé a todos los combates de clasificación, le ayudé a estudiar a los rivales, le escuché hablar de estrategia durante horas. Que me dejara por Elsa me rompió el corazón, pero eso no cambia lo que hice ni el tiempo que lo hice.

—Tú tomaste una decisión.

—La equivocada, Mía. La equivocada.

Cuando entramos en la sala se pone a darles clase a las niñas. Lo hace fácil y bonito, con esa paciencia que tiene cuando quiere que algo salga bien, les explica cómo colocar los pies, cómo proteger el costado, cómo respirar entre combinaciones. Y yo lo miro y me acuerdo del chico del que me enamoré. De lo dulce que era al principio. De que siempre estaba pendiente de mí, antes de que el boxeo y el ego y el tiempo lo fueran cambiando.

O quizás lo fui cambiando yo. Quizás si hubiera sido diferente, más activa, más pendiente, como siempre me decía, las cosas habrían sido distintas. No sé. Me he hecho esa pregunta tantas veces que ya no sé si la respuesta que tengo es la verdad o solo la historia que me cuento para poder seguir.

Al terminar la clase se queda a ayudarme a recoger las colchonetas.

—Sé que lo he jodido todo, Mía. Lo sé. Pero eres mi puto mundo.

No le contesto.

—¿Algún día podrás perdonarme? Él nunca te va a entender como yo. No te va a querer como yo, y lo sabes.

Me agarra las manos y me besa.

Me separo. Doy un paso atrás. Y mi cabeza se convierte en un batiburrillo de cosas que no consigo ordenar.

¿Y Hugo? Hugo no quiere nada serio conmigo o me lo habría dicho. Llevamos casi un mes así y nunca ha mencionado qué somos ni qué quiere que seamos. Ha estado con un montón de gente del mundillo y nunca le he conocido una novia. Las fotos pueden ser mentira, pero y si no lo son. Y si son verdad, ¿por qué estaría conmigo si puede estar con chicas mucho más guapas, mucho más seguras, mucho más de su nivel?

Mateo me conoce desde hace seis años. Sabe exactamente quién soy, los miedos, las manías, los días malos, la forma en que me cierro cuando algo me duele, cuándo necesito que me dejen sola y cuándo necesito que no me dejen. Estuvo cuando murió mi padre. Estuvo cuando tuve la primera pelea seria con mi madre. Estuvo en todos los momentos en los que yo no sabía cómo estar.

Hugo me conoce desde hace unas semanas.

No es lo mismo. No puede serlo.

Y sin embargo cuando estoy con él me siento de una manera que con Mateo no recuerdo haberme sentido. Como si hubiera más espacio para ser yo. Eso también es verdad. Pero quizás es fácil sentirte libre con alguien cuando todavía no te ha visto en los momentos malos de verdad.

Es media tarde y todavía no le he contestado a Hugo. Una parte de mí quiere hacerlo. La otra no. Al final lo hago.

📱 ***Mía:*** *Perdona, he estado liada con las niñas y el torneo.*

A los cinco minutos llega la respuesta.

📱 ***Hugo:*** *Tengo ganas de verte. Muchas. Pensé que seguías enfadada.*

Me quedo mirando el mensaje un momento. No se puede ser más perfecto que este tío. Ayer me comporté como una imbécil y él aun así me habla bien, sin reproches, sin distancia. ¿Será verdad lo que piensa Mateo? ¿Serán verdad las fotos?

📱 ***Mía:*** *Nos podemos ver en la Jaula si quieres. A las 20:00.*

📱 ***Hugo:*** *Claro, princesa. Entrena ese gancho.*

No lo sé. Y no saber me pesa más de lo que esperaba.

Se me escapa una sonrisa. Luego me obligo a parar. Me siento en el borde de la cama y miro el techo un momento.

Dos días para la final. Mateo va a pelear contra Hugo. Y yo en medio de los dos sin saber lo que quiero ni lo que soy para ninguno de ellos.

Eso tampoco lo he dicho en voz alta nunca. Pero es lo que hay.

Porque Mateo tiene razón en una cosa, si Hugo quisiera algo conmigo, ya me lo habría dicho. Y no lo ha hecho. Y yo llevo semanas esperando que lo haga y no pasa, y quizás estoy esperando algo que no va a llegar.

Quizás siempre estoy esperando algo que no llega.

Cojo el teléfono y lo dejo encima de la cama. Miro el techo. Dos días para la final y yo aquí sin saber si lo que siento es real o solo el miedo a estar sola disfrazado de otra cosa.

A veces no sé distinguir las dos cosas.

27
HUGO

He quedado con Mía a las ocho, así que por primera vez en semanas he hecho el horario de entreno exacto. Manu debería estar orgulloso.

Llego a la Jaula y la busco entre la gente. No está todavía. Escojo una mesa de dos en un rincón bastante escondido, instinto —supongo— quiero poder hablar con ella tranquilo.

Me siento, me quito la chaqueta, y antes de que me dé tiempo a nada la veo entrar.

Parece preocupada. Tiene mejor semblante que ayer, pero hay algo en cómo camina, en cómo busca la mesa con la mirada, que me dice que no está bien.

Cuando llega me levanto para darle un beso. Ella se sienta.

—¿Seguimos enfadados?

—Hugo, ¿ayer estuviste con alguna chica?

Me quedo quieto un segundo. No sé a qué viene esto exactamente, pero parece que la he liado más de lo que pensaba.

—¿Qué me estás preguntando, Mía?

—Que si te besaste con una tía ayer aquí.

—Sí.

Lo digo sin rodeos porque mentirle no tiene ningún sentido y porque si hay algo que he aprendido es que las medias verdades siempre acaban peor que la verdad entera.

—Alucino, Hugo. De verdad. Sé que no somos nada, pero coño.

Se levanta. Parece que se va. La agarro ligeramente el brazo.

—Mía, déjame que te lo explique.

Tiene los ojos brillantes. Las lágrimas a punto de salir, aguantadas con esa determinación suya de no llorar delante de la gente.

—Fue Ana. Me besó antes de que llegaras, pero me aparté. Intenté mantener las distancias desde el principio. No me gusta ella. Me gustas tú. Seamos lo que coño seamos, Mía.

La veo dudar. Y lo que veo en su cara no es solo enfado, es tristeza. Una tristeza más profunda que la que debería provocar un beso de alguien que no significa nada.

—No me lo contaste.

—No fue importante. No quería que te rayaras sin necesidad. No volverá a pasar, y si pasa te lo contaré.

—No va a volver a pasar porque sea lo que fuera esto que teníamos ya no va a pasar más.

—¿Qué? ¿Me estás tomando el pelo?

Qué coño está pasando. Hace dos días esta tía se derretía en mis brazos y ahora de repente quiere acabar con todo. Imposible. No puede acabarse aquí.

—Hugo, te creo. Pero esto no puede ser.

Como que no puede ser. Nunca me había gustado nadie como ella. Nunca había querido que algo funcionara tanto.

—Mía, joder, dime qué puedo hacer para que no te sientas presionada. Podemos vernos menos un tiempo si quieres. No quiero dejar de verte.

—Hugo… yo… no sé cómo decirte esto.

No. Por favor. No me va a decir lo que creo que va a decirme.

—Mía, me gusta estar contigo. Estamos bien.

—Yo y Mateo hemos estado hablando. Y creo que vamos a volver a intentarlo.

Silencio.

Ella me mira. Yo la miro. Y durante ese segundo entiendo todo, las fotos que le habrá mandado, las llamadas, el oso, los planes que le habrá prometido, todo el arsenal que Mateo lleva semanas desplegando. La entiendo. No quiero entenderla, pero la entiendo.

—¿Con él? Otra vez. ¿De verdad?

—Estuvimos seis años, Hugo. Tenemos mucha historia por detrás. Necesito que lo entiendas.

Seis años. Lo dice como si eso fuera un argumento, como si la duración de algo justificara aguantar lo que le hizo. Y lo peor es que para ella sí lo justifica. No porque sea tonta, Mía no es tonta, es probablemente la persona más inteligente y fuerte que he conocido en mucho tiempo. Pero Mateo lleva seis años siendo su mundo, y el mundo que te enseñan a conocer desde los dieciséis años no se suelta así porque sí, por mucho daño que te haya hecho. No funciona así. Lo sé. Y entenderlo no hace que duela menos.

Hay algo en su cara mientras le dice que me llega de una manera que no esperaba. No está cómoda. No está contenta. Está convenciéndose a sí misma de que hace lo correcto mientras me lo está diciendo a mí, y eso es lo más triste de todo.

No está eligiendo a Mateo porque quiera. Está eligiendo lo conocido porque lo desconocido le da demasiado miedo.

Es la primera vez en mi vida que siento esto por dentro. Si no estuviera aquí, en este bar, delante de ella, estaría llorando sin parar.

La miro. Está totalmente convencida. O convencida de que tiene que estarlo. No voy a arrastrarme, ella sabrá lo que hace. Pero hay una pregunta que necesito hacerle, aunque me cueste.

—¿Ya te lo estás follando por eso estás tan rara? Solo quiero entenderlo. No es un ataque.

Quizás no debería preguntarle esto, pero necesito saber si ha estado jugando conmigo.

—No he vuelto a estar con él aún. Quería hablar contigo primero. Ni siquiera se lo he dicho.

Eso me para un segundo. Que haya querido hablar conmigo primero. Que no haya simplemente desaparecido. Que esté aquí, con los ojos brillantes, diciéndome esto a la cara en lugar de mandármelo por un mensaje. Hay algo en eso que dice que le importa, aunque ahora mismo no me sirva de nada.

—Vale. Perfecto. Solo quiero que tengas clara una cosa, Mía. Si te vuelve a hacer daño, no voy a estar aquí. No soy un juguete para cuando te enfades con tu novio. Tú sabrás lo que haces.

—Lo entiendo, Hugo.

Me gustaría insistir, convencerla de que es un error, pero no es mi estilo. Si alguien quiere estar conmigo voy hasta el final y si no quiere adiós.

—Me voy. Tengo que descansar. Tengo un combate en tres días.

Y porque necesito irme a llorar donde no me vea nadie. Pero eso no se lo digo.

Me levanto, cojo la chaqueta, y salgo sin mirar atrás porque si la miro no sé si voy a ser capaz de seguir caminando.

Cuando cruzo la puerta de la Jaula la realidad me da un golpe seco. El mundo sigue igual que hace diez minutos, coches, gente, luces, y a mí me parece imposible que todo siga en su sitio cuando lo que acaba de pasar debería haberlo movido todo.

Me siento en el coche. Y entonces lo veo.

En el asiento del copiloto, donde lo había dejado esta tarde pensando en dárselos cuando la viera, hay unos guantes de boxeo rosas. Los había comprado hace unos días, sin decírselo, pensando que eran de su talla y que le iban a hacer ilusión. Cuando me contó que su padre le había prometido unos así y los vi en aquella tienda no pude resistirme. Un detalle estúpido. Una chorrada.

Me derrumbo.

No lloro a menudo. No soy de esos. Pero ahora mismo estoy solo en un coche con un par de guantes rosas en el asiento del copiloto que nunca se los voy a dar, y no tengo fuerzas para ser otra cosa que lo que soy. Que es alguien que se ha pillado demasiado por una tía que acaba de volver con el tío que le rompió el corazón.

Y lo peor no es el dolor. Lo peor es que la entiendo. Que sé exactamente por qué lo ha hecho. Que Mateo lleva semanas trabajando para esto con toda la precisión de alguien que la conoce demasiado bien. Seguro que usando todo lo que sabe de ella para convencerla de que lo que teníamos no era real. Y ha funcionado.

Ha funcionado porque Mía lleva años siendo a quien le dicen que no es suficiente hasta que se lo cree.

No porque Mía sea débil. Todo lo contrario. Es porque Mateo sabe exactamente dónde darle, y porque seis años de historia son seis años de historia, y porque nadie sale de eso de un día para otro por mucho que quiera.

Eso no hace que duela menos. Nada de entender el porqué de algo lo hace menos doloroso, aunque todo el mundo lo diga como si fuera un consuelo.

Creo que la gente que ha sido manipulada durante mucho tiempo aprende a desconfiar de las cosas buenas. Aprende a esperar que haya trampa detrás de cada gesto, porque eso es lo que le han

enseñado. Yo no soy una trampa. Pero no puedo demostrárselo si ella no me deja. Y no puedo obligarla a dejarme.

Ojalá pudiera.

Cojo los guantes y los guardo en el maletero. No los voy a tirar. Pero tampoco los quiero ver ahora mismo.

Le mando un mensaje a Nico.

📱 ***Hugo:*** *Mañana por la mañana, ¿puedes entrenar conmigo en el Minfit?*

📱 ***Nico:*** *A las 9:00.*

Contesta en dos minutos, tal como esperaba y necesitaba.

Arranco el coche. Tres días para la final. Mateo va a estar en ese ring y yo voy a tener que mirarlo a los ojos y boxear con toda la frialdad del mundo.

Nunca en mi vida había tenido una razón personal para ganar un combate. El boxeo siempre fue el boxeo, trabajo, esfuerzo, técnica, resultado. Nunca había mezclado las dos cosas. Manu siempre me dijo que el día que lo hiciera perdería.

Esta vez no puedo evitarlo.

Esta vez voy a subir a ese ring con algo dentro que no es frío ni calculado. Y tendré que aprender a usarlo sin que me destruya.

No sé si voy a poder.

Sí voy a poder.

28
HUGO

Ya son las nueve y estoy en el Minfit haciendo press banca.

Manu me ha mandado descansar hoy. Dormir, comer bien, no tocar nada. Mañana es la final y eso debería ser lo único que existiera en mi cabeza. Pero llevar la noche entera sin dormir y quedarse quieto en casa son dos cosas que no funcionan juntas, así que aquí estoy. Levantando peso porque es lo único que sé hacer cuando el resto del mundo se ha vuelto inmanejable.

Nico aparece a los cinco minutos.

—¿Qué te pasa, Hugo?

—¿Tiene que pasarme algo para quedar contigo?

—No tienes buena cara. ¿Me vas a contestar o no?

Noto que el nudo que llevo en la garganta desde anoche cada vez es peor. Me da la sensación de que me voy a poner a llorar y no quiero. No aquí, con las barras en las manos y la gente alrededor.

—Mía me ha mandado a la mierda.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Cuándo?

—Ayer. Joder, Nico. No sé cómo gestionarlo. Llevo toda la noche sin dormir.

Antes de que me dé tiempo a terminar, Nico viene y me abraza. De esos abrazos fuertes y largos que no necesitan decir nada por qué ya lo dicen todo. De los que huelen a casa, aunque no estés en casa.

—Lo siento, joder, Hugo.

—No le digas nada a Marta ni a Manu. Lo único que no necesito ahora es una charla. Tenían razón, ha sido un juego de Mateo.

—A ver, Hugo. ¿Qué te dijo exactamente?

—Lleva un par de días rara. Pero ayer me dijo que iba a volver con Mateo.

Veo cómo Nico da dos pasos hacia atrás echándose el pelo hacia atrás. Con expresión de no me lo puedo creer y no es para menos.

—Pero ¿está loca esa tía o qué coño le pasa? Sé que estabas pillado, Hugo, tío.

—Lo estoy. No voy a soportar ir a la final y verla con él, Nico. No voy a poder.

Nico se acerca y me agarra por los hombros.

—Hugo. Escúchame. Ella se lo pierde. Vas a ir a esa final, te vas a cargar a ese cabrón, y ella, pues que se joda con él. Volverá a ti llorando y espero que no hagas el gilipollas cuando pase.

—Llevo toda la noche intentando asimilarlo. Intentando decirlo en alto. Pero no puedo.

—Despreocúpate de nosotros, tío. Tú lo hiciste bien. La que es una zorra es ella.

No me gusta que hable así de ella. Aunque al final todo fuera una pantomima para que me enamorara de ella y joderme la vida, no me gusta. Porque incluso ahora, incluso sabiendo lo que hizo, no soy capaz de querer que le pase nada malo.

—Nico, creo que me había enamorado de ella. Nunca había sentido algo así y ahora…

Se me quiebra la voz al final. No lo termino.

—Tío… lo siento tanto. Esas cosas son para que después aprendamos a querer mejor. Estabas demasiado centrado en el boxeo. No dejabas que nadie excepto nosotros se acercara a ti.

—Lo sé.

—Sé que ahora tu cerebro no quiere oír esto, pero conocerás a otra y serás feliz. Tarde o temprano pasará. Encontrarás a tu chica.

Pensaba que mi chica era ella.

Me quedo un momento con la barra parada. Pienso en cómo golpeaba el saco cuando estaba cabreada. En las tortitas que hice una mañana sin que me lo pidiera nadie. En que nunca llegué a enseñarle el gancho de izquierda.

Dejo la barra.

Me había imaginado muchas cosas con ella. La iba a ver competir en su torneo y me iba a costar no bajar al ring con ella. Iba a presentársela a mis padres algún día, aunque eso me diera miedo, aunque todavía no supiera cómo iba a ir esa conversación.

Ella hacía que mi mundo tuviera sentido, y lo que más me duele es que ni siquiera llegué a decírselo.

—Sé que sí, Nico.

—¿Te apetece que nos vayamos todo el día por ahí tú y yo? Te diría que a beber, pero sé que hoy no puedes. Me alegro de que no lo hayas hecho, por cierto.

Ayer cuando me mandó a la mierda estuve a punto de ponerme a beber sin parar. Quería emborracharme y llevarme a la cama a cualquiera para que todo lo que siento se diluyera un poco. Pero llevo toda mi vida luchando por ganar esto. Y lo voy a hacer. No por ella, no por Mateo. Por mí.

Me paso el día con Nico. Siempre ha sido mi mejor amigo y aunque cuando empezó con Marta nos alejamos un poco, siempre he sabido que estaba ahí. Él jamás me juzga en mis decisiones, puede estar de acuerdo o no, pero nunca lo hace. Me deja que me equivoque y cuando lo hago, como esta vez, está aquí intentando que no me caiga. Agarrándome de la mano sin que haga falta pedírselo.

—Díselo tú a Marta, Nico, por favor. Dile que no quiero hablar del tema hasta después del combate. Solo quería decirlo en alto y ya.

—Ni te preocupes por eso, hermano.

****

Cuando ya es hora de irse a la cama llegó a casa y el silencio me atraviesa de una manera que no esperaba. Estoy solo. La mitad de mis cosas me huelen a ella. La camiseta que le dejaba para dormir, todavía doblada encima de la silla. La taza que cogía para desayunar, lavada y puesta al lado del fregadero. Pequeñas cosas que no tienen nombre y que sin embargo están en todos los sitios.

Esto va a ser más duro de lo que pensaba.

No lo puedo remediar y me pongo a llorar. Me había imaginado demasiadas cosas con ella, cosas que nunca le dije porque tenía miedo de que fueran demasiado pronto, de que la asustara, de que no estuviera preparada. Y ahora no voy a poder decírselas. Me duele tanto que no sé cómo voy a concentrarme.

Cojo el móvil y le escribo a Manu.

Hugo: *Mía me ha mandado a la mierda. Ha vuelto con Mateo. No quiero una charla, por favor.*

Al minuto recibo la respuesta.

Manu: *Estoy aquí para ti, Hugo. Sé que duele. Pero puedes con esto.*

Puto Manu. Sabía que estaría ahí, aunque no estuviera de acuerdo con lo que pasó. Sé que Mía no le gustaba, que desde el principio tuvo miedo de que esto acabara exactamente así. Pero una parte de toda esta historia sí le gustó, le gustaba que hiciera algo más que boxear. Que me permitiera ser débil delante de alguien.

Mientras leo el mensaje de Manu, irremediablemente entro en la conversación con Mía.

Un dolor fuerte y sordo se me mete en el pecho. Los mensajes, las fotos, las noches. Todo lo que dijimos y todo lo que no llegamos a decir. No puedo creer que todo fuera mentira. Me niego a creerlo. Y sin embargo aquí estoy, solo en este piso, con su taza al lado del fregadero.

Suspiro y pienso que lo mejor es borrar esto. Lo mejor es olvidar que esto existió y centrarme en lo importante.

Borrar conversación. ¿Estás seguro?

Mi dedo se queda quieto encima de la pantalla.

Llevo todo el día esperando que me escriba. Que me diga que lo siente, que se le fue la olla, que no sabe lo que estaba pensando. Pero no lo ha hecho.

Así que.

Sí.

Borrado.

Debería sentir alivio. No lo siento. Siento dolor, como si hubiera borrado algo bonito. Porque de mentira o de verdad he sido feliz con Mía este tiempo. Mucho. Joder, mucho. Y eso no me lo puede quitar nadie, ni ella ni Mateo ni el resultado de mañana.

Me acuerdo de mi madre. Seguro que me escribe mañana en cuanto vea que hay combate, así que le escribo yo primero.

📱 ***Hugo:*** *Mamá la chica me ha dejado por su ex. No quiero hablar del tema, por favor. Cuando pase todo esto hablamos. Te quiero.*

Son las cinco de la mañana en Sídney. Pasan veinte segundos.

📱 ***Madre de Hugo:*** *Amor, estoy aquí para ti, cielo. Lo siento. Cuando lo necesites, hablamos. Te amo, pequeño.*

Me meto a dormir con un dolor que no puedo con él. Pero con la certeza de que estoy rodeado de gente que me quiere y me respeta, que ha estado ahí cuando la he necesitado y que va a seguir estando, aunque no siempre lo diga.

Cierro los ojos. La camiseta de ella sigue en la silla. No la quito.
Mañana es la final.
Voy a ganar.
No sé si después de ganar voy a estar bien. Pero primero voy a ganar.

29
HUGO

Cuando llego al gimnasio veo a Manu a lo lejos.

He dormido poco, pero más que ayer. Me alegro de haber borrado la conversación de Mía porque varias veces durante la noche he sentido que necesitaba releerla. Y si la hubiera releído no habría dormido nada. A veces la única forma de cuidarse es no darse la opción.

El gimnasio está casi vacío, es sábado y poca gente viene a entrenar el día antes de un combate. Solo vamos a practicar un poco sin presión. Lo que siempre hacemos. Cuando salgo del vestuario y veo la cara de Manu en el cuadrilátero no sé si está cabreado o triste. Parece que las dos cosas.

—Hola, tío. ¿Qué tienes pensado hoy?

Pero no dice nada. Me coge y me da un abrazo. Uno de los suyos, que no suelen durar más de dos segundos y este dura bastante más. Después de la noche que llevo me hacía una falta que no me imagino. No me quiero romper otra vez.

—Hugo, te quiero, hijo. Vamos a ganar. Aunque creas que no, ya lo has hecho.

La verdad es que siento todo lo contrario. Siento que el que ha ganado ha sido Mateo.

Me pongo los guantes.

El saco se balancea delante de mí como si se riera. Lo golpeo tarde. Otra vez.

—Más rápido, Hugo — dice Manu desde algún lugar del gimnasio.

Su voz me llega como si estuviera bajo el agua.

Lanzo un jab. Luego el cross. El cuero cruje, pero mis manos no van donde deberían. El saco vuelve y me golpea en el hombro.

Mía.

Joder.

Aprieto la mandíbula y vuelvo a golpear. Uno, dos, tres. Demasiado fuerte, demasiado torpe. No hay ritmo. No hay cabeza. Solo ruido.

—Para.

El sonido seco de las palmas de Manu me corta. Me giro. Está apoyado en las cuerdas, mirándome con esa cara que pone cuando sabe que estoy haciendo el gilipollas.

—¿Quieres romper el saco o entrenar? — dice.

No contesto. Cojo aire y vuelvo a ponerme en guardia.

—Mañana peleas — dice, señalando el ring. — Y ahí dentro necesito que estés concentrado. Solo existe el tío que tienes delante y lo que vas a hacerle.

Trago saliva.

—Otra vez — ordena.

Subo al ring. El sudor me cae por la espalda, pero esta vez aprieto los guantes. Si no puedo sacarla de mi cabeza, al menos puedo pegar lo bastante fuerte como para no pensar.

Cuando terminamos me despido de Manu y me voy a duchar. Estoy muerto. Debí entrenar más flojo, pero necesitaba sacar la rabia que tengo dentro. La rabia y el dolor y todo lo que no sé dónde poner y que en el ring al menos se convierte en algo útil.

De camino a casa me acuerdo de ella otra vez. Las noches que pasamos juntos. Ojalá fuera solo sexo, pero era muchísimo más. Eso es lo que lo hace imposible de ignorar.

Al abrir la puerta casi me da algo.

Mi madre.

Está de pie en medio del salón, con ese pelo castaño que le empieza a salir alguna cana y esa sonrisa que no ha cambiado desde que tenía seis años. Viene corriendo y me da un abrazo de los que te sanan el corazón, aunque no lo merezcan del todo.

—¿Qué coño haces aquí, mamá? ¿Estás loca? No será…

—No, cariño. Íbamos a venir a ver la final. De eso hablamos cuando ganes mañana, mi amor. — Hace una pausa y me pone una mano en la cara. — Oye. ¿Estás bien?

—Estoy bien.

Me mira un segundo más de lo necesario. Sabe que no lo estoy del todo. Pero lo acepta.

Nadie en el mundo me ha entendido nunca como mi madre. Pero ahora que lo pienso ha hablado en plural.

—¿Con quién has venido? — le digo con cara de sorpresa.

Y entonces la puerta se abre.

Es Marta con Nico. Y detrás de ellos, un paso más atrás, con las manos en los bolsillos y esa postura suya que reconocería en cualquier sitio, aunque hayan pasado ocho años, mi padre.

Me quedo paralizado en medio del salón.

Ocho años. Ocho años desde la última vez que lo vi, desde aquella conversación que tuvimos en el umbral de la puerta de casa con las maletas ya hechas. Me dijo que si me iba así no iba a ayudarme cuando lo necesitara. Yo le dije que no le iba a necesitar. Los dos mentíamos.

Ocho años de llamadas cortas en Navidad, de cumpleaños con mensajes de tres líneas, de Marta haciendo de puente entre los dos sin que nadie se lo pidiera. Ocho años de ganar combates y mirar hacia las gradas sabiendo que él no iba a estar.

Está más viejo. Tiene el pelo más gris y más arrugas alrededor de los ojos, esas arrugas que no recordaba, pero que reconozco de inmediato porque son las mismas que empiezo a ver en mi propio espejo. Sigue siendo más alto. Sigue teniendo esa forma suya de ocupar el espacio, de estar en un sitio como si siempre hubiera estado.

—Papá.

No sé muy bien cómo actuar. No sé qué decirle ni cómo mirarlo ni dónde empezar después de tanto tiempo. Él da un paso hacia mí y me abraza. Un abrazo torpe al principio, de alguien que también lleva años sin saber cómo hacerlo, y luego más fuerte. Como si recordara.

—Lo siento, hijo.

No dice más. No hace falta. Ocho años de historia caben en tres palabras cuando son las correctas.

Ese lo siento me llega hasta lo más hondo.

Mi padre es la persona que más admiraba cuando era pequeño. La que más necesitaba que me dijera que lo que había elegido valía la pena, que me conociera de verdad en lugar de conocer la versión de mí que él había planeado. Cuando me fui de casa pensé que me daba igual. Me dije durante años que me daba igual. Pero hay cosas que no se pueden decir en alto suficientes veces como para que dejen de doler.

Me falló. Pero yo también le fallé a él de maneras que no siempre me he permitido reconocer. Me fui sin darle la oportunidad de cambiar. Decidí que no iba a cambiar antes de que pudiera demostrarlo.

Todos nos equivocamos.

—Te quiero, papá.

Nos separamos. Él me mira a los ojos, esos ojos que son iguales a los míos, que Marta siempre dice que somos el mismo tío con veinte años de diferencia, y asiente.

—Mañana vas a ganar, Hugo. Porque te he visto boxear. Eres bueno. Mucho.

Me quedo quieto. No me lo esperaba.

—¿Me has visto?

—Todo lo que pude. Me mira. Odio el boxeo. Sabes que lo odio y que siempre lo voy a odiar. —Hace una pausa larga. — Pero eres mi hijo, Hugo. Que prefiriera otra forma de vivir para ti no significa que no esté orgulloso de lo que eres. Porque lo estoy. Y mucho. Y tardé demasiado en decírtelo. Lo sé. Y lo siento también.

Eso no lo esperaba. Que reconociera los dos lo siento a la vez. Que supiera que había dos cosas que pedir perdón, no solo una.

No sé cuánto tiempo llevo esperando escuchar eso. No lo había calculado nunca porque nunca pensé que lo iba a escuchar. Hay frases que necesitas y que llevas tanto tiempo sin recibir que ya ni las esperas, y cuando llegan no sabes si reírte o desmoronarte.

Me viene una ola de cosas mezcladas, rabia por el tiempo perdido, alivio de que esté aquí, el cansancio de los últimos días, Mía, el combate de mañana, ocho años de ganar sin que él lo viera, todo junto de golpe, y tengo que mirar hacia la ventana un segundo para que no se me note demasiado.

Pero creo que se nota de todas formas. Creo que los dos lo sabemos.

Nos damos otro abrazo. Cuando me giro veo a Marta llorando abrazada a Nico, con cara de estar contenta y triste al mismo tiempo. Mi madre está sentada en el sofá mirándome con la expresión que tienen las madres cuando llevan años esperando que algo pase y por fin pasa.

Es verdad que están siendo unos días de mierda. He dormido poco, me duele algo dentro que no sé cuándo va a dejar de doler, y mañana tengo que subir a ese ring con todo esto encima y hacer lo mejor que he hecho en mi vida. Con el corazón roto y el cuerpo cansado y la cabeza llena de ruido.

Pero tenerlos aquí me acaba de dar algo que no sabía que me faltaba. No tranquilidad, no tengo tranquilidad. Si no la certeza de que al otro lado del combate, gane o pierda, voy a tener un sitio donde caer.

Eso vale más de lo que parece.

Voy a ganarle a ese cabrón.

Por mí. Por Manu, que lleva años apostando por mí cuando no había razón obvia para hacerlo. Por mis padres, que por fin están en el mismo sitio después de ocho años. Por Marta, que nunca me pidió que eligiera, aunque sabía que les hacía daño a los dos.

Y quizás también, aunque no me lo permita del todo, por ella.

Aunque no lo sepa nunca.

30
MÍA

Estuve toda la noche sin poder dormir.

Cuando le vi la cara a Hugo. No sé, algo dentro de mí me decía que me estaba equivocando. Que la decisión que había tomado no era la correcta. Pero entonces llegaba la otra voz, la de siempre, la que lleva años instalada, y me decía que esa sensación era exactamente la trampa. Que me estaba dejando llevar por algo nuevo y bonito sin ver lo que había debajo.

Me dijo que Ana le había besado. Y podía haberme mentido, pero no creo que lo hiciera. No creo que hubiera pasado más allá. Parecía de verdad afectado. Y si todo lo que hemos vivido es una mentira, si todo fue para joderle a Mateo, entonces él debería estar mejor. No debería tener esa cara.

A menos que también estuviera fingiendo eso.

A menos que sea tan bueno fingiendo que no hay manera de saberlo.

Nadie me va a querer como Mateo. Esa es la realidad, me digo. Él y yo tenemos algo diferente, algo construido durante años, algo que no se improvisa. No le importa cómo sea mi físico. Alguien como Hugo puede estar con alguien mucho mejor que yo en todos los sentidos, y en algún momento lo haría. En algún momento me habría dejado de todas formas.

Mejor que sea ahora.

****

Eso me lo repito mucho. También lo intento creer.

Llego al gimnasio y veo a Elsa hablando con Mateo en la zona de recepción. Algo me duele dentro al verlos juntos, aunque haya sido él quien la haya dejado. Quizás me he equivocado. Quizás debería haberle preguntado a Hugo mis dudas antes de decirle lo que le dije.

Cuando me ven, Mateo sale corriendo hacia mí.

—Mía, preciosa. No me deja en paz. Sigo pensando en lo que te dije. Te necesito, Mía.

No sé si le creo. Pero somos el uno para el otro, eso es verdad, siempre lo hemos sido. Nadie me entiende como él. Siempre me lo ha dicho.

—Si quieres hablamos después del entreno.

—Claro. ¿Vienes a casa a hablar?

—No sé, Mateo.

—Es tu casa, Mía. Nuestra casa. Siempre lo ha sido. Te necesito ahí conmigo.

—Vale.

Sigo el día en la medida de lo posible. De vez en cuando miro el móvil sin querer. Quizás esperando un mensaje de Hugo que me diga que cambie de opinión, que insista un poco más. Me hubiera gustado que insistiera. Es que no me lo termino de creer del todo, si todo ha sido una mentira, miente de cojones. Porque lo que yo vi en sus ojos ayer cuando le dije lo de Mateo no parecía mentira.

Pero quizás soy exactamente la clase de persona que se deja engañar fácil.

Cuando es hora de irme y estoy en las duchas, inevitablemente me acuerdo de él. De cómo lo hicimos aquí. De cómo era tenerlo dentro, de cómo era tenerlo cerca, de lo bien que me hacía sentir en todos los sentidos, no solo el físico, sino ese bienestar raro de estar con alguien y no tener que explicarte, no tener que ganarte nada.

Borro todo eso. Es una ilusión. Era mentira.

Me lo repito tres veces bajo el agua. La cuarta ya no me la creo del todo, pero lo intento.

Estoy en el portal de mi antigua casa y se me arremolinan un montón de sentimientos que no esperaba encontrar tan juntos. La

primera vez que vinimos aquí. La ilusión con la que compramos los muebles, eligiendo cada cosa, discutiendo por el color del sofá como si fuera lo más importante del mundo. Cómo comíamos en el suelo al principio porque todavía no teníamos sillas y nos hacía gracia. De cómo nos entendíamos entonces. De lo feliz que era con Mateo en esos primeros años, antes de que todo se fuera complicando poco a poco.

Cuando llamo me abre con una sonrisa. Está guapo. Siempre lo ha estado y lo sabe, vaquero y camiseta negra, ese cuerpo suyo que lleva años en el ring y que se nota en cada movimiento.

—Te he preparado la cena. Tallarines con gambas. Tus preferidos.

—¿Y desde cuándo sabes tú cocinar?

—A partir de ahora todo va a cambiar si me dejas, Mía. Voy a intentar que todo sea como al principio.

Los tallarines le han salido realmente buenos. Me quedo mirando el plato un momento antes de empezar, sin saber muy bien qué hacer con lo que siento, una mezcla de ilusión y de algo más cauteloso que no termina de irse.

Hablamos de todo. De mi madre. Del viaje que teníamos planeado y que él quiere que volvamos a programar. De cómo estaban las cosas antes de que se rompieran. Mateo esta noche es el Mateo del principio, atento, presente, sin el móvil en la mesa, mirándome cuando hablo como si lo que digo importara. Y sé que puede ser real o puede ser una actuación, y el problema es que llevo tanto tiempo con él que ya no siempre distingo las dos cosas.

—Me alegro de que estés aquí. No sabes cuánto. Te necesito mañana a mi lado. Como siempre, nena. Tú y yo, Mía.

La final. Hugo. Va a ser difícil verlo ahí, sé que fui yo la que cortó lo que fuera que teníamos, pero Hugo sigue siendo importante de una manera que no sé cómo gestionar todavía.

—Siempre te he apoyado, Mateo.

—Lo sé. — Hace una pausa breve, tan breve que casi no la noto. — Sé que vas a competir y si lo necesitas te voy a ayudar. Pero, Mía, sabes que todavía no tienes el nivel para hacerlo. Hugo te lo decía porque quería verte hacer el ridículo, nena.

Ahí está. En medio de la cena más bonita que me ha preparado en seis años, en medio del Mateo del principio, aparece ese. El que sabe exactamente dónde darme. Lo hace tan rápido, tan dentro de una frase que parece de apoyo, que casi no lo noto. Casi.

Lo noto.

Y me callo. Porque si lo digo en voz alta tengo que admitir que lo he visto, y si lo admito me voy, y si me voy no sé a dónde.

—Bueno, ya hablaremos de eso. Hoy no me apetece.

—Tienes razón. Hoy me apetecen otras cosas.

Se acerca y me besa. Y yo espero las mariposas, las busco activamente, como si pudiera invocarlas, y no están. No del todo. Hay algo, sí, que es el cuerpo reconociendo lo que conoce, la memoria muscular de seis años. Mi cuerpo recuerda perfectamente el suyo. Se mueve con él. Entiende qué viene antes y qué viene después, dónde hay que tocar y cuándo hay que hacerlo.

Pero no es lo mismo que hace unas semanas con Hugo en el vestuario. No es la misma urgencia, no es la misma presencia, no es ese mirarme mientras lo hacemos que me descolocaba más que cualquier otra cosa.

No me permito terminar ese pensamiento.

Lo entierro.

Nos acostamos en la cama y tenemos sexo. No el mejor de mi vida, ni el segundo ni el tercero. Mateo lo está intentando, eso es verdad. Hay cuidado en cómo lo hace esta noche, una atención que no siempre estaba antes. Y yo me digo que las cosas tardan en recuperarse, que no se puede esperar que todo vuelva a ser lo de antes de un día para otro, que el primer paso siempre es el más difícil.

Cuando termina me abraza por detrás y yo miro el techo en la oscuridad. El piso huele igual que siempre, a su colonia, a la madera del parqué, a ese olor específico de un sitio donde has vivido mucho tiempo. Debería sentirme en casa. Debería sentir que he vuelto a donde tenía que estar.

No me siento en casa.

Me siento en un sitio conocido. Que no es lo mismo.

Hay gente que confunde las dos cosas toda la vida. Yo no quiero ser esa persona. Pero esta noche no sé cómo ser otra.

Mañana es la final.

Hugo va a estar en ese ring. Mateo también. Y yo aquí, en esta cama, sin saber si he tomado la decisión correcta o si me he equivocado de una manera que no voy a poder deshacer.

No duermo hasta muy tarde. Me quedo mirando el techo, escuchando la respiración de Mateo a mi lado, recordando todos los

años en que eso era suficiente. Todos los años en que no sabía que podía ser diferente.

Ahora lo sé. Y eso es lo que lo hace difícil.

Quizás si no lo supiera sería más fácil quedarse.

Y cuando por fin me duermo, sueño con un par de guantes rosas que nunca llegué a ver.

31
HUGO

La noche ha sido mejor que las dos anteriores.

He estado pensando mucho en todo lo que ha pasado. Y me he dejado llevar demasiado, lo sé. Me dejé llevar por algo que sentía de verdad, que es lo único que puedo decir en mi defensa, y salió como salió. Ahora lo único que existe es el cuadrilátero y yo.

Estoy en el vestuario preparándome. Negaría si dijera que no estoy nervioso, es la final, es el contrato, son años de trabajo, pero también hay algo diferente esta vez. Una calma por debajo de los nervios que no había tenido antes. Como si esta semana, con todo lo que ha pasado, me hubiera vaciado de todo lo que no era esencial. Solo queda lo importante.

—Tú puedes, cariño.

Oigo la voz de mi madre antes de verla.

—Mamá, ¿qué haces aquí?

—He hablado con la organización, les he explicado que vengo desde Sídney y me han dejado entrar.

Me río. No me lo esperaba y me río, y eso solo ya vale lo que vale.

—Eres mucho.

—Me alegro de verte sonreír, mi amor.

—Escúchame, mi vida. Lo vas a hacer lo mejor que puedas. Y si ganas, bien, y si no, pues también. Vamos a celebrarlo igual.

—Gracias, mamá.

En esto entra Manu como un loco.

—Venga, venga, tenemos que salir. ¿Qué hace tu madre aquí?

—Salgo, salgo — dice ella mientras me da un beso en la frente. Ese beso que sigue siendo el mismo desde que tenía cinco años.

Cuando mi madre abre la puerta para salir, al otro lado la veo.

A Mía. Entrando en el vestuario de Mateo.

El nudo que llevo en la garganta desde hace días se hace más fuerte. Pensaba que hoy estaría conmigo. He pensado demasiadas veces en eso, en que vendría antes, en que solo con saber que ella estaba ahí me habría valido. Me habría valido más que cualquier otra cosa. Pero ya está. Ella ha decidido. Y él ha ganado esa parte.

En el ring lo vamos a decidir nosotros.

Manu se da cuenta.

—¿Hugo, estás bien?

—Sí, Manu. Vamos a acabar con él.

—Ese es mi chico. Ha elegido mal, Hugo. Tenlo claro.

Sé que le jode decir esa frase porque piensa que ella era una mala elección desde el principio. Pero sabe que me importaba. Y lo dice igual.

Cuando salgo al ring el pabellón se cae.

No había visto tanta gente en toda mi vida. La gente corea mi nombre y yo intento que no se me note que estoy nervioso porque ahora eso no vale de nada. Busco entre el público a mis amigos, a Marta y Nico, y los encuentro en la tercera fila con las manos en alto. Y entonces busco a mis padres, a mi madre con gritando como una fan, y a mi padre, que está de pie y tiene una expresión que no le había visto nunca en toda mi vida.

Orgulloso. Mi padre está orgulloso.

Ver eso compensa en parte todo lo que he pasado esta semana. Todo lo que he pasado estos ocho años.

Intento no buscarla a ella. Pero quiero hacerlo. No lo hago.

Cuando estamos los dos en el centro, frente a frente, Mateo se acerca lo justo para que solo yo lo escuche.

—Te dije que era mía. Siempre lo fue.

No me cabrea. Tiene razón. Pero este combate es mío. Y se lo voy a demostrar.

El árbitro nos separa y nos manda a nuestras esquinas. Manu me agarra por los hombros y me mira a los ojos.

—Solo existe lo que pasa en este ring. Nada más. ¿Me escuchas?

—Te escucho.

—Mateo va a intentar presionarte desde el primer asalto. Quiere que te desconcentres. No le des lo que busca.

Suena la campana.

El primer asalto es exactamente lo que Manu me dijo. Mateo sale con intensidad, buscando marcar el ritmo desde el principio, obligarme a reaccionar en lugar de actuar. Tiene buenas piernas esta noche, más rápido de lo que esperaba, más suelto. El jab me llega dos veces en la guardia antes de que encuentre la distancia correcta. El tercero lo esquivo, contraataco, pero él ya no está ahí.

Me muevo. Círculos pequeños, salgo del eje, no dejo que me acorrale contra las cuerdas. Mateo tiene potencia de sobra para hacerme daño si me quedo quieto, y los dos lo sabemos.

El asalto termina parejo. Ninguno ha dominado. Eso es exactamente lo que él quería.

—Estás pensando demasiado — me dice Manu entre asaltos, pasándome agua. — Lee sus pies, no sus manos. Los pies te dicen adónde va antes de que él lo sepa.

En el segundo asalto empiezo a encontrarlo.

Mateo carga el peso hacia la derecha antes de lanzar el gancho izquierdo, un gesto pequeño, casi imperceptible, pero que se repite. La primera vez lo veo y no actúo. La segunda vez lo veo y finjo no haberlo visto. La tercera vez que carga, entro.

El directo le llega limpio. No es el golpe más fuerte que he dado en mi vida, pero es el más preciso de la noche. Mateo retrocede dos pasos y el pabellón explota.

Presiono. Combinación al cuerpo, sube, otro directo, me aparto antes de que el gancho dé respuesta me alcance. Me roza el hombro. Suficiente para recordarme que esto no está ganado.

El tercer asalto lo paga Mateo con intereses.

Ha ajustado. Ha visto lo que vio él también, que telegrafío el cruce de derecha cuando estoy en guardia alta, y lo usa. Un uppercut que no vi llegar me conecta en el mentón y por un momento el ring da una vuelta. No caigo. Me aferro a la distancia, muevo los pies, dejo que los segundos pasen hasta que la cabeza vuelve a estar donde tiene que estar.

El árbitro nos separa un momento. Me mira.

—¿Estás bien?

—Bien.

Mateo sonríe desde su esquina. Lo ha visto. Sabe que me ha alcanzado de verdad.

—El costado — me dice Manu cuando suena la campana. — Lleva tres asaltos sin protegerlo bien. Ha salido confiado y se está descubriendo. Cuando entres, entra ahí.

El cuarto asalto es el más largo.

Los dos sabemos lo que hay ahora. Mateo sabe que puede alcanzarme si me descuido. Yo sé que tiene el costado abierto. Es un combate dentro del combate, cada uno esperando que el otro cometa el error que está esperando.

Trabajo el cuerpo. Combinaciones cortas, sin arriesgar, acumulando. Mateo aguanta bien, siempre lo ha hecho, tiene una resistencia que no es común. Pero en el quinto asalto empieza a notarse el peso del trabajo acumulado. Los brazos le bajan un centímetro. Los pies se plantan un poco más.

Y entonces pienso en ella.

No quiero. No es el momento. Pero ahí está, la cara que puso cuando me dijo que volvía con él, las noches en mi cama, los guantes rosas en el maletero. Todo junto en un segundo que no me puedo permitir.

Mateo lo ve. Me presiona.

Un derechazo me alcanza en las costillas, exactamente donde llevo arrastrando el golpe de cuartos, y el dolor es agudo, real, del tipo que no te puedes ignorar. Me doblo ligeramente. Mateo carga otra vez.

—¡Muévete! — escucho a Manu desde algún sitio.

Me muevo. El gancho pasa por donde estaba mi cabeza hace medio segundo.

Respiro. Recoloco.

No. Este combate no lo pierde mi cabeza. Este combate lo gana mi cuerpo, y mi cuerpo sabe lo que tiene que hacer.

El sexto asalto lo decido yo.

Finjo el directo de derecha que sé que está esperando. Mateo reacciona, abre ligeramente la guardia para contraatacar. Y en ese hueco, en ese centímetro que se abre durante menos de un segundo, lanzo el gancho de izquierda que llevo tres asaltos guardando.

Limpio. Contundente. Sin margen de error.

Mateo va a las cuerdas. El árbitro entra. Presiono. Tres golpes seguidos, cuerpo, cuerpo, cabeza, y el árbitro para el combate.

El pabellón estalla.

Me quedo quieto un segundo en medio del ring. El ruido me llega desde muy lejos, como ese momento justo después de un golpe en el que el mundo todavía no ha terminado de volver a su sitio. Busco a Manu con la mirada. Está subiendo las cuerdas con esa expresión suya de alivio contenido, los ojos brillantes de una manera que no le había visto nunca.

—Eres mi puto campeón — me dice mientras me abraza.

El árbitro me levanta el brazo.

El pabellón sigue rugiendo.

Veo a mi padre entre el público. Está saltando. Está gritando algo que no escucho, pero que veo en su cara, ese orgullo que llevo años sin recibir y que ahora está ahí, sin condiciones, sin que nadie se lo haya pedido. Es el momento que llevaba esperando desde que tenía dieciocho años. Diría que estoy completamente feliz. Casi. Me hubiera gustado que ella estuviera conmigo. Que todo fuera diferente. Pero no se puede tener todo.

La busco. Ahora sí la busco.

La veo bajar corriendo las gradas. Me imagino que irá a ver a Mateo.

Marta y los demás me asedian cuando voy hacia el vestuario.

—¡Tenemos fiestón en la Jaula, campeón!

—¿Cómo que fiestón?

—He reservado la parte de arriba.

—¿Ahora?

—No, imbécil. Hace semanas. Siempre he sabido que le ibas a dar lo suyo a ese gilipollas.

Es una puta loca. Pero es mi loca. Miro a todos los que están conmigo y me siento feliz, o algo que se le parece. No puedo estar rodeado de gente mejor.

—Voy después de ducharme.

—Sí, te dejamos tu momento de spa.

Se ríe y me río.

Cuando por fin salgo de la ducha y estoy caminando hacia la salida, pasa.

Me la cruzo.

Intento no mirarla, no interactuar, seguir caminando. Pero cuando pasa a mi lado se detiene.

—Enhorabuena, Hugo.

La miro. Solo un segundo. Lo justo para ver que también le duele, que no está bien, que debajo de esa palabra hay algo que no ha podido decir de otra manera.

—Gracias — le digo. Y sigo caminando.

Como si me importara una mierda. Como si haberla mirado a los ojos no me acabara de romper un poco más el corazón. Porque tenía ganas de que ese enhorabuena fuera de otra manera. Porque pensé que todo iba a ser diferente y ya no lo va a ser jamás.

Cuando salgo a la calle cojo el móvil y busco la foto que tengo suya. En mi cama, dormida, con mi camiseta puesta. El pelo hacia un lado. Esos labios.

La miro por última vez.

Y la borro.

32
MÍA

Al finalizar el combate no sé lo que siento.

Me alegro por Hugo, la verdad. Lo ha hecho bien, se lo ha currado mucho.

He visto a Marta con unos señores, el hombre se parecía muchísimo a Hugo, la misma estructura, el mismo porte. Pensaría que era su padre si no fuera porque nunca le había visto boxear. Quizás han venido. Quizás algo ha cambiado ente ellos. Me alegro por él si es así.

Cuando levantan el brazo de Hugo bajo corriendo las gradas. Ahora Mateo me necesita. Era muy importante para él. Una parte de mí tiene miedo a lo que viene, lo he vivido muchas veces en estos seis años. No gestiona bien los fracasos, y cuando no los gestiona bien lo paga con los demás. Pero le quiero y sé que necesita que esté aquí.

Llego al vestuario y Raúl sale por la puerta.

—Mía, es mejor que esté solo. No está bien.

—Déjame entrar.

—Mía, por favor.

—Raúl, ya.

Se aparta. Me deja pasar, pero se queda cerca de la puerta.

Mateo está sentado en el banco con los brazos apoyados sobre las rodillas. Los ojos enrojecidos y el semblante duro. Ese semblante que

conozco demasiado bien.

—Mi amor, ¿qué tal estás? Estoy aquí, ¿vale?

Me empuja ligeramente para apartarme.

—¡Esto es todo culpa tuya! Si no anduvieras como una perra en celo detrás de él, dejándome como el culo.

—Mateo, por favor, relájate.

Su mirada es muy dura. No es la primera vez que vivo esto. Sé cómo funciona. Y aun así duele.

—¿Por qué no te vas corriendo con él? A ver si ahora te quiere cerca. Ahora que es el ganador deberías de ir a ver cómo te manda a la mierda.

—Estoy aquí contigo, Mate. Olvídate de él.

Se levanta y le da una patada al banco. El ruido resuena en el vestuario y yo doy un paso involuntario hacia atrás. Nunca me ha golpeado. Pero le he visto ser violento con las cosas muchas veces, y siempre hay una distancia entre lo que hace y lo que podría hacer que no sé medir bien.

—Pírate, Mía, no te quiero ver aquí.

—Voy a por agua. Ahora vengo. Te quiero — le digo desde el umbral.

Salgo a buscar a Celia. Necesito que alguien me diga que estoy haciendo lo correcto, o al menos que alguien esté ahí.

Hay mucha gente todavía en el pabellón. Veo a Elsa y a Laura con Nico hablando, parecen contentos. Hasta que por fin veo a Celia.

—¿Cómo está?

—Cabreado, pero bien.

—Mía, es mejor que lo dejes solo ahora. Ya sabes cómo se comporta. ¿Por qué no vienes con nosotros?

—Hay una fiesta ahora por Hugo, si quieres venir — dice Julián.

Algo se me clava dentro. Esa fiesta. Marta me la había contado, la organizó hace semanas, mucho antes de saber si ganaría. Confía en él locamente. Yo también lo hacía.

—Tranquilos. Voy a estar con Mateo.

En esto Marta pasa a nuestro lado con los señores que he visto antes. No me mira. Ni un segundo, como si no existiera.

—Juli, ¿vas a venir?

—Sí, vamos ya. ¿Verdad, Ce?

—Sí, sí.

—Perfecto, nos vemos allí.

Se van sin mirarme. Celia me da un abrazo y me insiste, pero ante mi negativa se va con ellos.

Me quedo sola en medio del pasillo con la gente pasando a mi alrededor.

Salgo y me quedo un rato fuera respirando el aire frío del pabellón. La gente pasa a mi lado con esa energía de después del combate, voces, risas, alguien que grita un nombre desde el otro lado del pasillo. Yo estoy quieta en medio de todo eso como una piedra en el río.

Pienso en Hugo. En su sonrisa cuando ganaba algo pequeño, de esas que no iban dirigidas a nadie en concreto. En cómo sonaba su respiración en mi oído por las noches. En la manera que tenía de mirarme cuando yo hablaba, como si lo que decía importara de verdad, como si yo importara de verdad. Verlo ganar me ha dolido de una manera que no sé muy bien dónde poner, no porque no quisiera que lo hiciera, sino porque había soñado muchas veces que lo hiciera estando a su lado. Celebrándolo con él. Siendo suya de una manera que ahora ya no puedo ser.

Pero lo elegí yo. Eso también es verdad. Nadie me ha obligado a estar aquí.

Pienso en lo que me espera al volver al vestuario. Lo conozco, sé cómo va a estar, sé lo que necesita, sé el orden exacto en que van a pasar las cosas. Llevo seis años aprendiéndome ese orden. Y aun así vuelvo, porque en algún sitio dentro de mí sigo creyendo que soy la única capaz de calmarlo, que si no estoy yo las cosas se pondrán peor, que quererle es exactamente esto, quedarse cuando es difícil, aguantar cuando duele, estar ahí, aunque cueste.

Eso me lo enseñó él. Y todavía no lo sé.

Cuando estoy cerca veo a Hugo de lejos y el corazón me da un vuelco. Huelo su olor mucho antes de cruzármelo, eso mismo que no debería seguir reconociendo.

Antes no iba a decirle nada, pero no sería justo.

—Enhorabuena, Hugo.

Se lo dije mirándole. Quizás esperaba que se parara. Quería abrazarlo. Quería darle la enhorabuena de verdad, aunque ya no seamos nada. Porque aun así me importa.

Pero él me dio las gracias andando, sin casi mirarme. Como si yo no fuera nada.

No sé qué pensar. Quizás está dolido. O quizás solo se acostó conmigo para joder a Mateo. Y lo consiguió. Fui fácil. Me pillé por él mucho antes de lo que debía.

Respiro una vez más y vuelvo adentro.

Mateo está casi vestido. Tiene mala cara, pero parece más calmado.

—¿Quieres ir a cenar algo rico? ¿Unas pizzas ahora que puedes?

—Vale.

Salimos de la mano. Tranquilos. El pabellón ya está casi vacío.

En la pizzería Mateo empieza otra vez.

—¿Te arrepientes de volver conmigo?

—No, Mateo. Me da igual que pierdas o ganes, ya lo sabes.

—Pero bien que te lo follabas a él.

—Coño, Mateo. No estábamos juntos. Y quiero recordarte que tú estabas con Elsa.

—Elsa quiere estar conmigo, Mía. Hugo no quiere nada contigo. Andaba diciendo que le daba asco follarte. Lo sabe todo el gimnasio.

Noto un pellizco en el corazón. Hugo no creo que dijera eso. No, aunque lo pensara. No es ese tipo de tío. Pero no le discuto. Estoy cansada de discutir.

Cenamos en silencio.

Cuando volvemos a casa me besa. Despacio al principio, y yo me dejo porque es lo que toca, porque estoy aquí y he elegido estar aquí. Pero entonces algo cambia en su forma de moverse. Algo se vuelve más brusco, más rápido, sin esperar.

—No tengas tanta prisa. No me voy a ir a ningún lado.

No me escucha. Sus dedos me agarran la muñeca y la retuercen ligeramente, solo lo suficiente para que sepa que no puedo soltarme.

—He dicho que no tengas prisa—repito, y esta vez mi voz tiembla.

Me suelta la muñeca, pero me agarra la nuca. Me acerca su cara.

—¿Me estás dando órdenes?

—No, solo digo que más despacio.

—Cállate.

Cuando me doy cuenta ya estoy solo con las braguitas puestas y él encima de mí con esa expresión que no reconozco del todo. No es deseo. Es otra cosa. Es hambre de poder.

—Date la vuelta.

—Mateo, por favor —le suplico

—Date la vuelta, he dicho.

Le hago caso. Porque cuando no le hago caso se pone peor. Lo sé por experiencia. Hay algo en su voz que hoy me da miedo. Un miedo diferente al de antes.

Me baja las braguitas de un tirón. La tela me roza la piel y me escuece. Y entonces empuja. Entra en mí de golpe, seco, sin nada que lubrique el camino. Me duele. Mucho. Un dolor agudo, inesperado, que me corta la respiración. Es como si me partiese por dentro.

—Mateo… para…—la voz me sale en un hilo.

No para. Se pone a moverse sin mirarme, sin preguntarme, con un ritmo mecánico, duro.

Cada embestida me corre un poco hacia arriba en la cama y él me agarra de la cadera para volver a bajarme. Como si fuera un objeto. Como si no estuviera ahí.

—Para. Me estás haciendo daño—digo más fuerte

—Cuando te la metía él no te quejabas tanto, ¿eh? — Su voz cerca de mi oído, caliente, asquerosa —Te voy a recordar de quién es este cuerpo.

Intento girarme, salir, ponerle las manos en el pecho para apartarlo. Me agarra las dos muñecas con una mano y las inmoviliza sobre mi cabeza. No puedo moverme. No puedo hacer nada.

—¿Adónde crees que vas?

Sigue empujando. El dolor es constante ahora, ya no es solo en la entrada, es dentro, es un ardor que sube por el vientre. Siento que algo me desgarra. Veo cómo cae un poco de sangre por mi pierna, manchando la sábana.

—Mateo, para, por favor. Me estás haciendo mucho daño. Estoy sangrando.

Él mira hacia abajo un segundo. No dice nada. Sigue empujando. Ni una palabra. Ni un gesto. Como si no hubiera visto nada. Como si le diera igual.

Empuja más fuerte. Más rápido. Dejo de quejarme. Ya no digo nada. Solo miro para el techo y me pongo a contar las grietas que hay para no estar aquí. Una, dos, tres. Mateo jadea encima de mí como un animal.

Quiero llorar, pero las lágrimas no salen. No entiendo qué está pasando. Sí lo entiendo. No quiero entenderlo.

Cuando termina, se queda dentro de mí un momento más, como si le gustara tenerme atrapada. Luego se retira y yo siento un vacío caliente y doloroso. Me gira como si fuera un muñeco y me empuja

hasta que estoy de rodillas frente a él. Me agarra del pelo, tira de mi cabeza hacia atrás.

—Abre la boca.

—Mateo, ya está. Por favor. Me has hecho mucho daño. Déjame.

—Abre la boca, he dicho.

No me atrevo a desobedecer. Abro la boca. Entra en mí de golpe, hasta el fondo de la garganta. Me dan arcadas. Las lágrimas sí salen ahora.

No puedo respirar. Intento apartar la cabeza, pero me tiene agarrada por el pelo, inmóvil. Sus caderas empujan contra mi cara una y otra vez. Pienso en que voy a ahogarme. Pienso en que igual no me importa.

Cierro los ojos.

Intento pensar en algo que me haga feliz para poder aguantar. Y todos mis pensamientos me llevan a él.

A Hugo.

A lo segura que me sentía cuando estaba con él.

A que nunca, ni una sola vez, tuve que decirle que parara.

33
HUGO

La fiesta es una locura.

Está lleno de gente. Toda la profesión, compañeros, gente del mundillo que aparece cuando ganas y que no recuerdas haber visto en los últimos meses. Todos menos Mateo, obviamente. Ese no es capaz de admitir cuando pierde. Debería estar contento. La tiene a ella. Yo hubiera preferido perder si eso implicara que estuviera conmigo, sin duda alguna. Pero así son las cosas.

No he tenido mucho tiempo para pensar porque ha venido gente a darme la enhorabuena sin parar. Autógrafos, fotos, conversaciones que empiezan y no terminan. Marta está en su salsa, ha organizado esto con semanas de antelación y se nota, está en todos los sitios a la vez con esa energía que no entiendo de dónde saca.

De vez en cuando pienso en Mía. En lo que me gustaría que estuviera aquí. En cómo sería tenerla a mi lado esta noche, celebrando algo que los dos sabemos que también es suyo de alguna manera, porque estuvo en los entrenos y en las noches antes y en todos los momentos en que la cabeza me iba a otro sitio y ella conseguía traerla de vuelta.

Pero no está. Y punto.

Veo a Elsa hablando con Raúl en la parte de atrás. Me mira y me sonríe y se acerca.

—Hola, campeón.

—¿Qué tal, Elsa?

—He estado mejor. Aunque ahora que estás tú cerca siempre se mejora la cosa.

—No me rompas la cabeza, anda.

—Echo de menos follar contigo. ¿Tú no?

No me he acostado con nadie desde Mía. Han pasado solo unos días, pero me parecen más. No sé si quiero hacerlo, o no lo sabía hasta este momento, en que Elsa se acerca demasiado y mi cuerpo responde al estímulo externo de una manera puramente mecánica que no tiene nada que ver con querer

—No es que esté para eso ahora, la verdad.

—Tampoco es que nos tengamos que casar, Hugo. Sexo es sexo.

Se acerca más. Tiene un cuerpo de escándalo, eso es la realidad, y sabe exactamente cómo usarlo. Su pecho contra el mío y mi cuerpo respondiendo a lo que hay delante, aunque mi cabeza esté en otro sitio. Que es exactamente el problema.

—Mejor en otro momento. Queda mucha noche.

Señala a los baños con los ojos.

—Venga, Hugo. A ti siempre te gustó el sexo fuera.

Acerca los labios a los míos y me besa. Me quedo quieto un segundo. No es Mía. Mi cuerpo lo nota de inmediato. Hay una diferencia que no es solo física, pero debería empezar a olvidarme de ella en algún momento. Así que la agarro de la mano y vamos.

Una vez dentro, todo es rápido. No hay besos largos, no hay miradas. Ella se pone de espaldas a mí apoyada en la puerta. Me bajo la cremallera. Ella se sube la falda.

Entro en ella sin rodeos. Está mojada, pero no es lo mismo. No es malo, pero no es lo que he tenido. Es mecánico. Sus gemidos suenan, pero no me dicen nada.

Me muevo dentro de ella con un ritmo constante. Ella apoya la frente en la puerta y empuja hacia atrás para encontrarme.

—Más fuerte — dice

Aprieto el ritmo. Mis caderas chocan con las suyas y la puerta vibra. Pienso en Mía. No quiero, pero pienso. En cómo era diferente. En cómo me miraba. En como decía mi nombre.

No debería estar pensando en ella ahora.

Elsa llega al límite primero, con un gemido contenido. La siento tensarse y luego relajarse. Sigo moviéndome hasta que me corro yo

también unos segundos después. Me aparto. Me recoloco la ropa. Ella hace lo mismo.

Me da un beso en los labios y sale primero. Yo me quedo un momento más pensando. Ha sido vacío y lo peor es que lo sabía antes de entrar.

Cuando salimos del baño Manu me mira desde el otro lado de la sala y niega con la cabeza.

Le hago un gesto encogiendo los hombros. Él esboza una pequeña sonrisa, esa sonrisa suya de ya sé lo que estás haciendo y los dos sabemos que no sirve de nada, pero allá tú. Que haga lo que quiera. Que me olvide de la otra. Eso es lo que quiere decir.

Tiene razón, claro. Hacerlo con Elsa no ha servido de nada salvo para confirmar lo que ya sabía, que hay una diferencia entre el cuerpo que quieres y cualquier otro cuerpo, y que esa diferencia no desaparece porque tú decidas que tiene que desaparecer.

Esta noche no me importa tener razón. Esta noche solo quiero que pase.

Me paso el resto de la noche firmando autógrafos, haciéndome fotos, hablando con gente cuyo nombre no voy a recordar mañana. Mi padre está en un rincón hablando con Marta y Nico, con una copa en la mano y esa expresión de alguien que lleva mucho tiempo sin estar en un sitio como este y no sabe muy bien cómo comportarse. Lo observo un momento desde lejos. Sigue siendo raro verle aquí. Bueno, pero raro.

Cuando volvemos a casa voy en el coche con mi madre. Mi padre va con Marta. Hoy vienen todos a dormir, mañana ya habrá tiempo para todo lo demás.

—Esa chica con la que te has ido al baño, ¿es la chica?

Me dice mi madre en cuanto cerramos las puertas.

—¿Me has estado vigilando?

—No, hijo. Pero quiero saber. Te veo mejor.

—No es ella.

—¿Es la novia del otro boxeador?

—De mi contrincante. Sí.

—Pero, Jesús, cariño, ¿en qué movidas te metes?

Me hace gracia cómo lo dice. Mi madre siempre dice lo que piensa, da igual lo que sea. No llega a procesar la información antes de soltarla, directa desde la cabeza a la boca, sin filtro. Lleva así toda mi vida y ya no me imagino a una madre diferente.

—Errores cometemos todos.

—¿Cómo lo llevas? No te hagas el fuerte conmigo, Hugo.

Miro por la ventana un segundo. Barcelona de noche, las luces, el tráfico. Esta ciudad que no era mía cuando llegué y que ahora sí lo es.

—Mal. Me ha jodido verla hoy, esa es la realidad. Hubiera preferido ser él. Perder y que estuviera conmigo.

Lo digo porque lo pienso. No lo había dicho en voz alta todavía y suena raro escuchármelo, más honesto de lo que estoy acostumbrado a ser.

—Cariño, es muy bonito eso que acabas de decir. — Mi madre me pone una mano en el brazo. — Cuando te rompen el corazón duele muchísimo, pero se acaba pasando. Y vas a conocer a una chica estupenda. Quizás esa del baño. Dime que por lo menos sabes su nombre.

Me río porque la cara de susto que pone es un espectáculo.

—Ella no va a ser eso, seguro. Pero conozco su nombre, tranquila. La conocía de antes.

—¿Hay algo que quieras hablar sobre eso, mi amor?

—No. Da igual, mamá. Lo eligió a él y ya está. Ni siquiera estuvimos mucho tiempo juntos, pero me importaba de verdad. — Pausa. — Ya está.

Lo repito porque necesito que se quede. Ya está. Ya está. Como si decirlo suficientes veces lo convirtiera en verdad antes de tiempo.

No funciona así. Pero lo intento de todas formas.

Mi madre no dice nada durante un momento. Se queda mirando al frente con la expresión de estar pensando algo que todavía no ha decidido si decir.

—¿Sabes lo que me parece a mí? — dice al final.

—¿Qué?

—Que no estás bien. Y que está bien no estar bien. No tienes que haberlo superado esta noche solo porque hayas ganado. Las dos cosas pueden estar pasando a la vez.

No le contesto. Pero la escucho.

—Estoy aquí para ti siempre, Hugo. En Sídney y en el infierno.

Se queda callada un momento y luego añade:

—Y si algún día quieres hablar de ella de verdad, aquí estaré. Sin juzgar nada.

Llevo años sin escuchar esa frase y la recuerdo perfectamente, me la decía cuando era pequeño, cuando perdía en los torneos juveniles

y volvía a casa sin querer hablar con nadie. Estoy aquí para ti siempre. En Sídney y en el infierno. Como diciéndome que no hay distancia que lo cambie, ni física ni de ningún otro tipo.

Llego a casa y todos se van a sus habitaciones. El piso está tranquilo por primera vez en días.

Me siento un momento en el sofá antes de acostarme. Pienso en todo lo que ha pasado en una semana. Hay semanas que duran más que otras. Esta ha durado lo que un año entero.

El silencio tiene un peso diferente esta noche. No el peso vacío de los últimos días, sino algo más denso y manejable. He ganado. Mi padre está en el cuarto de invitados. Mi madre acaba de decirme que está en el infierno conmigo si hace falta. Manu me ha enviado un mensaje que solo dice: Descansa, campeón. Que ya era hora.

Son las tres de la mañana y estoy bien. No del todo. Pero más que ayer, y eso es suficiente por esta noche.

Mañana seguirá doliendo. Dentro de una semana también, probablemente. No sé cuánto tarda en irse algo así, si es que se va del todo. Nunca había sentido esto antes, así que no tengo referencia.

Pero esta noche, por primera vez desde que Mía me dijo lo de Mateo, no siento que el mundo se haya acabado.

Solo siento que he ganado un combate.

Y que tengo dónde caer.

34
MÍA

Esta mañana Mateo se ha ido a correr.

No me he levantado de la cama todavía. Me doy asco y tengo ganas de llorar. Lo que pasó anoche no se me quita del cuerpo, está en la piel, en los músculos, en ese lugar donde el cuerpo guarda las cosas que la cabeza todavía no sabe cómo procesar. Me quedo mirando el techo hasta que el techo deja de tener sentido.

Llamo a Celia antes de que Mateo vuelva.

—Hola, Ce.

—¿Estás bien? Nunca llamas a estas horas, Mía.

—Creo que no.

—¿Qué te ha hecho? Debí insistir para que vinieras con nosotros.

—Todo está bien, Ce. ¿Qué tal la fiesta?

—Mía, no hagas esto, por favor. No pasa nada, ¿vale? Te has equivocado. Te ha manipulado para que vuelvas con él. Puedes irte de ahí ahora mismo si quieres. Te voy a buscar.

—Por favor, Ce. Ahora no. Háblame de otra cosa.

La oigo suspirar al otro lado.

—La fiesta bien. Muchísima gente. Incluso fue Raúl, cosa que me pareció bastante rara. ¿Hay algo que no sepa de eso?

—Ayer Mateo le dijo que no quería que lo entrenara más.

—Pues no es por mal, Mía, pero Mateo se está equivocando. Y déjame entrar en esa cabeza tuya por Dios. Sé que nunca me has contado todo lo que pasaba con él. Me he hecho la tonta, pero Mía…

La puerta.

—Tengo que colgar.

Y cuelgo antes de que pueda terminar la frase.

Me vuelvo a meter debajo de las sábanas. Como si eso pudiera protegerme. Solo de pensar en que puede querer tener sexo conmigo me da un asco que no sé dónde poner. Me quedo quieta, respirando, contando los segundos hasta que escucho sus pasos por el pasillo.

Entra en la habitación sin llamar.

—¿Vas a dormir todo el puto día? Aparte de no tener tetas, ¿quieres estar gorda? En serio, vete a entrenar, por Dios.

Debería callarme. Sé que debería callarme.

—Deja de insultarme, joder.

—¿A qué llamas insultar, Mía? Es una realidad. Te quiero, nena, pero Elsa te daba mil vueltas en físico.

Me duele. Mucho. Esas palabras en ese orden, con esa facilidad. Tengo ganas de vomitar. Ya no contesto más.

Cojo la bolsa y me voy al gimnasio.

Cuando llego está todo el mundo ya dentro. Hoy no tengo clase con las niñas así que empezaba más tarde. Cuando estoy en el vestuario está Elsa hablando con Laura. La veo y la miro sin poder evitarlo, ese cuerpo suyo, esa seguridad que tiene en el espacio que ocupa.

—¿Quién te ha comido así el cuello, cabrona? — le dice Laura.

—Hugo. Ayer.

—Es verdad, joder, os vi entrar en el baño.

Termino de cambiarme y salgo. Necesito salir. Hugo se ha vuelto a acostar con Elsa. Con ella, que fue con Mateo, que me hizo daño, que está aquí como si nada hubiera pasado. Me duele de una manera que no tengo ningún derecho a que me duela y eso lo hace todavía peor.

Cuando estoy buscando a Raúl con la mirada, Elsa me agarra del brazo.

—Mía, ¿podemos hablar?

No tengo nada que hablar con ella. Nada.

—¿De qué?

—Es por Mateo. Sé que estabas con él y lo que hice no estuvo bien. Pero me gustaba.

—Y ahora te gusta Hugo. Debemos tener gustos parecidos, Elsa.

—Ni que fueras su novia, tía. Me he acostado con él muchas veces. No sabía que te iba a molestar.

—Me da igual. Acuéstate con quien quieras.

—Vamos a estar en el mismo equipo. Voy a empezar con vosotros y no quiero movidas.

Tiene que ser una mentira. Raúl no me haría esto sin decirme nada.

—Sé trabajar con gilipollas, si es tu duda.

—De verdad, Mía, no sé qué te ven.

Paso. Me doy la vuelta y voy al despacho de Raúl.

—Ahora resulta que tenemos a Elsa en el equipo. ¿En serio, Raúl?

—Estaría bien que llamaras antes de entrar.

—¿Qué quieres de mí, Raúl?

—Necesito competidoras, Mía. Es buena boxeadora. Muy buena, diría yo.

—Yo voy a competir.

—A ver si es verdad.

—¿Qué estás queriendo decir?

Se apoya en la silla y me mira de una forma que no tiene nada de cruel y que duele más que si lo fuera.

—Que si has vuelto con él, ya sé cuál es el siguiente paso. Lo he vivido muchas veces, Mía. Yo no puedo ayudarte si tú no quieres. Y está claro que ahora mismo no quieres.

Salgo. No puedo más. No sé cómo gestionar esto, no sé qué coño estoy haciendo, no sé quién soy en este momento ni dónde empieza una decisión y termina el miedo.

Cojo el móvil y hago algo que pensé que no tendría narices de hacer nunca.

Llamo a Hugo.

Descuelgan al segundo tono.

—¿Qué coño haces llamando a mi hermano?

Marta.

—Marta… solo necesito hablar con él un momento.

—Ni de coña. No vuelvas a hacerlo.

Lo oigo a él por detrás, esa voz suya que reconocería en cualquier sitio.

—¿Quién era, enana?

—Nadie. Se habían equivocado.

Y me cuelga.

Me quedo con el teléfono en la mano en medio de la calle. Su voz, aunque fuera de lejos, aunque fuera solo dos palabras que no iban dirigidas a mí, consigue calmar algo en el pecho que llevaba horas apretado. Que se haya acostado con Elsa me ha dolido. Pero no tengo derecho a nada. Todo es culpa mía.

Me intento relajar. Vuelvo a entrar, doy las clases que tengo pendientes y entreno un poco. No vuelvo a hablar con Raúl. No me apetece discutir más esta tarde.

A la hora de irme cojo la bolsa y salgo. Y cuando todavía estoy pisando la acera la veo.

Marta. Apoyada en el edificio de enfrente, con los brazos cruzados y una expresión en la cara que no necesita palabras.

—Hola, Marta.

—No vas a hacerlo. ¿Me oyes?

—¿El qué?

—Mandaste a la mierda a mi hermano a tres días del combate más importante de su vida. — Le tiembla un poco la voz, pero la sostiene. — Me da igual lo que pienses. Me da igual por qué lo hicieras. Me da igual todo.

—Marta…

—Escúchame, Mía. Elegiste mal. Ahora quédate con él. Olvídate de mi hermano y no me hagas volver aquí.

Tiene razón. Me equivoqué, y no porque Mateo perdiera el combate, sino porque desconfié de Hugo cuando no debía. Porque volví a entrar en la rueda y no me han hecho falta más que unos días para darme cuenta de todo lo que perdí.

—No tienes que estar preocupada. Lo de hoy no va a volver a pasar. No voy a volver a llamarle nunca, Marta. Te lo juro.

Me mira un momento. Busca algo en mi cara, no sé qué, si es mentira, si es manipulación, si soy el tipo de persona que su hermano necesita o el tipo de persona que le hace daño.

—¿Ha sido todo para joderlo? ¿Era algún tipo de juego? Manu ya lo avisó desde el principio.

—¿Qué? No. Lo que tuve con él fue de verdad. Todo.

Se ríe. No es una risa con gracia.

—Ya. Pues haberlo pensado antes. — Hace una pausa. — Mía, mi hermano es lo más importante que tengo. Y tú le hiciste daño en el peor momento posible. Eso no se olvida fácil.

Me entran ganas de llorar. Muchísimas. Porque tiene razón en cada palabra, porque lo dice desde un lugar de amor que yo entiendo, porque ojalá alguien me hubiera querido así a mí cuando lo necesitaba.

—Tranquila, Marta. Me olvidaré de él. No tienes que preocuparte por mí.

Se da la vuelta y se va sin decir nada más.

Me quedo sola en la acera mirando cómo dobla la esquina.

Le tengo envidia sana. Marta sabe exactamente a quién quiere y qué haría por él, y ha venido hasta aquí a decírmelo a la cara sin importarle lo que piense de ella. Eso es querer bien.

No voy a volver a acercarme a Hugo. No después de esto, no de esta manera.

Tengo que salir de esto yo sola.

35
HUGO

Mis padres se van mañana por la mañana. Han estado al final un par de semanas y aunque en otro momento me hubiera agobiado muchísimo el tener gente en casa todo el día, me ha venido genial. Los voy a echar de menos, sobre todo a mi madre.

Estoy metiendo las cosas que han comprado en una maleta cuando aparece mi padre por detrás en la habitación. El piso huele distinto desde que están aquí, a la colonia de mi madre, a ese café que hace mi padre demasiado cargado, a algo que no sé nombrar, pero que reconozco de cuando era pequeño. Mañana ya no va a estar. Me doy la vuelta y lo veo parado en el marco de la puerta con un gesto que no termino de reconocer. Nos miramos un segundo sin decir nada. Ocho años caben en ese segundo de una manera que no esperaba.

—Lo siento muchísimo, hijo.

—Papá, no pasa nada. Entiendo que querías lo mejor para mí. No estoy enfadado contigo. Quizás lo he estado, pero ya hace mucho que no.

—Claro que pasa, Hugo. No he sabido ver el hijo que tenía. — Se le quiebra la voz.

—Papá, en serio.

—Hugo, no solo eres buen boxeador, porque eso lo has demostrado con creces y no voy a dar lecciones yo de eso. Eso

siempre lo he sabido. Pero además te has convertido en un gran hombre y yo me lo he estado perdiendo.

Me acerco a él y lo abrazo fuerte. Huele igual que siempre, a jabón y a algo más oscuro que no sé identificar, pero que llevo toda la vida conociendo. De esos abrazos que al principio son torpes, de alguien que lleva demasiado tiempo sin saber cómo hacerlos, y luego más fuertes. Como si recordara.

—Voy a ser mucho mejor boxeador de lo que soy ahora.

—Lo sé. — Hace una pausa. — He visto todos tus combates desde que te viniste a Barcelona. Manu me los grababa y me los pasaba cuando no los retransmitían.

Me separo un poco de él. Lo miro. Tiene más arrugas de las que recordaba alrededor de los ojos, el pelo más gris, las manos más grandes de lo que me parecían cuando era pequeño y él era el hombre más alto del mundo.

—¿Manu?

—Sé que es como un padre para ti, hijo. Y hemos estado en contacto todo este tiempo.

Me quedo quieto un momento procesando eso. Manu. Puto Manu, que lleva años diciéndome que debería llamar a mi padre y sin decirme nunca que le estaba pasando los combates. Que me dejó creer que estaba solo cuando no lo estaba del todo.

—Sabes que si me hubieras llamado lo hubiéramos arreglado, ¿verdad? Nunca te he odiado, papá. Solo quería que estuvieras orgulloso de mí.

—Siempre lo he estado, Hugo. Incluso cuando no te lo parecía.

—Pues disimulabas de puta madre. — Se me escapa entre risas y él también se ríe, y es la primera vez que lo oigo reírse así desde que era pequeño. Tiene la misma risa que yo. No lo había pensado nunca.

—Soy muy cabezón, ya lo sabes. Y de verdad que lo siento. Pero estoy muy orgulloso de ti. No sabes cuánto.

—Gracias, papá. ¿Y mamá sabía que me veías?

—Tu madre no lo sabía al principio, pero una vez me pilló viendo un combate y tuve que contárselo todo.

—Y desde entonces los vemos todos juntos — dice mi madre desde detrás.

Me giro. Lleva quién sabe cuánto tiempo ahí, con esa expresión de quien ya sabía cómo iba a acabar esto y ha tenido la paciencia de

esperar a que llegáramos solos. Tiene los ojos brillantes, aunque intenta disimularlo.

—Joder, os voy a echar mucho de menos.

Les doy un abrazo conjunto, los tres juntos, y algo que llevaba años tenso en algún sitio que no sé identificar bien se suelta de golpe. Mi madre huele a su perfume de siempre. Mi padre me aprieta el hombro antes de soltarme, ese gesto suyo de cuando no sabe cómo decir las cosas con palabras.

Cuando estoy conduciendo hacia el aeropuerto el coche huele a la colonia de mi madre y a los cruasanes que ha comprado para el viaje, aunque le he dicho mil veces que en el avión dan de desayunar. Mi madre empieza con el último interrogatorio del viaje.

—Bueno, cariño, ¿y hay alguien?

Veo por el retrovisor cómo mi padre arquea las cejas y niega con la cabeza.

—Te gusta el salseo más que a los de la tele.

—Ni te imaginas — dice mi padre.

—Hay una chica que me gusta, pero es complicado. La estoy conociendo todavía.

—¿Complicado cómo?

—Complicado y punto, mamá.

Ella no insiste. Me mira por el retrovisor con expresión de ya lo sé todo, aunque no me hayas contado nada, y yo vuelvo los ojos a la carretera. El sol de Barcelona entra por el parabrisas con esa luz de mañana que todavía no calienta del todo.

Barcelona pasa por las ventanas. El aeropuerto ya se ve a lo lejos.

Pienso en Mía un momento, sin buscarlo. En que sigue estando ahí, aunque no debería, en que verla pasar a su lado me resulta extraño de una manera que no sé cuándo va a dejar de serlo. Al fin y al cabo, siempre fueron ellos dos. O eso es lo que me digo.

No siempre me lo creo.

36
MÍA

Han pasado ya unas semanas desde la visita de Marta.

He conseguido pensar menos en Hugo. Ya solo lo hago cuando Mateo se enfada y me grita, o cuando me quedo sola en casa en silencio, que últimamente es bastante. Son los dos únicos momentos en que la cabeza va a donde no debería, y los dos tienen en común que estoy sola con algo que duele y necesito pensar en otra cosa.

El entrenamiento del torneo va bastante bien. He intentado bajar el hacha de guerra con Elsa porque vamos a ir las dos y las dos vamos con Raúl, y no tiene ningún sentido gastarse la energía en odiarla. No va a ser mi amiga nunca, hay demasiada historia en el medio para eso, pero a decir verdad me parece maja cuando no está en medio todo lo demás.

Aunque estoy dudando si realmente debería ir.

Mateo me dice que me cambie a su entrenador, Sergio, que Raúl me come la cabeza y que solo quiere que haga el ridículo al lado de Elsa. Porque Elsa es mucho mejor que yo. Probablemente sea verdad, Raúl no nos ha puesto a sparrear juntas, y no creo que sea porque tengamos miedo de tirarnos de los pelos. Creo que es porque sabe que el resultado no me haría ningún bien en este momento.

Hoy he quedado con Celia a comer en el bar vegetariano. No había vuelto desde lo de Hugo. Desde el baño. Pero tengo que ir superando

esto, ya ha pasado casi un mes, y hay cosas a las que no puedes seguir poniéndoles fecha de caducidad indefinida.

Cuando estamos sentándonos veo a Elsa con Hugo en una mesa al fondo.

No puede ser verdad.

He intentado no pensar en él, y verlo ahí, en el mismo sitio que estuvimos, me hace sentir algo que no sé gestionar. Quizás ahora están juntos de verdad. Si lo están tendré que verlo con ella, y no sé si quiero o si lo soportaré, y el hecho de que no quiera me dice algo sobre mí que todavía no estoy lista para mirar de frente.

—Mía, vas a contarme cómo está lo de Mateo. La verdad, no las mentiras edulcoradas que siempre me cuentas. Quiero que me digas las cosas. No te voy a juzgar. Si quieres estar con él, voy a estar contigo. Y si no, te voy a ayudar.

—No sé, Ce. Estoy confundida. Me sigo acordando mucho de Hugo. ¿Tú crees que fue todo mentira?

Lo digo en alto por fin, siento que me quito algo que llevaba semanas pensando yo sola.

—¿Crees que Hugo estuvo contigo para desconcentrar a Mateo?

La miro y no digo nada.

—¿Piensas eso? Dios mío, tía, ese tío te ha comido la cabeza muchísimo más de lo que pensaba.

—Celia.

—Mía, por Dios, claro que no. Se le veía jodido en la fiesta de la final, y estaba claro que era por ti. Nunca me he metido en lo tuyo con Mateo, pero eres lista, Mía. Te está manipulando.

—Para estar triste se folló a Elsa.

Lo digo sin pensar porque no me lo quito de la cabeza.

—¿Y? Joder, Mía, eres mi amiga, pero lo dejaste por el tío con el que combatía la final. Tenía derecho de hacer lo que quisiera. Yo me hubiera acostado con todo el que pudiera.

—Sí, sé que es culpa mía.

—¿Sigues sintiendo cosas por él?

Pausa.

La pregunta se queda en el aire más tiempo del que debería. Más del que me gustaría.

—Estoy enamorada de Mateo.

Celia me mira y niega con la cabeza. No dice nada durante un momento, como si estuviera decidiendo si seguir empujando o

dejarlo estar. La conozco desde los seis años, sé cuándo está mordiéndose la lengua y cuándo ha decidido que no vale la pena. Esta vez es lo segundo. Al final elige otra cosa.

—¿Qué tal el torneo? ¿Cómo vas?

—Creo que no voy a hacerlo, Ce. Las dos sabemos que no tengo nivel para eso. Y ahora que Elsa está en el equipo, al menos Raúl no se queda sin nadie.

—No, no, no.

—Me da igual cómo te pongas, Ce. No quiero dejar el apellido de mi padre por los suelos.

—Eso es idea de Mateo, no tuya, Mía. Deja de permitirle que te maneje como a una muñeca, porque no lo eres, coño.

—Odias a Mateo, pero no todo es culpa de él.

—No lo odio a él. Odio lo que hace contigo.

Nos quedamos en silencio. Por la ventana del bar puedo ver la acera, la gente pasando, Barcelona haciendo lo que hace siempre sin preguntar si alguien está bien. En algún momento Celia me pone la mano encima de la mía encima de la mesa sin decir nada. Me quedo mirando esa mano, sus uñas pintadas de azul, ese anillo que lleva siempre en el índice desde que se lo regaló su abuela, y pienso que lleva años siendo la persona que más me quiere de una manera constante y sin condiciones. Y que yo llevo igual de años sin contarle las cosas de verdad.

—Ce.

—Cuando quieras hablar, aquí estoy. Sé que piensas que te voy a juzgar, pero no lo voy a hacer. Estaré aquí cuando quieras. Sin prisa.

Asiento. No digo nada más. A veces eso es lo único que se puede hacer.

****

Vuelvo al gimnasio, Raúl está en el despacho con la pizarra llena de notas. Cuando abro la puerta me mira.

—Pasa.

—Raúl, no voy a competir.

No grita. No niega. Casi ni se inmuta, se queda quieto un segundo, con el rotulador en la mano, como procesando.

—¿Estás segura, Mía?

—Quedan quince días. Si dejas de entrenar ahora probablemente pierdas todas las posibilidades de ganar nada.

—Estoy segura.

Se acerca a la pizarra y borra mi nombre de todos los entrenamientos. Uno a uno. Es un gesto pequeño y me duele más de lo que me esperaba.

—Raúl… podemos seguir entrenando, ¿no?

—Mía, cuando acabe el torneo te volveré a entrenar. Ahora necesito el tiempo con Elsa.

—Claro. No hay problema.

Pensé que se iba a enfadar. Que me iba a montar un pollo espectacular, que iba a sacar el tono de cuando habla en serio, que iba a decirme todo lo que piensa de Mateo y de esta situación y de lo que estoy haciendo con mi vida. Pero no hace nada de eso. Solo me mira un segundo antes de girarse otra vez hacia la pizarra.

—Y si no te importas tú a ti misma, Mía. ¿A quién coño le vas a importar?

Lo dijo así, casi para él. Como si no fuera para mí, como si se lo dijera a la pizarra. Y quizás por eso duele más.

Salgo sin contestar.

Paso por delante de la tienda de boxeo que está cerca de casa. En el escaparate están los guantes que llevo meses mirando cada vez que paso, rosas con el borde blanco, del modelo que siempre quise. Mi padre me dijo que me los regalaría cuando fuera a mi primer torneo profesional. Que serían el regalo de ir. No de ganar, sino de ir.

Nunca le conté eso a nadie.

Hasta que se lo conté a Hugo. No sé ni por qué lo hice, salió solo, una noche, sin que nadie me lo preguntara. Ni a Mateo ni a Celia ni a mi madre. A él. Porque con él todo era mucho más fácil.

Sigo caminando.

Llego a casa y Mateo está tumbado en el sofá con el teléfono en la mano.

—¿Qué horas de llegar son estas, Mía? Hazme la cena, que me tengo que dormir.

—He dejado el torneo.

Levanta la vista.

—Menos mal que has entrado en razón por fin. Deberías dejar a Raúl también.

—Quizás lo haga.

Preparo la cena intentando no pensar en nada de lo que ha pasado hoy. En los guantes en el escaparate. En Raúl borrando mi nombre, uno a uno, sin dramatismo, que es lo que más duele. En Celia mirándome con esa expresión de querer decirme algo que sabe que no voy a escuchar.

Pongo el arroz. Corto la cebolla. Escucho a Mateo cambiando de canal en el sofá.

Pienso en lo que me dijo Raúl antes de que me fuera. Y si no te importas tú a ti misma, Mía. ¿A quién coño le vas a importar? Lo dijo en voz baja, casi para él, y quizás por eso se me ha quedado más que si me lo hubiera gritado. Las cosas dichas en voz baja a veces llegan más lejos.

Sirvo la cena. Mateo come sin mirarme.

Los días pesan más cada vez.

Y yo sigo cargando con ellos sin saber cuánto tiempo más voy a poder.

37
HUGO

Hoy, cuando estaba recogiendo las cosas para el cambio de coche, he visto los guantes rosas.

Siguen en el maletero donde los metí aquella noche, envueltos en la bolsa de la tienda, sin abrir. Los he mirado un segundo y algo se me ha removido dentro, no lo mismo que antes, no esa cosa aguda que cortaba, sino algo más sordo y manejable. Como cuando te tocas un moratón y ya no duele igual.

La verdad es que últimamente me acuerdo menos de ella. Ya siento que el sexo con otras también funciona, que sonreír vuelve a ser fácil, que hay mañanas en que me levanto y no es lo primero en lo que pienso. Eso hace unas semanas me habría parecido imposible. Ahora es simplemente el lunes.

No digo que esté olvidado. Digo que ya no duele igual. Que hay una diferencia entre cargar algo y cargarlo sin poder soltar. Poco a poco estoy aprendiendo a hacer lo primero.

Me he estado acostando de vez en cuando con Elsa. Es una tía que me atrae y con quien no hay ninguna complicación, los dos sabemos lo que es y los dos nos va bien así. Había pensado que podía ir a más, pero hace una semana Julián me presentó a Sara. Amiga suya de cuando eran pequeños, rubia, ojos verdes, un metro setenta de energía que no para quieta. No solo es preciosa, es una pasada de

chica, de las que hacen que quieras quedar al día siguiente, aunque hayas dicho que ibas a tomártelo con calma.

Hubiera quedado con ella todos los días desde el principio, pero me frené. No quería que me pasara lo mismo que con Mía, ese engancharse demasiado rápido, ese dejar que algo ocupe demasiado espacio antes de saber si puede sostenerlo. Con Sara voy más despacio. Lo estoy eligiendo conscientemente. Y la diferencia entre hacer algo por precaución y hacerlo por miedo no siempre es tan clara como me gustaría, pero de momento funciona. Sara, que yo sepa, no tiene un ex de ese calibre ni esa historia detrás. Eso ayuda.

O al menos eso me digo.

Hoy he ido a comer con Elsa para decirle que voy a intentar empezar algo serio con Sara. No me gusta jugar con nadie y la he estado llamando de vez en cuando, así que lo correcto era ser claro. Pensé que se lo iba a tomar a mal, pero creo que para ella esto era exactamente lo mismo que para mí. De lo cual me alegro sobremanera.

La acompaño hasta el gimnasio. Sé que quizás vea a Mía y prefería no hacerlo, hoy desde que he visto los guantes he estado un poco sensible con el tema. Pero entonces pienso que quizás lo mejor es dejarlos aquí, con Raúl, para que se los dé a ella. Podría regalárselos a otra, a Sara, por ejemplo, aunque a Sara no le gusta el boxeo, pero esos guantes los compré para Mía. Aunque ya no seamos nada, son suyos.

Voy al coche a cogerlos. Miro la hora, sé que Mía tiene entrenamiento ahora, así que no me la voy a encontrar. Llego al despacho de Raúl.

—Hola, Raúl.

—¡Coño, el campeón! ¿Qué haces aquí? ¿Manu se jubila?

Sonrío, este tío siempre me ha caído genial, no sé cómo pudo entrenar al imbécil de Mateo.

—Sabes que serías mi primera opción, pero no. Solo quería que le dieras una cosa a Mía.

Me mira fijamente.

—Pero… pensé que ella y tú…

—No, no. No he vuelto a verla ni a hablar con ella. Pero era un regalo que tenía para ella y creo que lo mejor es que se lo quede.

—Hugo, no sé lo que pasó exactamente, pero Mateo la tiene muy…

—No quiero nada con Mía, Raúl. No es eso. Es que me contó una vez que su padre le dijo que le regalaría unos guantes para su primera competición. Y como iba a hacerlo, los compré. No pude dárselos. Solo es eso.

Raúl me mira un momento más de lo necesario. Luego niega con la cabeza.

—Nunca me lo había contado. — Pausa. — Pero quédatelos, Hugo. No va a competir.

—¿Cómo que no va a competir? Le hacía muchísima ilusión, se notaba que era lo que más le apetecía del mundo.

—Y me da la sensación de que va a dejar de entrenar conmigo también. — Hace una pausa. — Igual no debería pedirte esto, pero si tú hablaras con ella quizás podrías hacerla entrar en razón.

—Lo siento, pero no. Solo quería dárselos y punto. Yo con Mía no quiero volver a hablar.

—Lo entiendo, Hugo. Pues dáselos a otra.

—A mi chica no le gusta el boxeo. Y si se los doy a cualquier otra igual se monta algo. Así que nada, déjalos ahí y regálaselos a quien quieras.

—Está bien, Hugo. Me alegro de que te vaya bien. Te lo mereces, chaval.

—Serás mi entrenador cuando Manu se jubile. Lo sabes.

Me dirijo a la puerta y me voy.

Mía no va a competir. Lo pienso mientras bajo las escaleras y ese pensamiento no se va. No es mi problema. Ya no lo es y no debería serlo. Pero me acuerdo de cómo hablaba del torneo en esas noches en mi cama cuando hablábamos de todo y de nada, esa ilusión que tenía y que intentaba disimular como si mostrarla fuera un riesgo. Como si querer algo demasiado lo pusiera en peligro.

Entiendo eso. Yo también lo hago a veces.

Y algo en eso me pesa de una manera que no esperaba.

Hay cosas que no se van del todo, aunque quieras.

****

He quedado con Sara en la Jaula. Entro y la espero en una mesa de la zona central, Marta viene después y así nos verá bien. Me alegra que se lleven bien. Marta tardó un poco en abrirse con ella, que es lo habitual, pero cuando lo hizo no hubo vuelta atrás.

Estoy algo nervioso porque llevamos semanas programando un combate con uno de los mejores boxeadores de mi categoría a nivel mundial, y a veces el síndrome del impostor aparece en el momento más inoportuno. Manu dice que es buena señal, que el día que deje de ponerme nervioso es el día que pierda el respeto al deporte. Manu tiene razón en casi todo, aunque cueste admitirlo.

Cuando la veo entrar me olvido del combate y del síndrome del impostor y de casi todo lo demás. Lleva un vestido azul y esa manera suya de entrar en los sitios como si ya supiera dónde va antes de llegar. Se acerca y me besa.

—Llevas cara de estar pensando demasiado — me dice.

—¿Se nota tanto?

—Siempre.

Estamos un buen rato hablando tranquilos. Luego nos ponemos un poco intensos, como solemos hacer, y llevamos tan poco tiempo liándonos que a veces parece que nos tuvieran que desenganchar.

Es bueno. Sara es buena, de verdad que lo es. Es fácil estar con ella de una manera que hace mucho que no era fácil con nadie. Y yo me alegro de estar aquí.

Me alegro de verdad.

Aunque cuando vuelvo a casa esa noche y paso por delante del maletero ya vacío, pienso un segundo en los guantes que he dejado en el despacho de Raúl. En que los compré una tarde sin que nadie me lo pidiera, pensando en ella, pensando en que le haría ilusión.

Y en que ella no va a competir.

Y en que eso no debería importarme tanto como me importa.

Pero me importa.

38
MÍA

Últimamente casi no salgo de casa, no me apetece mucho.

Mateo controla bastante lo que hago y con quién quedo, aunque nunca lo llama así. Lo llama preocupación. Lo llama querer saber que estoy bien. Lo llama amor. Y yo durante mucho tiempo no supe distinguir entre las dos cosas, entre el amor que cuida y el amor que ata, porque nadie te enseña esa diferencia hasta que ya la estás viviendo. Hoy ha ido a una cena con los de su nuevo equipo, así que he aprovechado para quedar con Celia y Julián, los dos primeros en preguntarme sin que yo tuviera que decir que necesitaba salir.

Estamos en la Jaula y por primera vez en meses estoy bebiendo alcohol. Me hace una falta que no lo sabe nadie. Tampoco quiero emborracharme, pero unas cervezas de vez en cuando no hacen daño a nadie, y esta noche necesito algo que suavice los bordes.

Voy a buscar una ronda y cuando vuelvo hacia la mesa veo a Hugo.

Está en una mesa del centro con una chica. Se están besando de una manera que no deja lugar a interpretaciones. Intento que no se me note que se me acaba de clavar algo dentro porque estoy llegando a la mesa, pero he debido de disimular mal.

—Hostia. No sabía que estaban aquí — dice Julián mirando hacia donde se iban mis ojos.

Miro a Celia.

—Hugo está saliendo con una amiga de Julián, Mía. No te he dicho nada porque pensé que todavía no era el momento de que lo supieras.

Está saliendo. Tiene novia. Intento decir algo, pero no sé qué. Se miran entre ellos con expresión de haber metido la pata.

—Pensaba que te daba igual, Mía. ¿No estás bien con Mateo? —me pregunta Julián.

—Sí, claro. Me da igual. Que esté con quien quiera, solo faltaba.

Cojo la botella y me bebo medio botellín de golpe. Porque no, no me da igual, ni siquiera un poco.

Ellos intentan hablar de otra cosa y yo también, pero los ojos se me van irremediablemente hacia ellos. Veo cómo la mira. Cómo le sonríe. Es la misma mirada que tenía conmigo, o que yo creía que tenía, y verla dirigida a otra persona con esa misma facilidad hace algo en mi pecho que no sé cómo llamar. Y aunque me duele un montón, me alegro de verdad por él. Hugo se merece estar bien.

De repente la chica mira hacia nosotros y saluda a Julián. Es guapa, mucho, y parece agradable, hacen buena pareja. Él se levanta.

—Voy a saludar, ¿vale?

—Puedes ir tú también, Ce. No pasa nada. Os espero aquí.

—¿Segura?

—Sí.

Mientras ellos van, me bebo la cerveza entera. Miro de reojo. Marta está con ellos, riéndose de algo, completamente en su sitio. Quizás lo único que sobraba ahí siempre fui yo. Y por eso ahora todo encaja.

No debería irme, pero cojo mi abrigo y me voy.

Cuando voy caminando hacia casa me llega un mensaje. Seguro que es Celia.

📱 ***Celia:*** *Joder, Mía, te dije que me quedaba, tía.*

📱 ***Mía:*** *Me llamó Mateo. No era por eso. ¡Te quiero!*

Le contesto y guardo el móvil en el bolsillo. Pero antes de llegar al portal me llega otro mensaje. De alguien que no me esperaba.

Elsa.

📱 ***Elsa:*** *Mía, sé que no nos soportamos, pero vete al Caudel. Hazme caso.*

En otro momento habría pasado de ella. Pero qué coño se me habrá perdido a mí ahí. Hay algo que me dice que vaya y voy porque me queda de camino.

Cuando entro veo a algunos compañeros del nuevo equipo de Mateo. Mi cabeza empieza a unir cabos sin que yo le haya dado permiso.

No lo veo por ninguna parte.

La gente me mira. Ponen caras. Nadie dice absolutamente nada. Veo a Elsa de lejos, al lado de la puerta del baño. Me señala con los ojos hacia dentro.

Entro.

Y los oigo. A Mateo y a Laura. Gimiendo.

Me quedo quieta un segundo. Solo un segundo. Luego cojo el móvil, entro con él en la mano, y casi sin mirar hago una foto. Para no olvidarme nunca. Para no volver jamás. Para tener algo concreto que mirar el día que mi cabeza intente convencerme de que lo estaba imaginando.

No voy a permitir esto más.

Cuando salgo corriendo de ese bar no estoy rota por Mateo. Mentiría si fuera así, sería más fácil si lo estuviera, más limpio, más comprensible. Estoy rota porque me ha dolido más ver a Hugo con esa chica besándose en la Jaula que a mi novio acostándose con mi compañera en el baño de un bar. Y eso me dice algo que no puedo seguir ignorando.

Subo corriendo a casa y cojo mis cosas lo más rápido que puedo. Lo esencial, ropa, el cargador, el neceser. Lo que se coge cuando no piensas volver pronto. Mientras lo hago me tiemblan un poco las manos, no de miedo sino de algo parecido al alivio. Como cuando llevas mucho tiempo aguantando algo y por fin lo sueltas.

Me miro un segundo en el espejo del baño antes de coger la bolsa. Tengo ojeras, el pelo recogido a toda prisa, cara de haber llorado sin haberlo hecho todavía. Pero estoy de pie. Sigo de pie.

Mi padre me enseñó eso. El aire entra, el aire sale, tú sigues de pie.

Cuando bajo está Elsa en la puerta. No me esperaba que estuviera, cuando salí del baño me vine casi corriendo a casa.

—Mía…

No tiene cara de condescendencia, tiene cara de pena, de que me entiende.

—Gracias, Elsa. Gracias de verdad.

—Siento lo que pasó. Nunca debí permitir que te ninguneara así. No era la primera vez que me acostaba con él cuando nos viste en el vestuario. Yo no soy así, aunque lo pienses, me gustaba mucho y me enamoré de él. Aunque sé que fue un error horrible.

—Me hiciste mucho daño, Elsa.

—Lo sé y lo siento, Mía. No te conocía y me dejé llevar por él.

—Sé cómo hace, sé cómo manipula.

—Siento que estés así otra vez. Cuando lo vi, lo único que pensé fue que tenía que decírtelo. No te mereces que te trate así.

—Ojalá fuera por Mateo, Elsa. Pero no es por él.

—Hugo.

—Sí. Hugo.

—Mía, está saliendo con una chica. Parece ilusionado con ella. Lo siento.

—Los he visto hoy también tranquila. Está siendo un día muy genial.

Me mira un momento.

—¿Quieres que tomemos algo?

En otro momento le habría dicho que no. Ni de coña. Pero joder, ya que estamos.

—Vamos.

Cuando estamos en el bar, Elsa me cuenta. Todo. Las cosas que Mateo le ha hecho a ella, y que coinciden punto por punto con las que me lleva haciendo a mí durante años. Años de maltrato psicológico y hasta físico. Violaciones escondidas detrás de sexo duro que no lo era. Insultos escondidos en sinceridad. El mismo manual, aplicado a personas diferentes, con la misma precisión.

Lo escucho y algo se asienta en mi interior. No es sorpresa, no me sorprende ninguna de las cosas que me está contando, y eso en sí mismo dice algo. Es reconocimiento. Es la sensación de escuchar tu propia historia en boca de otra persona y entender por primera vez que no eras la única, que no estabas exagerando, que no te lo estabas inventando.

—Hugo estaba enamorado de ti, Mía. Quizás no es lo mejor que puedes escuchar ahora, pero no estaba contigo por joder a Mateo. Lo conozco.

Estaba, duele más de lo que esperaba.

—Se acostó contigo en la final. ¿No?

—Sí. Pero porque yo insistí. Quería demostrarme que era mejor que tú, Mía. Lo siento.

—¿Crees que lo estaba de verdad? ¿Enamorado?

—Sí, Mía. Mucho.

Me quedo callada un momento. Hay algo en escuchar eso dicho en voz alta, por alguien que le conoce desde otro ángulo, que lo hace más real que nada que me haya dicho a mí misma estas semanas.

—Yo también lo estaba. Pero Mateo me manipuló hasta un punto en que me parecía imposible que le gustara alguien como yo pudiendo estar con quien quisiera.

—Venga, Mía. Eres preciosa. No digas gilipolleces.

Que ella me diga esto vale mucho, Mateo convirtió a Elsa en mi rival, hizo que la odiara que plasmara mis inseguridades en ella. Y ella me está diciendo que soy guapa, que soy suficiente.

Le escribo un mensaje a Celia.

Mía: *He pillado a Mateo follando con otra. Duermo en tu casa. Estoy tomando algo con Elsa. Voy después. Te quiero mucho, Ce.*

Y así, hablando con la única persona con quien jamás pensé que tendría esta conversación, me doy cuenta de todas y cada una de las palabras que me dijo para que dudara de mí. De cómo las construyó. De cuánto tiempo llevan ahí, plantadas, creciendo sin que yo lo viera.

O sin que me dejara verlo.

Hay una diferencia entre las dos cosas. Esta noche, por primera vez, sé cuál es.

Y sé de qué lado he estado yo todo este tiempo.

A veces no sabes que eres la víctima hasta que escuchas tu propia historia en boca de otra persona.

39
MÍA

Tal como era de esperar, cuando Celia recibió mi mensaje me llamó como una loca y apareció donde estábamos. Con Julián, por si necesitaban separarnos.

La cara que puso cuando nos vio, a mí y a Elsa tomando cervezas con mis dos mochilas en el suelo, partiéndonos de risa y llorando a ratos, fue lo mejor de toda la noche. Se quedó en la puerta del bar con los ojos abiertos como platos, mirando alternativamente a Elsa y a mí como intentando encontrar la explicación lógica y no encontrándola. Julián le dijo algo al oído. Ella siguió sin entenderlo. Al final se sentó y cogió una cerveza sin decir nada.

Dormí bastante bien para la nochecita que había tenido. Pero ha valido la pena.

Cuando llego al gimnasio por la mañana, lo primero que hago es entrar en el despacho de Raúl.

—Voy a competir.

Veo cómo levanta la cabeza del móvil y se pone de pie despacio.

—¿Qué?

—Que necesito que me entrenes porque voy a competir.

—¿Y lo que me dijiste?

—Me equivoqué, Raúl. No estoy con Mateo. Lo he dejado ayer. Y no voy a volver con él jamás. De pocas cosas estoy tan segura en la

vida.

Raúl me mira un momento. Buscando algo en mi cara: si es de verdad, si va a durar, si esta vez es diferente. Y supongo que encuentra lo que necesita ver, porque suspira.

—Le he dado tus horas a Elsa, Mía. No se puede estar entrando y saliendo de las cosas. No eres una cría. Tendrás que entrenar sola. Me alegro de que hayas decidido dejarlo, lo sabes, pero ahora mismo no puedo quitarle las horas a ella.

—De acuerdo. Lo haré. Lo entiendo perfectamente. Pero me gustaría que vinieras conmigo al combate.

Suspira. Asiente casi sin querer. Y eso ya es suficiente.

Va a ser mucho más complicado sin Raúl al lado, pero lo haré. Y voy a hacerlo bien. La voz de Hugo aparece en mi cabeza sin que yo la haya llamado —eres la mejor, Mía — y la dejo estar un momento antes de volver al saco.

Cuando estoy entrenando veo a Elsa y a Raúl en el ring. Me da envidia sana, ella es muy buena, lo sé, y seguro que lo hace genial. Antes de irme me acerco.

—Has mejorado mucho esa técnica, cabrona.

Ella me sonríe.

Raúl nos mira a las dos alternativamente con expresión de no entender nada.

—¿Esto de qué va? ¿Ahora resulta que sois amigas?

—Los enemigos comunes son los que más amistades han sembrado en la historia — le digo.

Raúl se ríe y niega con la cabeza.

Después de ducharme voy a salir cuando Raúl me llama desde el despacho.

—Mía. Elsa me ha dicho que te devuelva tus horarios. Si los quieres, son tuyos.

Me detengo en la puerta.

—Sé que lo hice mal, Raúl. Lo sé. No veía lo que Mateo hacía conmigo. Y eso no me exime de culpa. Me encantaría que me entrenaras, pero quiero que lo decidas tú.

—Me alegro de que veas la verdad por fin, pequeña. Tu padre estaría muy orgulloso de ti.

Eso me llega de una manera que no esperaba. Me quedo quieta un momento con esas palabras dentro. Mi padre. Lo que diría, lo que pensaría, si pudiera verme ahora, no cuando estaba con Mateo, sino

ahora, esta mañana, entrando en este despacho a decirle a Raúl que voy a competir. Creo que eso le habría gustado más.

Trago saliva.

—Siento no haberte escuchado. He perdido muchas cosas por culpa de esto, Raúl. No quiero perderte a ti.

—A mí no puedes perderme, ni ahora ni nunca. — Pausa. — ¿Lo dices por Hugo?

—Sí, me equivoqué con él.

—Deberías decírselo.

—No. Se sentiría culpable, como si me debiera algo, y no me debe nada. Se merece ser feliz. Es la mejor persona que conozco.

Raúl me mira un momento.

—Eres buena persona, Mía. Por eso Mateo se aprovechaba de ti. La gente como él se aprovecha siempre de personas como tú.

Suena el teléfono. Es Celia, que ha venido a recogerme.

Le doy un abrazo rápido a Raúl, de esos que no necesitan decir nada porque ya lo dicen todo.

—¡Mañana a las diez entreno entonces!

—Sí, pequeña.

Cuando llego al coche Celia tiene cara de preocupación. Cuando me ve, su semblante se relaja un poco.

—¿Estás bien?

—Mejor que nunca.

Seguimos el camino en silencio, solo con la música de fondo. No necesitamos hablar. A veces estar con alguien que te conoce de verdad significa exactamente eso, no tener que llenar el silencio. Celia lleva años siendo eso para mí. Y yo he pasado demasiado tiempo sin dejarle del todo entrar.

—Ce.

—¿Qué?

—Gracias. Por todo. Por no haberte ido, aunque yo hiciera méritos para que lo hicieras.

—Eres mi persona, Mía. Eso no se negocia.

Cuando llegamos al restaurante veo a mi madre de lejos con cara de preocupación. Mateo ha debido de llamarla. La conozco.

—Hola, mamá.

—Hola, mi amor. ¿Qué ha pasado, cielo? Mateo me ha dicho que has malentendido las cosas que han pasado…

No digo nada. Cojo el teléfono. Abro la foto. Y se la enseño sin decir nada.

Sus ojos se abren despacio. La boca que tenía cerrada se entreabre. Se queda mirando la pantalla con esa expresión de alguien al que le acaban de cambiar el suelo bajo los pies.

—Cariño…

—Mamá, Mateo es un maltratador. Me lleva manipulando años. Y a ti diría que también. La foto no es falsa porque la hice yo.

—La gente se equivoca.

—Elisa, Mateo ha maltratado a Mía de muchas maneras. Tienes que dejar de defenderlo — le dice Celia con una calma que la hace más contundente que si gritara.

Mi madre abre la boca para decir algo y la cierra.

—Hay algo que ni siquiera os he contado a vosotras. Porque hasta que hablé ayer con Elsa no lo había pensado de esta manera. — Pausa. — Creo que me ha violado varias veces.

Silencio.

—¿Qué coño dices? Vamos ahora mismo a denunciarlo — dice Celia.

—Ahora mismo no voy a hacerlo. Pero quiero a ese tío lejos. Que nadie me hable de él y mucho menos lo acerquen a mi vida.

Mi madre tarda un momento. Veo cómo lo procesa, los años que le ha querido, todas las veces que me dijo que lo dejara y luego cambiaba de opinión, todo lo que yo nunca le conté porque pensaba que no me iba a creer. La veo frágil de una manera que no la había visto nunca, como si todo lo que sabía de Mateo se estuviera cayendo en tiempo real.

Al final me coge la mano.

—Te pido perdón, Mía. Por no haber visto más. Por haberte dejado sola en esto sin saberlo.

No le digo que no pasa nada, porque sí que pasó. Pero le aprieto la mano.

Me dice que me acompaña a la policía cuando yo quiera. Que cuando esté lista. Que va a estar ahí.

Cuando llego a casa de Celia esa noche me siento bien por primera vez desde hace mucho tiempo. Desde que estaba con Hugo, si soy honesta. Y me gusta sentirme así. Me gusta reconocerlo.

Hago algo que sé que no debería hacer. Cojo la camiseta que me dio de la bolsa, la que cogí sin pensar cuando recogí mis cosas, y me

la pongo.

Oler a él es lo que más en calma me pone.

Todavía.

Y eso, esta noche, no me da miedo. Me recuerda que hay cosas que no se borran, aunque quieras, y que no siempre hace falta borrarlas.

40
MÍA

Estoy con Elsa, es el día más difícil que recuerdo en mucho tiempo. No iba a venir. Celia me ha insistido muchísimo en que debería denunciarlo.

—Sé que te ha hecho muchas más cosas de las que me has contado, Mía—me dijo entre lágrimas.

Y tiene razón.

Llevo diez minutos parada delante de la puerta sin ser capaz de entrar.

No es que no sepa lo que hay dentro. Es que una vez que entre ya no hay vuelta atrás, ya no es algo que pasó y que cargo sola, sino algo que existe en un papel, con mi nombre y el suyo y todas las fechas y los detalles que he pasado años intentando no pensar demasiado.

Elsa está a mi lado. No me dice nada, no me mete prisa. Ella también mira la puerta.

—¿Tú ya lo tenías claro? —le pregunto.

Se queda un momento callada.

—No. Pero llegó un punto en que tenerlo claro dejó de importar.

La miro. Hay algo en su cara que reconozco desde dentro, esa cosa que te deja una relación así, esa manera de estar en guardia incluso cuando no hay nada de lo que guardarse. Nunca pensé que me vería reflejada en Elsa. Nunca pensé que Elsa estaría aquí.

—Gracias por venir conmigo —digo.
—Tú también vienes conmigo —responde.
Entramos juntas. Pero cada una entra sola a su sala.

****

Estoy en la sala con el policía cuando empezamos a describir la denuncia. Me siento con las manos en el regazo, sola, y es la primera vez que siento de verdad lo que significa estar aquí.

—Necesito que sea específica, señorita. Esto va a ir por violencia de género, cuanta más información y pruebas tenga, mejor.

—Ha habido maltrato de muchísimas maneras. Puedo empezar por maltrato psicológico, insultos, faltas de respeto continuadas. Tengo conversaciones en las que se puede comprobar.

—Claro, pásemelas y las imprimimos.

Las manos me tiemblan cuando saco el teléfono. No llegué a borrar las conversaciones con Mateo. Algo dentro de mí sabía que algún día las necesitaría.

—¿Violencia física? ¿Sexual?

—De ambas. Sexual no hace mucho, solo unos días. Me obligó a mantener relaciones sexuales con él. No es la primera vez. Probablemente tengo el informe médico de urgencias de una vez anterior.

—¿Usted le dijo que no?

—Sí.

—¿Y usted siguió con él?

Ahí estaba la pregunta. La que siempre me había hecho a mí misma sin atreverme a responderla del todo.

Nunca pensé que yo estaría en una relación así. Siempre había creído que la gente que se quedaba era por falta de amor propio, por soledad, por no saber lo que valía. No es eso. No es tan sencillo. No eres dueña de tus propios pensamientos porque la otra persona ha pasado años construyendo exactamente esa ceguera, te ha anulado tanto como persona que no comprendes que el mundo pueda ser diferente fuera de ahí. Que pueda ser mejor. Que puedas merecer mejor.

—Sí. Por miedo. Las represalias solían ser peores. Primero era muy cariñoso, me perseguía, me pedía perdón. Y después volvían los insultos, los golpes, las violaciones.

El policía escribe sin levantar la vista. Yo sigo hablando.

Estuvimos en la comisaría más de una hora relatando todas y cada una de las escenas de maltrato físico y verbal al que me había sometido Mateo durante seis años. Los empujones contra las puertas a los que yo no le daba importancia. Los objetos que me tiraba cuando se frustraba. Las noches en que me quedaba quieta esperando que pasara porque era más fácil que intentar parar algo que no tenía forma de parar.

Cuando termino estoy agotada de una manera que no tiene que ver con el cuerpo.

El policía me mira por primera vez desde que empezamos.

—Ha sido muy valiente, señorita.

No sé qué responder. Asiento con la cabeza y me levanto.

Elsa todavía está dentro. Me siento en un banco del pasillo con las manos en el regazo y la espalda recta, mirando la pared de enfrente sin ver nada.

He dicho todo en voz alta.

Llevo años cargando con eso dentro, guardándolo, minimizándolo, encontrando maneras de hacer que cupiera en un sitio donde no pesara tanto. Y ahora está fuera. En un papel. Con fechas y detalles y mi firma al final.

No me siento liberada. Todavía no. Me siento vacía de una manera rara, como cuando terminas de llorar y el cuerpo todavía no sabe que ya ha parado.

Pienso en Celia diciéndome entre lágrimas que fuera. Pienso en mi madre, que no sabe que estoy aquí y que algún día tendré que contárselo. Pienso en Hugo, no sé por qué pienso en Hugo, o quizás sí lo sé.

Al otro lado de la puerta se oye la voz de Elsa, baja y tranquila. No entiendo las palabras. Solo el tono, el tono de alguien que ha decidido no romperse aquí dentro.

Yo tampoco me he roto.

Eso también importa.

Cuando Elsa sale la miro a la cara buscando algo que me diga cómo está. Tiene los ojos brillantes, pero no ha llorado. O si ha llorado ya lo ha guardado.

Salimos a la calle sin decir nada.

Barcelona sigue igual que antes, el ruido, la gente, el sol de mediodía que no le pregunta a nadie cómo está. Me parece extraño

que todo siga en su sitio cuando yo siento que acabo de mover algo muy grande de lugar.

Nos quedamos un momento paradas en la acera.

—¿Cómo estás? —me pregunta Elsa.

—No lo sé todavía. ¿Tú?

—Tampoco.

Nos miramos. Y entonces Elsa hace algo que no esperaba, se ríe, bajito, con los ojos todavía brillantes.

—Menuda mierda de mañana.

Me río yo también. No porque sea gracioso sino porque a veces la risa es lo único que queda cuando ya has usado todo lo demás.

—Venga —dice—. Te invito a un café.

Echamos a andar juntas por la calle y yo pienso que hace unos meses odiaba profundamente a Elsa. Y ahora mismo es la única persona en el mundo que entiende exactamente lo que acaba de pasar aquí.

A veces la vida te da las personas que necesitas de las maneras más raras.

41
MÍA

Llevo dos semanas entrenando para el combate y noto que me estoy volviendo adicta a esto.

No es solo el boxeo, siempre me ha gustado el boxeo. Es esto específicamente, esta versión de entrenar donde el único que me dice lo que tengo que hacer es Raúl y el único criterio que importa es si estoy mejorando. Sin nadie mirando por encima del hombro. Sin tener que calcular si volver a casa a una hora determinada o justificar por qué he tardado tanto. Solo el saco, los guantes, y Raúl en la esquina diciéndome que baje la guardia.

—Más rápido. No te relajes ahora que estás bien.

Lanzo otro jab y siento el impacto subir por el brazo hasta el hombro. Los pulmones me queman un poco, llevamos ya bastante rato, pero no me permito parar. Hay algo en ese punto en que el cuerpo empieza a quejarse y tú decides seguir que me parece lo más honesto que existe. El cuerpo no miente. El cuerpo solo sabe lo que hay.

—Bien. Descansa.

Me apoyo en las cuerdas y bebo agua. Raúl me mira con la expresión de estar calculando algo que no me va a decir todavía.

—El sorteo sale la semana que viene. Hay una chica, Nuria Valdés, que lleva siete años compitiendo. Si te toca en cuartos va a ser muy

complicado.

—¿Cuánto de complicado?

—De los que te hacen trabajar de verdad.

Lo acepto y no digo nada más porque Raúl no me está diciendo que no puedo, me está diciendo que voy a tener que hacerlo bien. Hay una diferencia enorme entre las dos cosas y hace no mucho no la veía.

Cuando salgo del gimnasio tengo cuarenta minutos hasta la cita con Diana, así que voy andando. Barcelona en noviembre tiene esa luz de final de tarde que lo pone todo un poco dorado y un poco triste al mismo tiempo. Me gusta caminar sola por la calle. Me gusta saber adónde voy.

La sala de espera de Diana es blanca y huele a algo neutro, sin nombre. Siempre que entro aquí noto que los hombros me bajan un poco, como si el sitio le dijera al cuerpo que puede soltar. Celia insistió tanto en que viniera que al final fue imposible no hacerle caso. Me alegro. No se lo he dicho todavía, pero me alegro.

—¿Cómo llevas los entrenamientos? — me pregunta Diana cuando me siento.

—Bien. Mejor que bien, la verdad. Es de las pocas horas del día en que no pienso en nada que no sea lo que tengo delante.

—¿Y fuera del entrenamiento?

Me quedo un momento quieta.

—Todavía hay pensamientos intrusivos. Muchas veces me digo a mí misma que para qué voy a competir si no tengo ninguna posibilidad. Que no soy suficiente.

—¿De dónde viene esa voz?

No hace falta pensarlo mucho.

—De él.

Diana no dice nada. Sabe cuándo hay que dejar que las cosas se asienten.

—Fui a comisaría hace diez días — digo. — Elsa vino conmigo. Ella también denunció.

—¿Cómo te sentiste después?

—Culpable. — La palabra sale sola, sin que la haya buscado. — Sé que no tiene ningún sentido. Sé que hice lo correcto. Pero cuando llevas años con una persona que te convence de que todo es culpa tuya, esa lógica no desaparece de un día para otro solo porque hayas

salido. Se queda dentro. Sigue funcionando, aunque tú ya no quieras que funcione.

—Eso es exactamente lo que es el maltrato psicológico, Mía. No es que no lo vieras. Es que él construyó durante años exactamente esa ceguera.

Lo escucho y algo se asienta un poco más. No es que no lo supiera, lo he pensado muchas veces, pero hay algo distinto en escucharlo dicho en voz alta por alguien que no tiene ningún interés en protegerme de la verdad.

—¿Y Hugo? — pregunta Diana. — La semana pasada dijiste que seguías pensando en él.

—Pienso menos. Pero sigue estando ahí la culpa también. — Hago una pausa. — Cuando estaba con Mateo mi cabeza no tenía espacio para nada más que sobrevivir. Y Hugo apareció justo en medio de todo eso, y yo no supe qué hacer con alguien que me trataba bien. Me parecía imposible que fuera real.

—¿Y ahora?

—Ahora sé que era real. Y eso es lo que duele, un poco, saber que era real y que lo eché.

Diana me mira un momento.

—Lo que hiciste con Hugo no fue un error tuyo, Mía. Fue el resultado de años de alguien trabajando para que no te creyeras capaz de recibir algo bueno. No es lo mismo.

Salgo a la calle cuando ya está oscureciendo. Hace bastante frío, respiro despacio, una vez, dos, dejando que los pulmones se llenen del todo.

Pienso en el torneo. En Nuria Valdés con sus siete años de experiencia. En el saco esta tarde y en cómo pesaban los brazos y en que no paré.

Sigo de pie.

Mi padre me enseñó eso, el aire entra, el aire sale, tú sigues de pie. Hace mucho que no lo recordaba sin que doliera. Esta noche, por primera vez, lo recuerdo y casi me da ganas de sonreír.

Casi.

42
HUGO

Estoy preparando el combate contra Kirkav y está siendo mucho más duro de lo que estoy acostumbrado.

Mateo es unas risas en comparación con ese cabrón. Kirkav tiene quince años de carrera internacional, una defensa que parece hormigón armado, y la capacidad de absorber golpes sin perder el ritmo que solo da pelear de verdad durante mucho tiempo. Manu lleva semanas con cara de no dormir bien. Yo también llevo semanas entrenando con más intensidad de la habitual, entrando antes, saliendo después, tratando de convertir la preparación en algo que no deje espacio para pensar en nada más. Funciona mientras estoy en el ring. Fuera ya es otra historia.

Manu me mira desde el borde del cuadrilátero con esa cara de saber exactamente cuánto me queda en el cuerpo, aunque yo intente disimularlo.

—Ven un momento, Hugo.

Manu me hace una señal desde el borde del ring. Algo en su tono me dice que no es sobre el combate.

—¿Te has enterado?

—¿De qué?

—De lo de Mateo.

—No. ¿Qué le pasa? Aunque de ese tío cualquier cosa me puedo creer.

—Elsa y Mía lo han denunciado. Por varias cosas. Entre ellas violación.

Me quedo quieto.

—¿Qué? ¿Pero qué dices?

—Le han quitado el puesto en el torneo. Está en prisión provisional. Pasó hace unos días, pero hablé hoy con Raúl y me contó toda la historia. Como sé que te llevas bien con Elsa pensé que igual querías hablar con ella.

—Sí, claro. Hablaré con ella después. Gracias por decírmelo.

—Hugo. Mía está bien. Sé cómo eres y sé que te estás sintiendo culpable. Pero no es tu culpa.

—Lo sé. Solo que quizás debería haber visto más.

—No deberías nada. Solo quería decírtelo yo antes de que te lo dijera nadie.

—Gracias, Manu.

Se queda un momento más, como decidiendo si añadir algo.

—Quizás prejuzgué a esa chica, Hugo. Quería a su padre y no me gustó cómo actuó, pero viendo todo esto… ella no era más que una marioneta de él. Mateo llevaba años construyendo eso.

—Ese tío siempre fue un pirado.

—Bastante tuvo que aguantar la pobre chica. — Pausa. — Ala, largo, campeón.

Al salir de entrenar he quedado con Sara, pero lo primero que hago es llamar a Elsa.

—Ey. ¿Cómo estás?

—Te has enterado, me imagino.

—Me ha contado Manu. ¿Cómo te encuentras?

—Está todo bien, Hugo. Simplemente, ese cabrón te entra en el cerebro y te manipula hasta que consigue todo lo que quiere. Es impresionante, de una manera muy enfermiza.

—Me lo imagino. Lo siento de verdad. Ojalá te hubiera podido ayudar antes.

—No lo vi claro hasta que conocí a Mía.

—¿Qué?

—Vi a Mateo acostándose con Laura y la avisé. Hablamos esa noche. Y entiendo por qué te gustaba tanto… es muy buena chica.

Me duele un poco oírla decir eso. Porque Mía me gustaba mucho, eso es verdad, siempre lo ha sido.

—¿Ella está bien?

—Sí. Es una tía muy fuerte. Aguantar eso seis años. Es una campeona.

Sara se acerca, me saluda y me besa en la mejilla.

—Veo que ya ha llegado tu chica. Hablamos, Hugo.

Cuelgo y dejo el teléfono en el bolsillo. Sara me mira sabiendo que algo pasa, pero no pregunta hasta que yo quiera contarlo. Lleva ahí de pie sin decir nada desde que ha visto que cogía el teléfono, y cuando cuelgo simplemente se acerca y me pone una mano en el brazo.

—¿Estás bien?

—Sí. Era una cosa del pasado. Ya está.

Ella asiente. No pregunta más. Eso es una de las cosas que más me gustan de Sara, no necesita saberlo todo para estar. No necesita ocupar cada silencio.

—¿Vamos a dar una vuelta?

—Vamos.

Caminamos por la zona de la playa. El día es frío, pero apacible, de esos que limpian la cabeza si te dejas. Sara habla de una cosa y de otra, de una película que quiere ver, de una amiga suya que ha tenido un problema en el trabajo, de sus ganas de ir a Menorca en primavera; y yo la escucho, y de vez en cuando pienso en lo que me acaba de contar Manu y lo guardo en algún sitio sin saber muy bien dónde.

Llevo casi un mes con Sara. Me hace sentir muy cómodo, no me agobia, no me presiona, las cosas fluyen de una manera fácil que hace mucho que no me pasaba con nadie. Le he presentado a mi madre por videollamada y se han caído bien de inmediato, que no es raro porque Sara tiene la capacidad suya de hacerse querer sin esfuerzo aparente. Marta está encantada con ella. Nico no se mete en movidas, es listo, Nico.

Es bueno. Todo esto es bueno. Me lo repito de vez en cuando porque es verdad.

Cuando subimos a casa me siento en el sofá y Sara se pone a hacer algo en la cocina. Oigo el ruido del agua, sus pasos, y pienso en Mía.

En que la debí ayudar a salir de ahí antes. En realidad lo sabía, esa manía de Mateo de decirle que no compitiera, de taparle el cuerpo,

de convencerla de que no era suficiente. Lo veía en cómo ella se encogía cuando él aparecía, en cómo dejaba de hablar de ciertas cosas, en ese gesto suyo de tocarse la cicatriz del labio cuando algo le preocupaba. Lo veía y no hice nada porque me dije que no era mi problema, que no era mi lugar, que ella había elegido y yo tenía que respetar esa elección.

Y quizás tenía razón. Pero lo veía.

Tengo ganas de llamarla. De decirle que lo siento. Que me alegro de que esté bien, de que haya salido, de que no le haya pasado nada peor de lo que le pasó. Que merece todas las cosas buenas que vengan ahora.

Pero creo que es mejor no hacerlo. Ella no necesita que yo aparezca ahora a hacer que esto sea también sobre mí. Y si hay algo que he aprendido de todo esto es a no ocupar espacio donde no me han llamado.

A Sara no le he hablado de Mía. Solo le he dicho que estuve conociendo a una chica, pero que volvió con su ex. No le dije lo que sentía por ella. No le dije quién era. No le dije que intenté borrar la foto dos veces y que la primera vez no pude. No le dije que a veces cuando estamos en silencio y yo tengo la cabeza en otro sitio, ese otro sitio tiene un nombre concreto.

No es justo para Sara. Lo sé. Pero tampoco sé cómo hacer otra cosa.

Quizás porque ni yo mismo sé lo que llegué a sentir por Mía.

O quizás porque sí lo sé. Y nombrarlo, decírselo a alguien, convertirlo en algo que existe fuera de mi cabeza, haría que fuera mucho más difícil dejarlo estar.

Y ahora mismo necesito que se quede dónde está.

Ahora mismo.

43
MÍA

Estar nerviosa es un nivel, pero esto es una puta locura.

No sabía lo que me estaba perdiendo. La adrenalina corriendo por las venas de esta manera, ese estado en que el cuerpo está completamente despierto y el mundo se reduce a lo que tienes delante. Llevo años entrenando y nunca había sentido esto. Supongo que hay cosas que solo se sienten cuando hay algo en juego de verdad.

Estoy poniéndome las vendas casi temblando cuando Raúl entra en el vestuario con algo en la mano.

—Toma, Mía. Me lo dio alguien para ti hace ya mucho tiempo. Creo que ya estás preparada para ellos.

Abro la bolsa.

Y no me lo puedo creer.

Mis guantes rosas. Son tal cual los había soñado, tengo miles de dibujos de ellos en mi libreta de cuando era una cría. Rosa claro, no oscuro, con el ribeteado blanco. Los mismos que llevo años mirando en el escaparate de la tienda. Los mismos que mi padre me prometió para el día que fuera a mi primer combate.

Raúl no me dice de dónde vienen. No hace falta. Solo hay una persona a quien le conté esa historia. Solo una.

Miro a Raúl.

—Vas a hacerlo genial, pequeña. No hay nada ni nadie mejor que tú, y lo sabes. Solo tienes que creértelo del todo.

Me los pongo despacio, sintiendo el cuero en los nudillos. Respiro una vez.

Para eso son. Para esto.

Estoy en el ring.

Lo he pensado tantas veces que casi no parece real ahora que está pasando. El cuadrilátero es más pequeño de lo que recordaba de cuando lo miraba desde fuera, o quizás es que desde dentro todo tiene otra escala, otra densidad. Las cuerdas a mi espalda. El suelo bajo mis pies. El ruido del pabellón que llega amortiguado, como desde otro mundo.

Al otro lado está Sofía Santos. Lleva tres años compitiendo, tiene buena técnica de pies y un gancho derecho que Raúl me ha advertido tres veces esta semana. Es más alta que yo por unos centímetros y tiene el tipo de calma en la cara de quien ya ha estado aquí antes y sabe cómo funciona.

Yo también sé cómo funciona. O eso me digo.

El árbitro nos llama al centro. Nos miramos. Ella tiene los ojos tranquilos, no arrogantes, solo tranquilos. Yo intento que los míos digan lo mismo, aunque por dentro el corazón me vaya más rápido de lo que debería.

—Boxeo limpio, las dos. Cuando diga para, paráis. ¿Entendido?

Asiento. Chocamos los guantes.

Vuelvo a mi esquina. Raúl me pone las manos en los hombros.

—Recuerda los pies. La defensa empieza desde el suelo. Y el gancho de izquierda — guárdalo, no lo gastes pronto.

—Lo sé.

—¿Estás bien?

Lo pienso un segundo de verdad.

—Sí.

Suena la campana.

El primer asalto lo paso entera en modo observación. Sofía es exactamente lo que Raúl me dijo, rápida de pies, ordenada, no se descubre. Me prueba con el jab dos veces sin comprometerse, buscando ver cómo reacciono. Yo retrocedo, salgo del eje, no le doy lo que busca. El asalto termina sin que ninguna haya hecho nada definitivo. Eso está bien. Eso es lo que quería.

El segundo asalto lo pierdo.

Sofía encuentra el ritmo antes que yo y el gancho derecho me llega una vez en la guardia con suficiente fuerza para que lo sienta de verdad. Me clavo los pies y aguanto, pero pierdo medio asalto intentando recuperar la posición. Cuando suena la campana tengo la mandíbula apretada y las piernas cansadas antes de lo que me gustaría.

—Bien — me dice Raúl.

—He perdido el asalto.

—Lo sé. ¿Qué has visto?

Pienso.

—Cruza el pie derecho antes de lanzar el gancho. Un centímetro. Casi nada.

—Casi nada es suficiente. — Me pasa agua. — Entra en el tercero.

El tercer asalto lo gano.

Espero el gancho. Lo veo venir, ese cruce de pie casi imperceptible, y me muevo antes de que llegue. El contraataque me sale limpio, jab directo, y Sofía retrocede dos pasos. El pabellón hace algo. No miro. Me quedo en lo mío.

Presiono. Combinación al cuerpo, uno, dos, salgo antes de que pueda responder. Ella reajusta, intenta volver al centro, pero yo ya estoy en otro ángulo. Raúl lleva años diciéndome que los pies ganan las peleas. Esta vez lo entiendo de verdad.

El cuarto asalto es el más duro.

Sofía ajusta también, eso es lo que hace la gente que sabe boxear, que aprende dentro del combate, y ya no telegrafía el gancho de la misma manera. Me cuesta encontrarla. Las piernas empiezan a pesar. En algún momento del asalto pienso en mi padre. En que me prometió estos guantes. En que no llegó a verme aquí. Y en lugar de dolerme me da fuerza, que es algo que no esperaba pero que acepto.

Aprieto los dientes y sigo.

El quinto asalto lo decido yo.

Sofía está cansada, lo noto en cómo bajan los brazos un centímetro, en cómo los pasos se plantan un poco más. Yo también estoy cansada, pero llevo meses entrenando sola a las siete de la mañana con el gimnasio casi vacío, y eso enseña cosas que el sparring no enseña. Enseña a encontrar algo cuando crees que no queda nada.

Finjo el directo de derecha. Ella reacciona. Y en ese hueco lanzo el gancho de izquierda que llevo guardando desde el segundo asalto.

Le llega limpio.

Sofía aguanta, es buena, no cae, pero retrocede y el árbitro para un momento para mirarla. Ella asiente. Seguimos. Trabajo el cuerpo los segundos que quedan y cuando suena la campana final los dos entrenadores ya saben cómo ha ido.

El árbitro me levanta el brazo.

Me quedo quieta un segundo en medio del ring. El ruido del pabellón me llega de golpe, como si alguien hubiera subido el volumen de repente. Sofía se acerca y me choca los guantes, eso también importa, que sea una buena perdedora, que el respeto vaya en las dos direcciones. Busco a Raúl con la mirada, está en la esquina con expresión de alivio contenido que reconocería en cualquier sitio.

—Lo hiciste, peque — me dice cuando llego a su lado.

—Lo hicimos.

Niega con la cabeza, pero se le escapa una sonrisa.

Miro los guantes. Rosas con el borde blanco.

Busco entre el público a Celia y al principio no la veo. Luego resulta imposible no verla porque lleva una pancarta más grande que ella misma. Está muy loca. Le sonrío y les hago una señal con el pulgar. Está con mi madre, que tiene los ojos brillantes, aunque intenta disimularlo, y con Julián, que me guiña el ojo desde las gradas.

Cuando bajo al vestuario siento que toda la adrenalina va bajando poco a poco y que el cuerpo vuelve a ser mío. Me siento en el banco y me quedo un momento quieta, con los guantes todavía puestos, mirando el suelo.

He buscado a Hugo entre el público. Sé que no iba a estar, sé que no tenía ningún motivo para estar, pero no pude evitarlo. Lo he buscado igual. Lo conozco, sé que aunque siguiera cabreado conmigo se alegraría de que me hubiera atrevido a hacer esto. Eso es lo que es Hugo, aunque ya no sea mío.

Me acuerdo de mi padre. De todas las veces que hablamos de este momento, de cómo sería, de lo que sentiríamos los dos cuando llegara. Él no está aquí para verlo. Pero de alguna manera esta tarde sí estaba.

A veces la vida te quita cosas. Y aprendes a vivir con ellas sin que dejen de importarte.

Eso también lo aprendí de él.

Sabía que podría hacerlo.

Y no puedo estar más feliz.

44
HUGO

Cuando la vi con esos guantes algo se me rompió por dentro.

No sé ni por qué puse el combate en el móvil. Bueno, sí lo sé. Tenía ganas de verla. Quería verla competir, verla hacer lo que lleva años sin atreverse a hacer, lo que Mateo le había convencido de que no podía hacer. Me hubiera gustado estar ahí con ella y apoyarla en persona. Pero no le hacía falta. Ella sola puede, siempre pudo, y verlo me llenó de algo que no sé muy bien cómo llamar. Orgullo no es la palabra correcta cuando no eres nadie para sentirlo. Y, sin embargo, lo sentí.

Estos últimos días he estado dándole vueltas a todo.

Desde que me enteré de lo de Mateo siento que debería hablar con ella. Mía siempre me ha importado, no ha sido nunca una más, aunque me haya dicho eso a mí mismo más veces de las que quiero reconocer. Negarlo es negarme a mí mismo la realidad. Estaba enamorado de ella hasta el fondo. Quizás sigo estándolo. Quizás eso no ha cambiado tanto como fingía que cambiaba.

Sara es una tía cojonuda. Me lo paso bien con ella, me encanta pasar tiempo con ella, el sexo es una pasada y no hay nada que pueda decir que me moleste. Pero no siento lo mismo. Y eso no es justo para ella, no es justo vivir a medias al lado de alguien que tiene la cabeza en otro sitio, aunque lo intente disimular. Ella se merece más

que eso. Yo también necesito ser honesto conmigo mismo antes de poder ser honesto con alguien más.

Hemos quedado para desayunar en el bar de debajo de mi casa. Es un sitio pequeño, acogedor, de esos donde conocen tu nombre y te traen el café como te gusta sin que lo pidas. Lo elegí por eso, porque si esto va a ser difícil, al menos que sea en un sitio donde me sienta seguro.

Cuando llega me besa suavemente y le devuelvo el beso. Esto no va a ser fácil.

—Sara, tengo que hablar contigo.

—Me imaginaba que en algún momento llegaría esta conversación.

Me conoce. Eso también duele, que me conozca lo suficiente para haberlo visto venir y haber seguido igual.

—No quiero hacerte daño. De verdad que no. Me gustas muchísimo, me atraes un montón y me encanta pasar tiempo contigo. Pero te mereces mucho más de lo que yo puedo darte.

—Hugo, me encantas. Siempre me dijiste que todavía no habías superado a esa chica, pero puedo esperar.

—No quiero que esperes, Sara. No es justo para ti. No digo que sea dejarlo para siempre, pero ahora mismo necesito cerrar eso bien antes de poder estar bien con nadie.

—Sigues enamorado de ella.

No es una pregunta. Es una afirmación dicha en voz baja, sin rabia, con una calma que me cuesta más que si me gritara.

—Puede ser que sí. No la he olvidado.

Ella suspira. Mira la taza de café un momento.

—No te he mentido en ningún momento. Todo lo que he vivido contigo es real, y no quiero que pienses que no. Pero no te mereces vivir a la sombra de nadie.

—Te agradezco que seas sincero.

—Siento que te haya pillado esto en medio. Pensaba que se me iba a pasar, de verdad.

Se queda callada un momento. Luego me mira.

—Ojalá ella se dé cuenta del gran tío que eres, Hugo Álvarez.

—Gracias, Sara.

Nos damos un abrazo largo. Cuando se va me quedo sentado en la silla mirando la taza vacía, pensando en todo lo que acabo de decir en voz alta. Porque una cosa es tenerlo en la cabeza y otra muy

distinta es escuchártelo, convertirlo en palabras reales que ya no puedes meter de vuelta.

El bar sigue igual, el camarero detrás de la barra, la gente en las mesas de al lado hablando de sus cosas, el ruido de la calle entrando cada vez que alguien abre la puerta. El mundo no se ha enterado de nada. Así funciona siempre, las cosas que te cambian por dentro no hacen ningún ruido hacia fuera.

Sara es buena. Lo es de verdad, y eso no lo digo para quedar bien conmigo mismo. Lo es y yo lo sabía desde el principio y lo elegí igual, y con eso tengo que vivir. No hay manera de hacer esto sin que duela a alguien que no se lo merece.

Cojo el teléfono y llamo a Marta.

—¿Vienes al bar de debajo de casa? Necesito hablar contigo.

—Voy.

No me pregunta nada más. Me conoce lo suficiente para saber que si la llamo a estas horas con ese tono es por algo. En menos de diez minutos está sentada frente a mí.

—¿Qué pasa?

—He dejado a Sara.

—Dios mío, Hugo. ¿Pero qué te pasa con las mujeres, tío? Es buena chica. A mamá le encantó.

—Marta, sigo enamorado de Mía. No puedo estar fingiendo delante de vosotros y de todo el mundo todo el tiempo. Sé que no la aguantas y que crees que orquestó todo para desconcentrarme. Pero yo sé lo que viví con ella, y no me la quito de la cabeza.

Se mueve nerviosa en la silla. Eso me resulta raro, esperaba que se pusiera a gritar como una loca, que me dijera que estoy mal de la cabeza, que me recordara todo lo que pasó. Pero no dice nada.

—¿No vas a decir nada?

—Ya no pienso eso de ella.

—¿Y desde cuándo, si se puede saber?

Tarda un momento en contestar.

—Te llamó poco después de la final. Cogí yo el teléfono y le dije que no volviera a llamarte jamás.

—¿Qué?

—Después fui a verla al gimnasio. Le dije que se alejara de ti, que no iba a permitir que te hiciera daño. — Pausa. — Vi su cara, Hugo. Y eso no me puede engañar. Estaba claro que no fue ninguna mentira.

Me quedo quieto mirándola. Hay algo en lo que acaba de contarme que necesito un momento para asimilar, que Mía me llamó, que Marta fue a verla, que todo eso pasó mientras yo estaba con Sara convenciéndome de que lo estaba superando.

—¿No pensabas contármelo nunca?

—No lo sé. Te veía feliz con Sara y no quería volver a verte roto por ella. — Pausa breve. — Pensé que lo mejor era dejarlo estar.

—No era tu decisión, Marta. Tenías que habérmelo contado.

—Lo sé. Lo siento.

Respiro hondo.

—Él la violó, Marta. Muchas veces. La insultaba constantemente. La manipulaba hasta que hacía lo que él quería. Está en la cárcel ahora mismo.

Veo cómo le cambia la cara. Primero la sorpresa, luego algo más lento y serio.

—Joder. No lo sabía.

—Ninguno lo sabíamos.

—El día que fui a verla tenía marcas en el cuello. Pensé que serían del entrenamiento, pero ahora… — Se le quiebra un poco la voz. — Si te llamó porque quería salir de ahí y yo la destrocé. La insulté, le dije de todo, Hugo.

La abrazo. Le doy un beso en la frente como cuando éramos pequeños y ella se asustaba de algo en mitad de la noche.

—Tú no lo sabías. Yo tampoco. No podíamos saber lo que estaba pasando dentro de esa casa.

—¿Vas a hablar con ella?

—El sábado son las semifinales. Voy a ir a verla.

Marta asiente. No dice nada más. Por una vez en la vida, Marta no dice nada más, y eso significa mucho más que cualquier cosa que pudiera decir.

No sé si seré capaz de hablar con ella cuando la vea. No sé si ella querrá que lo haga. Pero voy a ir. Y a partir de ahí, ya veremos.

45
HUGO

No debería estar aquí.

Me lo he dicho tres veces desde que salí de casa y otras dos en el metro y una más cuando crucé la puerta del pabellón. No debería estar aquí porque tengo un combate contra Kirkav en unos meses y Manu me ha dicho claramente que esta semana es de descanso mental, de no cargar con nada que no sea el ring. No debería estar aquí porque vine solo y sin decírselo a nadie, que es exactamente el tipo de cosa que hago cuando sé que alguien me va a dar una razón para no hacerlo. Y no debería estar aquí porque verla no me va a solucionar nada.

Estoy aquí.

Me siento en la grada alta, lejos del centro, en una zona donde hay poca gente. Me pongo la capucha. No es que crea que alguien me va a reconocer necesariamente, pero tampoco quiero tener que explicar qué hago aquí a nadie que me conozca.

El pabellón se va llenando despacio. Hay más gente de la que esperaba para un torneo de este tipo, familias, compañeros de gimnasio, gente del mundillo. Busco a Raúl con la mirada y lo encuentro en la esquina hablando con alguien de la organización. Está tranquilo. Eso es buena señal.

Entonces sale ella.

Lleva el pelo recogido y la sudadera del gimnasio y camina hacia el ring con esa forma que tiene de moverse que reconocería en cualquier sitio, esa cosa que tiene de ir hacia adelante sin que parezca que está yendo a ningún sitio en concreto, como si el espacio entre donde está y donde va a estar ya le perteneciera. La he visto así mil veces en el gimnasio y nunca me ha dejado de parecer lo mismo.

Pero entonces veo los guantes otra vez.

Rosas. Con el ribeteado blanco.

Me quedo completamente quieto.

Los compré una tarde sin que nadie me lo pidiera, pensando en algo que me había contado casi sin darse cuenta. Los dejé con Raúl porque no sabía qué otra cosa hacer con ellos. Y ahora están en sus manos, exactamente donde tenían que estar, y algo se me rompe por dentro.

No es dolor. O no solo eso. Es algo más complicado, algo que se parece mucho a haber hecho lo correcto sin saber que lo estabas haciendo.

Suena la campana.

La veo moverse y entiendo en los primeros treinta segundos que ha trabajado mucho estas semanas. Tiene los pies mejor, más rápidos, más decisivos. La Mía que yo conocí en el gimnasio era buena, pero esta es más limpia, como si hubiera destilado algo, quitado capas que sobraban. Su rival es mayor y más experimentada y se nota, pero Mía no se achanta. Absorbe, ajusta, busca el hueco.

En el tercer asalto lanza un gancho de izquierda que llega.

El pabellón hace algo y yo también, aunque no hago ningún ruido. Me inclino hacia adelante con los codos en las rodillas y la miro sin poder apartar la vista, y pienso que hay pocas cosas que haya visto que se parezcan a esto, a alguien haciendo exactamente lo que tiene que hacer en el momento exacto en que tiene que hacerlo, después de todo lo que ha tenido que pasar para llegar hasta aquí.

Pierde. Lo sé antes de que el árbitro levante el brazo de la otra, el cuarto asalto se lo lleva su rival y el quinto no es suficiente para remontar. Pero Mía lo da todo en ese quinto asalto de una manera que hace que perder no parezca perder del todo. Va hacia adelante sin parar, sin calcular, como alguien que ha decidido que ya no tiene nada que guardarse.

Cuando el árbitro levanta el brazo de Nuria Valdés, Mía se inclina hacia adelante con las manos en las rodillas y sin aire. Luego se

incorpora y va hacia ella y le dice algo. Nuria le responde. Las dos asienten.

Bajo la capucha y me quedo un momento sin moverme.

Pienso en la última vez que la vi. En el pasillo del pabellón después de la final, cuando me dijo enhorabuena y yo le di las gracias andando sin casi mirarla porque era lo único que podía hacer entonces sin romperme. Pienso en los meses que han pasado desde eso. En Sara, que es buena y lo sabe y merece más que la mitad de mí que es lo único que he sido capaz de darle. En los guantes que dejé con Raúl pensando que era un gesto pequeño y que ahora están en las manos de Mía y no son pequeños para nada.

Me levanto cuando el pabellón empieza a vaciarse. Alguna gente me reconoce, pide fotos, autógrafos.

No sé muy bien qué he venido a buscar aquí. O sí lo sé y todavía no estoy listo para decirlo en voz alta. Pero la he visto. La he visto con esos guantes y con esos pies y con ese gancho de izquierda que llegó, y sé que lo ha hecho sola, sin que nadie se lo resolviera, y eso es exactamente lo que siempre supe que podía hacer.

Salgo a la calle. Me quedo un momento parado en la acera sin moverme, con el ruido del pabellón apagándose a mi espalda.

Luego vuelvo a entrar.

46
MÍA

Llevo toda la semana pensando en lo que ha pasado estos últimos meses.

No sé cómo he sido tan ciega. Siempre había visto a gente pasar por cosas similares y pensaba que a mí era imposible que me pasara, que yo lo vería, que yo lo detectaría, que hay un punto en el que cualquier persona sana se da cuenta y se va. Pero no funciona así. No era ni siquiera un poco consciente de todo lo que me estaba haciendo, porque Mateo llevaba años construyendo exactamente eso.

He pensado en Hugo mucho estos últimos días. En lo bien que se portaba conmigo. En la paz que me transmitía. Y justamente eso era lo que más me chirriaba de él, me resultaba extraño que alguien estuviera siempre bien, que no buscara el conflicto, que no necesitara hacerme pequeña para sentirse grande. Junto con todo lo que Mateo me repetía, mi cerebro no supo qué hacer con eso.

Sé que sigue con esa chica. Sara. Julián me ha dicho que es buena chica y que los ve muy bien. Y me jode. Pero me alegro mucho por él. Hugo es todo lo que está bien en la vida y se merece exactamente eso.

Mi psicóloga me dice que no puedo pensar que lo perdí por no ser capaz de ver lo que me hacía Mateo. Que no fue culpa mía. Dice que Hugo apareció en mi vida para enseñarme lo que es querer bonito, y que eso fue suficiente para que por fin pudiera salir. Y lo hice. Le

estoy muy agradecida por ello. Algún día, quizás, seré capaz de ir a decírselo.

Estoy en el vestuario a punto de salir para las semifinales.

He tenido mala suerte con el sorteo, Nuria Valdés es quizás la mejor de toda la categoría. Pero no importa. Yo estando aquí ya he ganado, y lo sé.

—Vamos, pequeña. Tú puedes — me dice Raúl mientras me abraza.

—Va a estar complicado, Raúl.

—Mía, siempre has podido. Eres la mejor.

Cuando salgo hacia el ring hay muchísima gente. Ella es conocida, ha competido muchas veces, y yo soy una novata. Eso no es importante. En el ring lo relevante es quién gana hoy.

Subo al cuadrilátero y solo pienso dos cosas.

Por ti, papá.

Y por ti misma, Mía. Lo estás haciendo genial.

Nuria Valdés lleva siete años compitiendo. Lo sé porque Raúl me lo dijo tres veces esta semana, cada vez con un tono diferente, la primera informativa, la segunda como advertencia, la tercera como si quisiera asegurarse de que lo había entendido de verdad. Siete años. Tiene el cuerpo de alguien que ha peleado muchas veces y ha perdido las justas para saber exactamente qué hacer cuando las cosas se complican. Es mi altura, mi peso aproximado, y tiene una mirada en el ring que no he visto antes, no agresiva, sino completamente fría. Como si el ring fuera el único sitio donde todo tiene sentido para ella.

Me reconozco en eso.

El árbitro nos llama al centro. Chocamos los guantes. Sus ojos no dicen nada, ni confianza ni duda. Solo presencia.

Vuelvo a la esquina. Raúl me pone las manos en los hombros.

—Siete años no se borran, Mía. Pero tú tienes algo que ella no tiene.

—¿Qué?

—Que no tienes nada que perder.

Suena la campana.

El primer asalto es el más ordenado que he hecho en mi vida. Me muevo, observo, no cometo errores. Nuria tampoco. Las dos estamos midiendo, los pies, las manos, los reflejos. Un jab suyo que llega limpio. Uno mío que llega limpio. El asalto termina parejo y sé que

ella ha visto más de mí de lo que yo he visto de ella. Eso me lo guardo.

El segundo asalto lo domina ella.

No de manera brutal, no hay un golpe que lo decida todo, sino por acumulación. Nuria tiene una economía de movimientos que no he visto antes, como si llevara años destilando el boxeo hasta quedarse solo con lo imprescindible. Me llegan tres combinaciones al cuerpo que no consigo bloquear del todo, y aunque aguanto bien, cuando suena la campana sé que estoy por detrás.

—Estás pensando demasiado — me dice Raúl.

—Lo sé.

—Los pies. Muévete antes de que sepa dónde vas a estar.

El tercer asalto es el mío.

No porque sea perfecta, no lo soy, sino porque dejo de intentar serlo. Me muevo sin calcular tanto. Entro cuando veo el hueco, salgo antes de que llegue la respuesta. En algún momento del asalto lanzo el gancho de izquierda y le llega. No la tambalea, pero la hace retroceder un paso, y eso es suficiente para que el pabellón haga algo y para que yo sepa que puedo.

El cuarto asalto lo pago.

Nuria ajusta con una rapidez que no esperaba. El gancho que funcionó en el tercero ya no funciona porque ella lo está esperando, lo ha leído, lo ha guardado, y ahora lo usa contra mí. Un contraataque que no veo llegar me llega en la sien con suficiente fuerza para que el ring dé una vuelta. No caigo. Me agarro a la distancia, muevo los pies, dejo pasar los segundos.

El árbitro me mira.

—¿Estás bien?

—Sí.

Nuria me mira desde su esquina. No hay crueldad en su cara. Solo concentración.

—Queda uno — me dice Raúl cuando suena la campana. — Estás por detrás en puntos. Necesitas hacer algo en el quinto.

—Lo sé.

—¿Tienes algo?

Pienso un segundo.

—Sí.

El quinto asalto lo doy todo.

Entro desde el principio, sin esperar, sin observar. Nuria lo ve y ajusta, es demasiado buena para que la sorprenda, pero yo sigo. Combinación al cuerpo, sube, sale. Me llega un golpe en el costado que duele de verdad, pero no paro. Finjo el directo, lanzo el gancho. Esta vez lo bloquea. Lo intento de nuevo desde otro ángulo. Me llega otra vez al cuerpo.

No paro.

Llevo el asalto entero sin parar, moviéndome, atacando, buscando ese centímetro que no aparece. Nuria es mejor que yo, lo ha sido desde el primer asalto, pero esta noche le he hecho trabajar. Esta noche no ha sido fácil.

Cuando suena la campana final estoy doblada, con las manos en las rodillas, sin aire.

El árbitro va al centro.

Levanta el brazo de Nuria.

Antes de salir del ring me acerco a ella.

—Enhorabuena, Nuria.

—Buen combate.

Lo dice en serio. Eso también importa.

Antes de bajar miro a la grada. Mi madre, Celia y Elsa están de pie, gritando como si hubiera ganado yo. Elsa lleva algo escrito en un papel que no consigo leer desde aquí.

—¡La próxima es tuya! — grita.

Nunca pensé que Elsa estaría animándome a mí. Y mucho menos que la consideraría mi amiga, porque hoy en día lo hago. Ahora que la conozco bien entiendo por qué él la buscó a ella también, al final nos parecemos mucho más de lo que se ve desde fuera.

Cuando llego al vestuario estoy cansada. Muchísimo. Pero estoy muy contenta. Sé que lo he hecho bien.

Me siento en el banco y me quedo un momento quieta, con los codos en las rodillas y la cabeza un poco gacha, dejando que el cuerpo entienda que ya hemos terminado. Eso me lo enseñó mi padre, después de entrenar, un minuto parada. Para bajar las pulsaciones, decía, aunque creo que en realidad era su forma de enseñarme a no salir disparada de los sitios sin haber respirado primero.

Me quito los guantes rosas despacio. Los apoyo en el banco y los miro un momento. Son exactamente como los había soñado de pequeña. Los guantes que mi padre me prometió para el día que

fuera a mi primer torneo. Los guantes que compró Hugo sin que nadie se lo pidiera, pensando en algo que le conté una noche en su cama casi sin darme cuenta, de esa manera en que se cuentan las cosas importantes cuando no tienes miedo de que te las usen en contra.

Me hubiera gustado que me hubiera visto. Seguro que estaría orgulloso de mí.

Lo pienso y no lo aparto, porque ya no tengo que apartar las cosas que duelen. Ya sé que puedo sostenerlas sin que me rompan.

Le he dicho a Raúl que me deje ducharme sola. Necesito cinco minutos sin que nadie me pregunte cómo estoy, sin tener que responder nada. Solo yo y el silencio y lo que acaba de pasar aquí dentro.

Oigo unos pasos.

Me preparo para decirle a Celia que me dé un momento, que ahora salgo, que estoy bien.

—Lo has hecho muy bien, Mía.

Me quedo quieta.

Esa voz.

Me giro despacio, como si ir demasiado rápido pudiera romper algo.

Hugo está en la puerta. Con las manos en los bolsillos y esa manera suya de ocupar el espacio sin necesitar llenarlo de ruido. Lo miro un segundo sin saber qué decir, y luego veo cómo sus ojos van despacio hacia los guantes apoyados en el banco. Se quedan ahí un momento. Algo cambia en su cara, algo pequeño y muy serio que no sé cómo nombrar.

—Hugo.

—Lo has hecho genial, Mía.

—Gracias. ¿Lo has visto? Y por cierto gracias por los guantes. Podías haberlos devuelto.

—Claro que lo he visto y los guantes los compré para ti.

Silencio. Un silencio que pesa de una manera que hace mucho que no sentía, no de los que agobian, sino de los que dicen cosas que las palabras no saben decir todavía.

—Hugo… quería pedirte perdón. Por cómo lo hice todo. No te merecías cómo te traté.

—Mía.

—Espera, por favor. Sé que piensas que Mateo me convenció para que estuviera contigo, pero eso no es así. Estaba enamorada de ti. Todo lo que viví contigo era verdad, te lo juro. Nunca jugué contigo.

Se acerca un poco. Me mira fijamente.

—Lo sé. Dudé, no te voy a mentir. Pero desde que me enteré de lo de Mateo… debí saber que pasaba algo más. Y debí ayudarte. Marta me dijo que me llamaste.

Llamé a Hugo después de la violación. Lo llamé porque necesitaba sentirlo cerca.

—Tú no tienes la culpa, Hugo. Si no hubiera sido por ti jamás lo habría dejado.

Noto las lágrimas acumulándose. Las intento aguantar y no puedo.

—Fue muy duro para mí, Mía. Estaba muy colado por ti. Me hiciste mucho daño.

Las lágrimas caen. No puedo pararlas y ya no quiero intentarlo.

—Lo siento. Solo quiero que seas feliz de verdad. Ojalá algún día puedas perdonarme. — Hago una pausa. — No te estoy pidiendo nada, sé que estás con alguien. Es solo que eres todo lo bueno que hay en la vida y necesitaba que lo supieras.

Hugo no dice nada un momento. Me mira de una manera que no sé leer.

—Estaba.

Lo dice en voz baja. Solo esa palabra. Y algo en mi pecho se mueve sin esperar a que mi cabeza entienda qué significa.

—¿Qué? ¿Cómo qué estabas?

Hugo se agacha a mi altura. Pone los brazos sobre mis rodillas y me mira de cerca, de esa manera que nunca aprendí a ignorar del todo y que ahora ya no tengo que ignorar.

—Te quiero, Mía. No he podido olvidarte. No sales de mi cabeza, o quizás mejor dicho de mi corazón.

No digo nada. No me salen las palabras y tampoco hacen falta porque me inclino y le beso.

Es un beso suave, de los que te paras a dar despacio. Como si fuera el primero que nos damos. O quizás porque hace mucho que deseábamos darnos otro y esta vez ninguno de los dos quiere tener prisa.

Hugo me coge en brazos y me sube sin que separemos los labios. El beso ahora ya no es tan suave, es más urgente, de los que se dan porque llevas mucho tiempo esperándolo.

—Estoy muy a favor de esto. Pero aquí no, ¿eh?

Es Raúl.

Hugo se separa un centímetro. Yo le agarro el brazo, no quiero volver a separarme de él, no todavía, no después de todo, y nos reímos los dos al mismo tiempo sin poder evitarlo.

Hugo me pone la mano en la nuca un momento, despacio, y me apoya la frente en la suya. No dice nada. No hace falta.

Raúl se acerca y me da un abrazo largo, de los suyos, de los que huelen a gimnasio y a años.

Nunca pensé que se podía ganar tanto después de perder.

EPÍLOGO
Meses después
HUGO

Acabo de ganarle a Kirkav.

Estoy de pie en medio del ring con los brazos en alto y el pabellón gritando mi nombre y no termino de creérmelo del todo, aunque lo acabo de vivir. Kirkav era el mejor del mundo en nuestra categoría. Era el techo. Y acabo de pasarlo.

Manu sube las cuerdas corriendo y me abraza con fuerza, con esa que no ha cambiado en todos los años que llevamos juntos. Le noto el alivio en el cuerpo antes de que diga nada, este combate le ha costado tanto como a mí, quizás más, porque él carga con todo lo que yo no veo desde dentro del ring.

—¡No me lo puedo creer, Hugo! ¡Lo has hecho!

—No, Manu. Lo hemos hecho.

Me separo un momento y lo miro. Este tío lleva años apostando por mí cuando no había ninguna razón obvia para hacerlo. Cuando vine de Australia con dieciocho años y una maleta. Cuando me metí en peleas ilegales que podían haberme costado la carrera. Cuando la lie con Mía y él intentó advertirme y yo no escuché. Siempre ha estado ahí. Sin Manu no sería nadie en este deporte, y lo sé.

Antes de buscarla a ella los veo a ellos. Mis padres en la tercera fila, mi madre con las manos en la cara como siempre que se emociona, mi padre de pie con los brazos cruzados. Me mira. Le mantengo la mirada un segundo y él asiente, despacio, con esa seriedad suya que durante años interpreté como distancia y que ahora sé que es simplemente como es. No es todo lo que hay entre nosotros. Pero es suficiente.

El pabellón sigue rugiendo. Las cámaras me persiguen. Y yo hago lo que hago siempre cuando gano algo que importa de verdad.

La busco a ella.

La veo entre la gente, un poco apartada, con esa sonrisa que reconocería en cualquier sitio. Voy hacia ella. Las cámaras me siguen y yo la abrazo y la beso delante de todo el mundo sin pensarlo dos veces.

—Eres el mejor, Hugo. Aunque eso ya lo sabíamos.

—Contigo siempre es mejor, princesa.

Desde que nos besamos en el vestuario después de sus semifinales no nos hemos separado. Han pasado meses y todavía me sorprende lo fácil que es estar con ella cuando las dos personas quieren estarlo de verdad.

Mía me enseñó a querer sin miedo. A que la vida es más bonita acompañado de alguien que no necesita hacerte pequeño para sentirse grande. A que hay diferencia entre estar solo y estar bien solo, y que elegir a alguien no es una debilidad, sino exactamente lo contrario. Sé que puedo solo, siempre lo he sabido, pero con ella es muchísimo mejor.

No todo es fácil. Lo ha pasado mal después de todo lo que pasó con Mateo, y a veces aparecen días complicados en los que necesita espacio o silencio o simplemente que esté ahí sin preguntar. Eso también lo aprendo. Tenerla cerca siempre vale la pena.

Tenía miedo de que volver con ella fuera desde el rencor o desde el dolor. Pero nunca fue así, porque ella siempre se abrió a mí, y yo a ella, y hay cosas que cuando son reales no necesitan forzarse.

Pasamos horas en el gimnasio entrenando juntos. Me encanta sparrear con ella, tiene una forma de moverse que sigo mirando, aunque me la sé de memoria. A veces se cabrea cuando le corrijo, pero luego la llevo hasta las cuerdas y la beso, o lo que pueda hacer según la cantidad de gente que esté en ese momento.

De repente Marta aparece por detrás como una loca y, en lugar de abrazarme a mí primero, la abraza a ella.

—¡Eres el mejor, Huguito!

—¿A ella la abrazas primero?

—Ella lo necesita más — dice Marta, y se ríe.

Cuando volvimos, Marta lo intentó. Le costó mucho, tenía miedo de que Mía volviera para atrás, de que todo se repitiera, pero nunca lo hizo. A pesar de que Mateo lo intentó todo cuando salió de prisión provisional. Mía ya no es la misma chica que era cuando estaba con él.

Lo veo cada día. En cómo entra al gimnasio. En cómo habla de lo que quiere. En cómo se ríe ahora, que es diferente a como se reía antes, más libre, más desde dentro. Mía ya no pide permiso para ocupar espacio.

Eso me gusta más de lo que soy capaz de decirle sin que se me note demasiado.

Hubo una época en que pensé que tener pareja frenaría mi carrera. Que el boxeo y querer a alguien no cabían en el mismo sitio. Me equivocaba. Con Mía es todo lo contrario, me hace querer ganar más, entrenar mejor, ser más de lo que era cuando estaba solo.

Hubo una noche, hace meses, en que me senté en el coche con los guantes rosas en el maletero y pensé que había perdido algo que no iba a volver.

Me equivocaba.

Algunas cosas vuelven cuando tienen que volver.

Y esta vez no las pienso soltar.

EPÍLOGO
MÍA

Hugo ha ganado contra Kirkav y no puedo estar más orgullosa de él. Cuando ganó lo primero que hizo fue buscarme, porque él siempre tiene sitio para mí. Nunca pensé que pudiera ser tan feliz con alguien, después de todo lo que pasó, pero él supo hacerme sitio. Siempre lo ha hecho.

Hay cosas que solo se ganan después de haber perdido todo. Él era una de ellas.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Este libro existe porque yo sobreviví algo que pensé que me iba a definir para siempre. No lo hizo. Y si estás leyendo esto y reconoces algo de Mía en ti misma, quiero que sepas que esa fue exactamente la intención.

A mi madre, por apoyarme en todo sin preguntar demasiado y sin dudar nunca. Eso no es poca cosa.

A Paula, Sandra, Irene, Lucía y Cris: por leer este libro antes de que fuera un libro, por los audios kilométricos, por no mentirme cuando algo no funcionaba, y por quererme igual. Sois las Celias de mi vida, y eso es el mayor cumplido que sé hacer.

A mi padre, que se fue cuando yo era pequeña y que de alguna forma lleva aquí todo el tiempo. Los guantes rosas son tuyos.

Y a Martín. Tú no sabes todavía lo que me estás enseñando, pero yo sí. La dedicatoria ya lo dice: *me enseñaste a pelear*. Y lo digo completamente en serio.

Y a ti, que abriste este libro: espero que cuando lo cierres, sientas que se puede ganar mucho después de perder.

¿Y ahora qué?

Puños Arriba es solo el principio.

Nico y Marta tienen su propia historia. Y pronto saldrá a la luz.
@soy_marapena Instagram · TikTok